



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

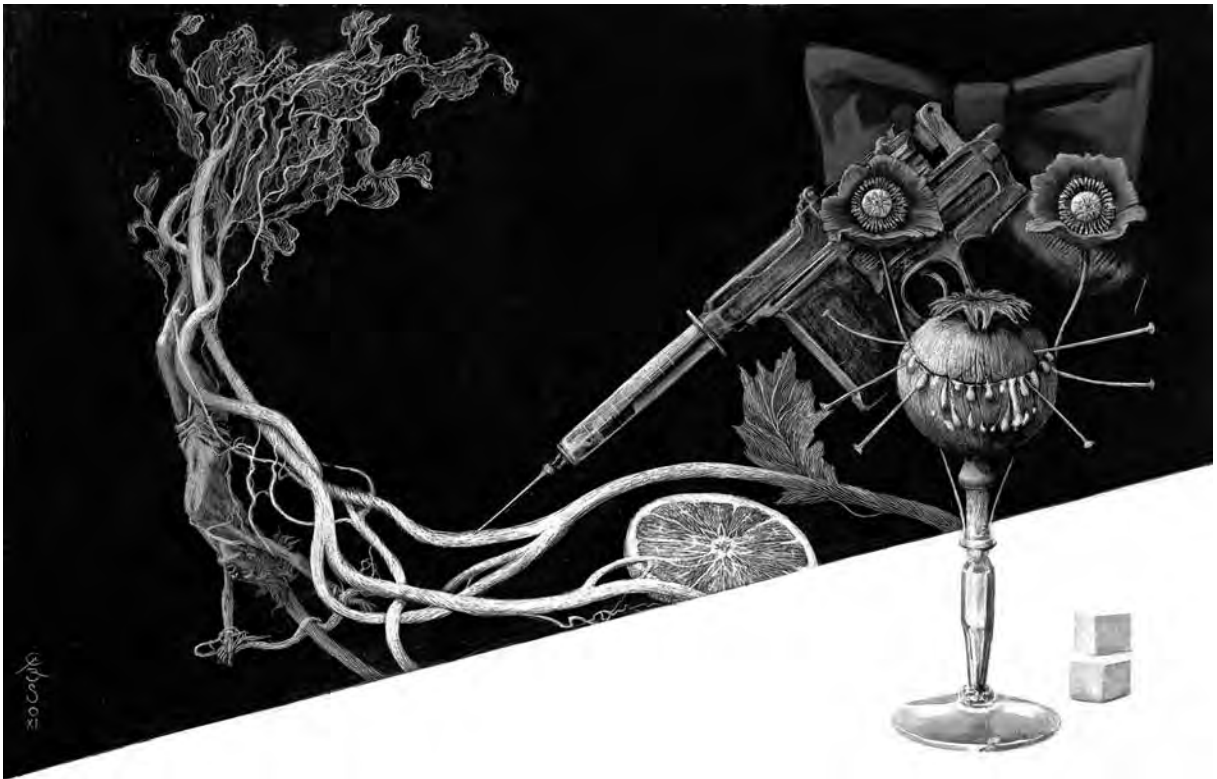
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO



Santiago Caruso (Quilmes, provincia de Buenos Aires, 1982). Ilustra libros, tapas de libros y álbumes musicales para sellos de distintas partes del mundo. Entre 2005 y 2011 publicó ilustraciones en la revista argentina *Caras y Caretas*. Ha creado un lenguaje de retórica vanguardista cimentado en el simbolismo. Entre sus libros ilustrados pueden destacarse *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë (The Folio Society, Londres, 2014); *El horror de Dunwich*, de H.P. Lovecraft (Libros del Zorro Rojo, Barcelona, 2008); *La condesa sangrienta*, de Alejandra Pizarnik (Libros del Zorro Rojo, Barcelona, 2009); *El monje y la hija del verdugo*, de Ambrose Bierce (Libros del Zorro Rojo, Barcelona, 2011), y la antología *Historias de vampiros* (Longseller, Buenos Aires, 2011).

<www.santiagocaruso.com.ar>

IMAGEN DE PORTADA



Santiago Caruso, *The Master in Café Morphine*, esgrafiado y color, 2010

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
El pasado / Martín Rejtman	8
CUENTO ARGENTINO ACTUAL	
Algunas ideas en torno a esta antología / Salvador Biedma	14
Un hombre sin suerte / Samanta Schweblin	20
Cazador de tapires / Mariano Quirós	28
El fusilado / Andrés Neuman	36
Cuarto de derrota / Valeria Tentoni	38
El árbol / El Niño C	46
Encomio para el Coya Ortega / Maximiliano Chedrese	51
Un abrazo es un fantasma / Camila Fabbri	56
Elefantes / Federico Falco	61
Ruidos molestos / Cristian Godoy	65
La Hostería / Mariana Enriquez	69
EL RESEÑARIO	
Historias familiares / Daniel Gigena	76
Los colores de un iceberg / Ivana Romero	78

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 188, noviembre-diciembre 2014
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Santiago Caruso
Ilustración de este número: Santiago Caruso
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Como ya es costumbre, *Punto de partida* dedica su último número del año a la literatura del país invitado a la Feria del Libro de Guadalajara, que en esta ocasión es Argentina. A propósito de tal dedicatoria se han publicado varias antologías por parte de editoriales públicas y privadas, y dada la tradición y el arraigo de las letras argentinas en nuestro país, me atrevo a afirmar que esta empresa ha sido especialmente gozosa. O al menos así lo ha sido para quienes hemos trabajado en esta edición que presenta una muestra de cuento actual preparada por el narrador, editor y periodista Salvador Biedma.

Biedma plantea en su prólogo que una antología puede entenderse como el mapa de un territorio mucho más vasto, y se enruta a partir de ahí por los caminos de la literatura argentina reciente, sus miras, su linaje, en un ejercicio que enmarca con claridad y suficiencia a los autores presentados. En su análisis y en su muestra, el compilador rebasa los confines geográficos que nos son familiares —Buenos Aires y Córdoba—, y nos cuenta de algunos proyectos de circulación local de los que difícilmente tendríamos noticias.

El grupo de escritores elegido es misceláneo, y, como afirma el antólogo, la selección fue realizada “tratando de mantener cierta proporción entre varones y mujeres, entre quienes ya tienen un reconocimiento a nivel nacional o incluso internacional y quienes aún no son conocidos [...] aunque siempre lo central fue elegir buenos cuentos”. Cumple con creces su objetivo: el resultado de su esfuerzo son diez muy buenos cuentos de sendos narradores nacidos entre 1973 y 1989.

Los cuentos seleccionados por Biedma son muestra de propuestas estéticas distintas, de registros y estilos varios. Sin embargo, comparten rasgos como la fortaleza de sus historias y la potencia de las imágenes: el encuentro de una niña relegada y un “hombre sin suerte” (Schweblin), la masculinidad encarnada en un tapir abierto en canal (Quirós), la experiencia real y atroz de un falso fusilamiento (Neuman); la memoria colectiva que se hace presencia ineludible en los primeros escarceos amorosos de una adolescente (Enriquez); un imposible elefante abandonado en un baldío —eslabón de una historia de amor también imposible— (Falco), entre otras historias que hacen de esta selección un conjunto trascendente, una punta de iceberg de un movimiento literario fuerte como pocos en Latinoamérica.

Para abrir, en la sección Del Árbol Genealógico, Biedma escogió una pieza notable de un autor que es, además de escritor renombrado, un reconocido cineasta: Martín Rejtman. Su cuento “El pasado” es la entrada perfecta a la obra de estos autores. Para cerrar la muestra, dos reseñas a libros publicados en Argentina por autores del país: María M. Lobo y Pablo Natale, leídos por Daniel Gigena e Ivana Romero.

La ilustración del número, tanto en interiores como en portada, es obra del artista Santiago Caruso, transferida al blanco y negro. La fuerza de estas imágenes se suma y complementa el contenido literario. A él, a los autores incluidos, a las editoriales que autorizaron la publicación de algunos de los cuentos y, desde luego, a Salvador Biedma, no me queda más que expresar nuestro agradecimiento. Su trabajo da por resultado este número especial de *Punto de partida*. 📍

Carmina Estrada

El pasado

Martín Rejtman

Cuando todavía estaba casado con mi ex mujer llevaba una vida más burguesa. Trabajaba en computadora y casi no tenía problemas. Recordar hoy esa época me produce una sensación extraña: yo no estoy ahí, el protagonista es otro. Sin embargo, los recuerdos están tan presentes como el presente: recibíamos dos diarios todas las mañanas y de vez en cuando salíamos con matrimonios amigos, entre otras cosas. Un día la mucama se deprimió y con la excusa de que encontró un gorrion muerto en el balcón no quiso trabajar más. Durante tres semanas la situación siguió igual; la mucama encerrada en el cuarto de servicio y mi ex mujer en el dormitorio. Al principio de la cuarta semana hice la valija y cambié de vida.

Soy escritor pero no hablo desde el futuro; vivo en un mundo miserable lleno de camiones de basura y casas destruidas. Judith, mi actual mujer, es la empleada del lavadero automático de la cuadra. Mi nuevo barrio está en transformación constante. Ayer abrieron un supermercado coreano; hoy se roban la parada del colectivo. Cada día cierra un local y abre otro. Lo que más abunda son las cerrajerías. Vivimos bajo el signo del cambio hacia cualquier cosa.

Nuestro departamento queda en un edificio de artistas de poco dinero. Esto es una casualidad; Judith ya vivía ahí cuando nos conocimos, y el artista soy yo.

Ni Judith ni yo solemos pagar las cuentas a tiempo, y hace dos días nos cortaron el teléfono. Ahora subo a la terraza, desde donde intercepto las líneas de otros y escucho conversaciones ajenas que me provocan repulsión.

La gente no se fija en lo que dice cuando cree que nadie la escucha.

Estos días, en mi literatura, estoy desarrollando el concepto de *underwriting*, que, según me dicen, significa “subescritura”. La novela que quiero escribir con este método se llama *Vida de un miserable*.

Hasta ahora tengo cuatro capítulos escritos:

1. Mercado de capitales
2. Mispricing
3. Underwriter
4. Panfletos

Hace meses que no puedo empezar el capítulo cinco, que creo que va a cerrar la novela. La causa es Judith. Durante el día no puedo concentrarme por el calor, y a la noche está siempre ella en casa. Varias veces le sugerí que saliera por su cuenta, pero me dice que no tiene amigas. Se queda sentada en silencio sobre la cama, pero es obviamente su presencia lo que me impide concentrarme.

Conseguí una habitación en el barrio coreano, a dos cuerdas de la villa. Todavía vivo con Judith, pero paso las noches en mi estudio, escribiendo. La dueña de casa me advierte contra los bolivianos que trabajan para ella; dice que son peligrosos. En la calle, los bolivianos me advierten contra los coreanos.

“El pasado”, en *Velcro y yo*, Planeta, Biblioteca del Sur, Buenos Aires, 1996; *Lengua de Trapo*, Madrid, 1999; Mondadori, Buenos Aires, 2011.

Hace más de un mes que no veo a Judith. Ella trabaja de día y yo de noche. De a poco fui sacando todas mis cosas de su casa y las acumulé en este cuartito que ahora es mucho más que mi estudio.

El capítulo cinco avanza, pero igual hay noches en las que la humedad y las altas temperaturas hacen que no pueda concentrarme, y la vida nocturna de la calle Carabobo no es muy intensa. Hay miles de restaurantes pero ningún bar y, cuando quiero un vaso de vino que no sea de arroz, tengo que internarme en la villa.

Ayer me encontré con Judith, la del lavadero automático. Me dijo que a su casa llegó una carta para mí. Tomamos juntos el premetro y fui a su casa a buscarla; era de mi hermana, que vive en Chicago. Me invita a visitarla, me manda un pasaje y un money order por dos mil dólares a cobrar en el correo de Chicago. Mi hermana y yo nunca nos llevamos bien, nunca soporté su compasión por el artista pobre que no despegó. No pienso ceder ante su presión y visitarla; sería reconocer un cierto tipo de fracaso.

Pero el money order me vendría muy bien. Intento primero cambiarlo, sin éxito, en las financieras del centro, donde me darían más; después con dealers locales de Korea Town. “¿Chicago?”, me preguntan, y todos niegan con la cabeza.

Encerrado en mi cuarto miro el ventilador de pie y reflexiono, agobiado por la ola de calor. Mi vida es demasiado austera: huevos fritos, bifés a la plancha y arroz con una mezcla de algas y sésamo, un condimento que conseguí en mi nuevo barrio.

Tomo una decisión: viajar, cobrar el dinero, y volver a Buenos Aires en el vuelo siguiente. No llevo equipaje y al salir de mi cuarto pego en la puerta un cartelito que dice: *Vuelvo enseguida*.

En el avión me toca sentarme al lado de un futuro estudiante de sociología. Parece entusiasmado. Converso un rato con él, y después duermo de un tirón hasta que aterrizamos al amanecer.

En Chicago la temperatura es de ochenta y nueve grados Fahrenheit. No sé lo que significa pero igual

transpiro. Me despido del estudiante de sociología, salgo del edificio impersonal, y paro un taxi.

—*To the Central Post Office* —le digo al conductor. Mi inglés es prácticamente inexistente.

Le pido al taxista que espere en la puerta del correo, cobro el dinero, le pago, y decido caminar por el barrio. Con el entusiasmo de los dos mil dólares del money order no me di cuenta de marcar la vuelta en el pasaje, así que decido buscar una agencia de viajes. Quiero volverme en el primer vuelo. No soporto la idea de gastar parte de mi dinero en un país extranjero y las tentaciones en Chicago parecen enormes.

La empleada de United me explica que mi pasaje requiere un mínimo de quince días de estadía. Es una portorriqueña que todavía habla un poco de español; tiene un prendedor con su nombre: Lupita Menéndez. Dice que se solidariza conmigo pero no puede hacer nada. Me ofrece venderme otro pasaje a Buenos Aires; en eso se me iría la mayor parte del dinero y mi viaje perdería sentido. Hago una reserva para la primera fecha posible y, un poco triste, salgo a la calle, apabullado por el aire caliente y la humedad.

Como no tengo equipaje ni planes, me dedico a hacer observaciones: el tipo de gente que camina por las avenidas, las construcciones, los lugares de comidas, tan diferentes de los nuestros, las costumbres en la calle, el paso rápido, mis zapatos, que se quedan pegados en el cemento derretido de las veredas, los ricos, los pobres.

Entro en un hotel que no parece muy caro. Se llama Chicago Regency. En la recepción nadie habla mi idioma pero hay un letrero con los precios: la habitación más económica cuesta noventa y cinco dólares. Multiplico por quince y vuelvo a salir a la calle.

Paro un taxi. Le pregunto al conductor por un hotel barato.

—*Barato?* —me dice él en inglés.

—El más barato de la ciudad.

—*Address?* —pregunta sonriendo.

Decido cambiar de estrategia.

—*Latin Quarter* —le digo. Supongo que ahí por lo menos alguien me va a entender.

El taxista me lleva a una parte devastada de la ciudad. Es como si de pronto todo el pasado hubiera vuelto: la

guerra, el hambre, los bombardeos. Un barrio pobre de hispanos y drogadictos.

No camino ni dos cuadras y encuentro un edificio con un cartel enorme que dice *Hotel Men Only*. No parece ser un lugar muy caro.

Mi cuarto da directamente a la calle. Abro la ventana. El calor sigue siendo insoportable. Escucho salsa sin parar y el olor a frito y picante sube por las escaleras de incendio. El paisaje, al menos, no me resulta familiar.

Me desvisto, me doy una ducha, y me vuelvo a vestir. Me tiro sobre la cama y duermo una siesta. No sé qué hora es cuando me despierto, pero bajo a la calle y compro un diario. Camino hasta la avenida y en una librería compro un cuaderno. Quiero aprovechar el paréntesis para seguir con mi novela. Después tomo un taxi y, como no sé qué hacer, le leo al taxista la dirección de mi hermana.

La casa queda en los suburbios; estudio mentalmente el camino. Sin bajarme le pido al conductor que vuelva a llevarme al hotel. Ceno chicken wings en un bar oscuro; hay tan poca luz que no puedo darme cuenta si el lugar es caro o barato. Vuelvo al hotel; me duermo hasta el día siguiente.

Alquilo un Toyota en Avis. Me decido porque no puedo creer lo absurdamente económico que resulta.

Durante unos días vigilo la casa de mi hermana desde mi coche nuevo. Ella saca la basura todas las mañanas y después se sube a un Mazda gris perla, que estaciona en el parking de la torre de la corporación donde trabaja. Sé que está casada y con hijos, pero su familia no aparece. Hace casi veinte años que no la veía; de aspecto no cambió nada. Yo también debo estar igual.

Una mañana me decido finalmente a tocarle el timbre. Se queda helada al verme. Me da un abrazo frío; es como si me estuviera diciendo *Nice to meet you*. Mi inglés mejoró bastante desde el día que llegué y además creo que maduré. La idea misma del viaje relámpago ahora me resulta infantil.

Me hace pasar a un living en el que hay cabezas de ciervos y alfombras de osos por todos lados. Conversamos sin hacernos preguntas, hasta que yo saco el tema de sus hijos. Ella me explica que se fueron de caza con el padre, que vive en Oregon. Le pregunto si están divorciados. Me dice que de ninguna manera; están jun-

tos pero él vive en Oregon. “Oregon queda a miles de kilómetros de Chicago”, le digo. Ella me contesta con una sonrisa que de kilómetros no entiende nada y da por terminada la conversación. Me sugiere, sin preguntármelo, que le gustaría saber dónde estoy parando. “En el hotel Men Only”, le contesto. Me dice que no lo conoce pero no me invita a quedarme en su casa, a pesar de que yo sé que por lo menos un cuarto, el de mis sobrinos, está vacío.

Esa noche mi hermana me lleva a su restaurante preferido: un oyster bar para yuppies que queda en pleno downtown. Me resulta muy difícil verla tomar sopa de pescado; me doy cuenta de que lo que estoy viendo es su vida. No puedo engañarme. Tiene treinta y ocho años. Se nota que sabe que ya no está en tránsito hacia ninguna otra situación.

Mientras cenamos, me cuenta cosas de Chicago. Desde hace menos de un mes los policías de la ciudad usan uniformes especialmente diseñados por Jean Paul Gaultier y las agentes, carteras de Gian Franco Ferré. Mi hermana saluda a un par de conocidos. Me dice que son compañeros suyos de trabajo. Su castellano es perfecto, salvo cuando tiene que decir alguna palabra en inglés.

Nos despedimos en la puerta del restaurante; sé que no nos vamos a volver a ver. Son apenas las ocho y cuarto de la noche y como no tengo sueño decido ir al cine. Compro el *Chicago Daily News* y leo el resumen del argumento de una película norteamericana que acaban de estrenar en el Chicago Film Center: *Un cantante de tango retirado todavía sigue activo como agente secreto en una pequeña aldea de campesinos japoneses*. Los actores son superstars archiconocidos. Me sorprende que todavía existan campesinos japoneses. Y éste es mi último recuerdo de la noche: entro en el cine, me acomodo en la butaca y se apagan las luces.

De la película no conservo ninguna imagen.

Me despierto en la cama junto a una desconocida. Enseguida me doy cuenta de que no estoy ni en mi casa ni en el hotel. Suena el teléfono. La chica no da señales

de vida. Se enciende un contestador automático y escucho el mensaje.

—*Lucy, this is Richard, your therapist, I hope you remember our date at the ICA Café. It's already 11:05 and you are not here yet.*

Intento despertar a Lucy, pero sigue profundamente dormida. Estoy desnudo y busco mi ropa por toda la casa. Los placares están cerrados con llave. Sobre la alfombra hay unos zapatos de taco alto demasiado chicos para mí. Me asomo al balcón tapándome con la cortina. Hay una bandera norteamericana que cuelga de la baranda. Me ato la bandera a la cintura y vuelvo a sacudir a Lucy. Parece dopada. Busco dinero por toda la casa. Encuentro un frasco lleno de monedas sobre la mesada de la cocina.

La casa de Lucy está en un barrio pobre de latinos y drogadictos. Un barrio igual al mío, que no parece ser el mismo. En la vereda de enfrente hay un Army and Navy Store. Entro y me compro un Levi's 501 talla W38, L32 y un paquete de tres remeras blancas Fruit of the Loom extra large. Me pongo la ropa en el probador y paro un taxi.

En el viaje a mi hotel le dedico diez minutos al pasado. Es un método que utilizo cada vez que mi mente se pone en blanco. Esta vez diez minutos resultan demasiado. No puedo acordarme ni dónde la conocí, ni cómo, ni de lo que hice en la casa. Mientras el taxi avanza siento que varias horas de mi vida van quedando atrás. Ni siquiera me fijé en qué calle queda la casa de Lucy. No tengo suficientes recuerdos de la noche anterior como para llenar diez minutos de tiempo. Miro el reloj: son las once y veinticinco.

—*To the ICA* —le digo al taxista.

No tengo nada mejor que hacer y quiero charlar con el terapeuta de Lucy. Necesito saber si puede decirme algo sobre mí. Todavía tengo la bandera norteamericana

en la mano. La toalla la dejé en el probador del negocio donde compré la ropa. Estoy descalzo.

Un hombre de anteojos está solo junto a la ventana del café del ICA. Lee un diario sensacionalista y decido que es él. Cada tanto levanta los ojos del diario y mira hacia afuera, como si esperara a otra persona. No me animo a hablarle directamente, y en un momento se levanta y se va. Lo sigo hasta el Botanical Garden. Se pasea a la sombra de los árboles y saca migas de pan de sus bolsillos para darles de comer a los gatos.

Lucy me está esperando en la puerta del hotel Men Only. Me explica en un castellano trabajoso que el recepcionista no la quiso dejar pasar. Yo no me olvido de que esta misma noche tengo el vuelo de vuelta a Buenos Aires, y Lucy insiste en acompañarme al aeropuerto.

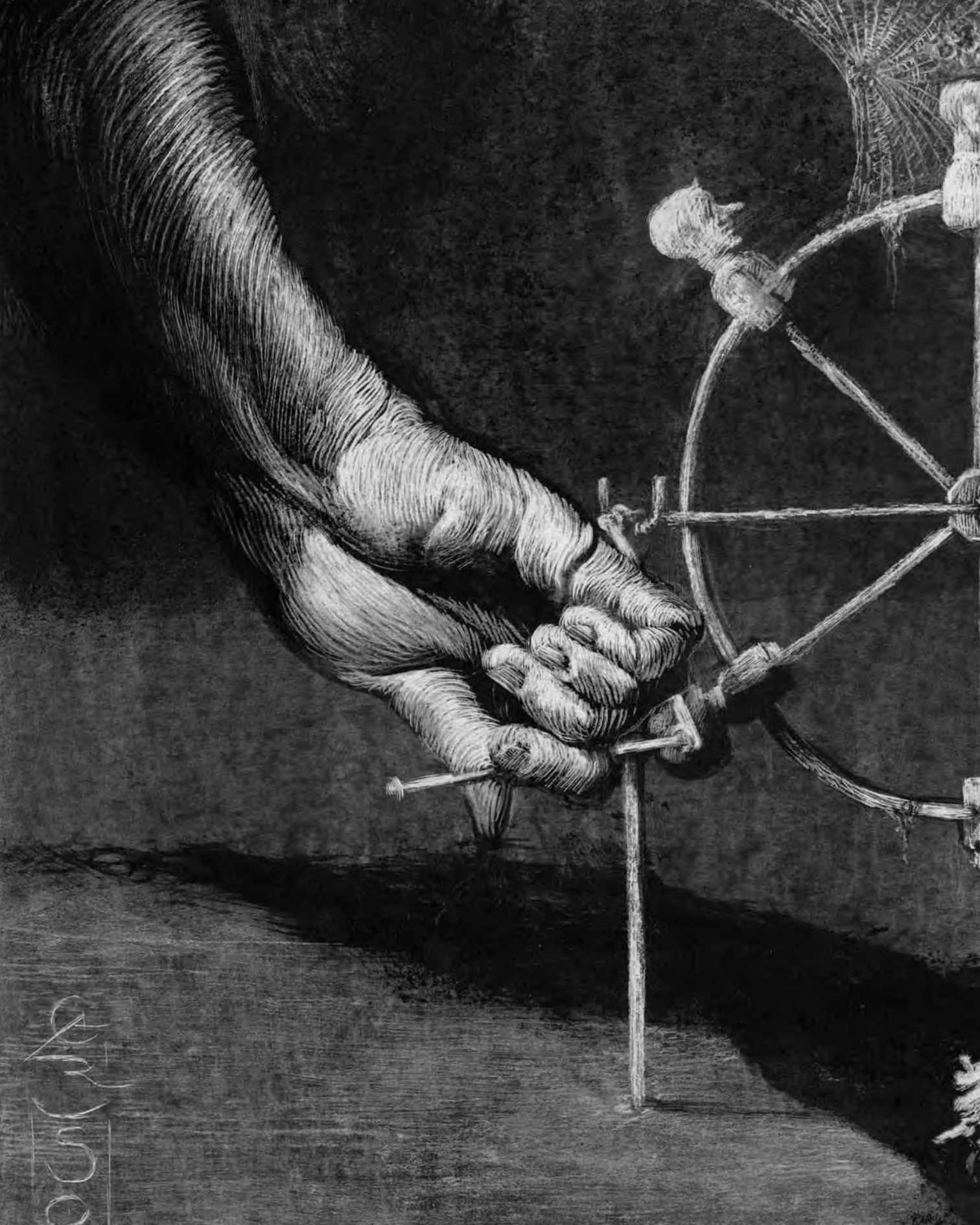
En el taxi nuestra conversación es fluida. Tengo la impresión de conocer a Lucy desde hace muchos años. Adivino sus gustos y ella los míos y nos reímos de las mismas cosas. El taxista se da vuelta varias veces a mirarnos; sospecho que él también habla castellano.

Lucy y yo entramos en el aeropuerto. Llegamos con dos horas de adelanto, como lo indican las instrucciones impresas en el pasaje. Recojo mi boarding pass del mostrador de United y nos sentamos en dos sillones contra un enorme ventanal. Le cuento a Lucy que estoy a punto de terminar el capítulo cinco de mi novela. “Es el último, ¿no?”, me pregunta ella, y la miro sorprendido. A lo mejor hablamos de esto la noche anterior. Pero prefiero no hacerle ninguna pregunta. No por vergüenza ni miedo a lo desconocido, sino para no romper la intimidad que existe entre nosotros. 📍

Martín Rejtman (Ciudad de Buenos Aires, 1961). Estudió cine en la Universidad de Nueva York. Hizo los largometrajes *Rapado* (1992), *Silvia Prieto* (1999), *Los guantes mágicos* (2003) y *Dos disparos* (2014); el documental *Copacabana* (2006); el telefilm *Entrenamiento elemental para actores* (2009, codirigido con Federico León), y los medimetrajes *Doli vuelve a casa* (1985) y *Sitting on a Suitcase* (1987). Publicó los libros *Rapado* (Planeta, 1992; Interzona, 2007), *Treinta y cuatro historias* (dentro del volumen *Un libro sobre Guillermo Kuitca*, Generalitat Valenciana, 1993), *Velcro y yo* (Planeta, 1996; Lengua de Trapo, 1999; Mondadori, 2011), *Silvia Prieto* (incluye el guión de la película y otros textos, Norma, 1999), *Literatura y otros cuentos* (Interzona, 2005) y *Tres cuentos* (Mondadori, 2012).

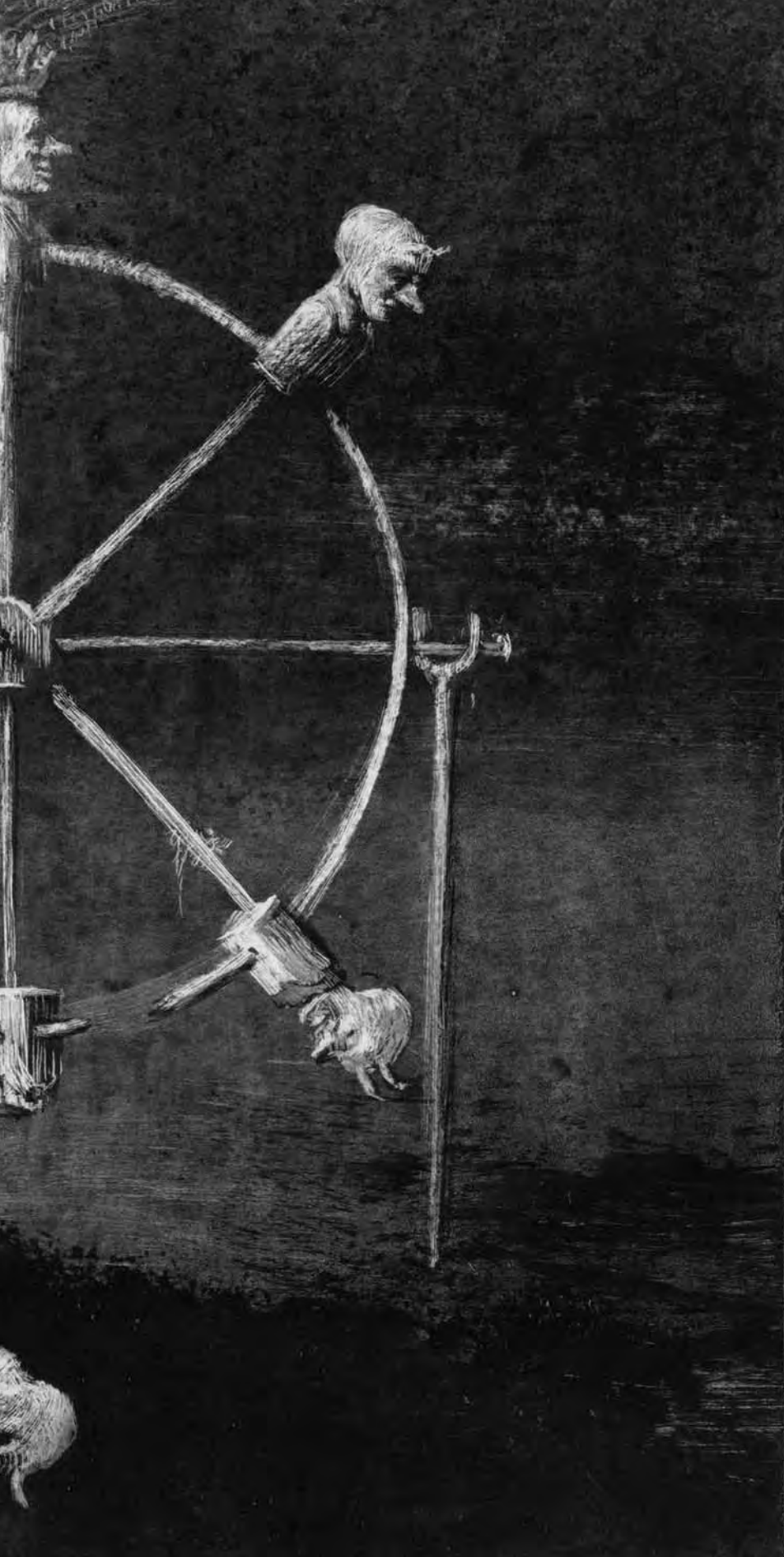


Foto: Nicolás Calderberg



Dr. J. S. P.

Cuento argentino actual



Rueda de la fortuna, esgrafiado y color,
2007

Algunas ideas en torno a esta antología

Salvador Biedma

Una antología siempre es caprichosa. Plantea un mapa, desde una cierta perspectiva, de un universo muchísimo más vasto. Si se piensa en casos puntuales, seguramente las antologías más memorables para un lector resulten aquellas que, además de tener un peso propio, de funcionar como un libro en sí, nuevo y distinto, abren puertas a diversas lecturas. Ojalá esta pequeña selección de cuentos entusiasme a alguien y lo impulse a buscar alguna obra, algún nombre. Fue hecha con la felicidad de compartir lecturas, de descubrir a autores que yo desconocía, confirmar a otros, buscar. Y me alegra que se publique en una revista porque eso contribuye también a la idea de un trabajo abierto, inacabado, en proceso, que continúa los números anteriores (187, nada menos, en este caso) y se prolongará en las próximas *Punto de partida*.

Una antología siempre es caprichosa, entonces. Sin embargo, cuando se plantea sobre la narrativa de un país como Argentina, con una geografía tan vasta, con tantos escritores y, a la vez, con una mirada en la que siempre termina predominando la ciudad de Buenos Aires, la arbitrariedad se acentúa. Y vuelve a aumentar si representa a autores actuales, que están produciendo, y se pone un límite de edad (con el atractivo y las exigencias que implica un límite de este tipo).

No quiero que esto suene a queja ni a excusa: no es ninguna de las dos cosas, sino que está dirigido a explicar mi mirada. Intenté ser lo menos arbitrario que pude en la selección, me planteé incluir a autores de distintos lugares del país y de diversas edades, tratando de mantener cierta proporción entre varones y mujeres, entre quienes ya tienen un reconocimiento a nivel

nacional o incluso internacional y quienes aún no son conocidos y, a la vez, quise mostrar distintas propuestas estéticas. Me pareció importante llegar a cierto equilibrio en cada uno de esos aspectos, aunque siempre lo central fue elegir buenos cuentos.

Tal vez parezca raro leer que tuve la intención de incluir a autores de distintos lugares del país siendo que, en definitiva, con el trabajo terminado, resulta que la mitad de los cuentistas nacieron en la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, esa proporción está lejos de ser la común. Me animaría a decir que en la mayor parte de las antologías de cuento argentino el porcentaje supera el setenta y cinco por ciento. De hecho, cuando pensé quiénes eran a mi entender los escritores “indiscutibles”, que no podían dejar de estar en una selección así, ése era el porcentaje: tres nacidos en la ciudad de Buenos Aires (Samanta Schweblin, Mariana Enriquez, Andrés Neuman) y uno nacido en Córdoba, la segunda provincia más poblada del país (Federico Falco).

Ahora bien, si dije antes que una antología puede entenderse como un mapa de un territorio muchísimo más vasto, sería interesante hablar de ese territorio, plantear un panorama de la literatura argentina actual y, en particular, del cuento.

Por una serie de motivos, algunos claros, otros más misteriosos, la literatura argentina ha vuelto a expandirse a nivel internacional en los últimos años, ganando un lugar destacado en eventos literarios del extranjero (el país fue invitado de honor en la Feria de Frankfurt de 2010 y, durante 2014, en el Salón del Libro de París, la Semana Negra de Gijón y, ahora, la Feria de Guadalajara), con libros publicados en diversos países de

Salvador Biedma (Ciudad de Buenos Aires, 1979). Licenciado en Letras, ha trabajado como editor, periodista, corrector y docente. Hizo también algunas traducciones. Fundó y dirigió con Alejandro Larre las revistas *La mala palabra* y *Mil mamuts*. Fue asistente editorial del sello La Compañía y director editorial de Galerna. En 2013 publicó su primera novela, *Además, el tiempo*, en Ediciones La Yunta.



Foto: Nora Lezano

lengua castellana y traducciones a otros idiomas, en muchos casos, de escritores nacidos después de 1970.

Luego de la famosa crisis que atravesó el país, que tuvo su punto máximo en 2001 y 2002, han surgido editoriales chicas y medianas que se establecieron muy rápido, al mismo tiempo que aumentaron (casi podría decirse que surgieron) los ciclos de lectura de cuentos y se expandió cierto espíritu colaborativo, grupal, para lanzar revistas, formar editoriales o —cosa que antes era usual en la poesía, pero no tanto en la narrativa— intercambiar ejemplares de libros de baja tirada.

Para mencionar casos concretos, en 2004 surgieron editoriales como Entropía o El Cuenco de Plata, y un año antes había lanzado sus primeros títulos Interzona. En marzo de 2005 comenzaba el ciclo de lecturas del Grupo Alejandría, que aún se mantiene, y aparecía la revista *Mil mamuts*, que dirigí con Alejandro Larre para publicar cuentos de autores latinoamericanos vivos, con preponderancia de argentinos; ese mismo año, en Buenos Aires, abrieron las librerías La Internacional Argentina, que empezó a publicar bajo el sello Mansalva poco después, y Eterna Cadencia, que también funcionaría —desde 2008— como editorial. En agosto apareció la antología *La joven guardia*, que reúne, con selección de Maximiliano Tomas, a cuentistas que entonces tenían hasta treinta y cinco años de edad. El libro, publicado por Norma, tuvo un eco llamativo e inició una seguidilla de compilaciones de cuentos argentinos escritos por jóvenes: *Una terraza propia*, *Hojas de tamarisco*, *Buenos Aires/escala 1:1*, la colección Reservoir Books...

Estos ejemplos, sólo unos pocos de una lista muy amplia, están centrados en la ciudad de Buenos Aires, pero

podría hacerse un mínimo repaso de propuestas similares en muchísimas provincias. Desde Jujuy (la revista *Intravenosa* o la editorial Perro Pila, por citar dos casos) hasta la Patagonia (la revista *El camarote*, que salió entre 2002 y 2010), han existido en los últimos años innumerables proyectos vinculados a la literatura, que no consiguen, salvo casos excepcionales, resonancia a nivel nacional y quedan por esto un poco aislados, con “apenas” circulación local.

Entre los proyectos que alcanzan una resonancia más amplia vale destacar la situación en la provincia de Córdoba, en el centro del país. Ahí han surgido narradores que, con menos de cuarenta años, ocupan ya un espacio de reconocimiento en la narrativa argentina y, en particular, en el cuento (Falco, Luciano Lambertini, Carlos Godoy); hay también una cantidad importante de editoriales independientes (Alción, Nudista, Caballo Negro, Raíz de Dos, Llanto de Mudo) y se han producido en el último tiempo varias antologías con cuentos de autores de la provincia: *Es lo que hay*, *10 bajistas* o *Autopista*, que incluye a nueve autores de Córdoba y nueve de Rosario. Justamente en Rosario, la tercera ciudad más poblada de Argentina, también aparecieron varias antologías, como la muy interesante *Rosario: Ficciones para una nueva narrativa*, compilada por Carolina Rolle, o *Nada que ver*.

Para ilustrar las movidas literarias que muchas veces funcionan en las provincias sin ser conocidas en Buenos Aires ni conseguir alcance nacional, tal vez sirva pensar que en el año 2005, en la capital de la provincia de Jujuy (al noroeste del país), uno podía ir a una librería, preguntar por la literatura del lugar y que le

señalaran una biblioteca completa, con seis o siete estantes cargados de libros, desde una edición facsimilar de la revista *Tarja* hasta libros autoeditados por escritores de menos de treinta años.

Esta enumeración de propuestas diversas pretende exhibir la cantidad de proyectos vinculados al cuento que surgieron tras la crisis que estalló en 2001, pero quisiera hacer una aclaración: resultaría imprudente llevar al extremo esta mirada que valora lo ocurrido durante los últimos años y, entonces, por comparación, creer que en la década de los noventa la escena de la narrativa argentina —en particular, del cuento— era un páramo y que ahora es un vergel. En los noventa publicaron sus primeros libros de cuentos muchos autores significativos (Eduardo Berti, Carlos Chernov, Martín Rejtman, Esther Cross, Sergio Olgúin, Juan Forn, Patricia Suárez, Rodrigo Fresán, por ejemplo), hubo revistas literarias interesantes (algunas, de circulación restringida, tal vez, pero no más que lo habitual; tampoco puede soslayarse que la revista *Puro cuento* salió hasta 1992), surgieron editoriales (Adriana Hidalgo, Beatriz Viterbo, Simurg) que parecen haber marcado en gran medida a los sellos que aparecerían después y, desde 1990 hasta 1996, funcionó la interesantísima colección Biblioteca del Sur, a cargo de Juan Forn en Editorial Planeta; de hecho, en esa década, en 1997, Argentina fue por primera vez el país invitado de honor en la Feria de Guadalajara.

Más allá de esta digresión, para marcar que propuestas como las mencionadas más arriba siguen surgiendo en forma constante, basta mencionar a cuatro editoriales que sacaron sus primeros títulos este año: Metalúcida, Notanpüan, Páprika y Momofuku. Puede parecer



Crown, esgrafiado y color, 2011

llamativo que, mientras los grupos editores multinacionales se absorben unos a otros o se fusionan, aparezcan con semejante frecuencia propuestas de sellos chicos, a la vez que muchas empresas medianas se hacen más fuertes (ese escenario quizá no sólo se dé en Argentina, tal vez sea algo generalizado).



No obstante, desde luego, la industria editorial argentina hoy está muy lejos de lo que significaba en los años sesenta o setenta, cuando, con una oferta de títulos seguramente menor, las tiradas de los libros de narrativa argentina eran, en general, bastante más generosas.

Dije ya que la literatura argentina vive una expansión

internacional en los últimos años y, en este sentido, quisiera señalar un hecho muy concreto y elocuente: cuando en 2010 Granta eligió a los veintidós “mejores narradores jóvenes en español”, ocho eran argentinos; o sea, ¡más de una tercera parte! Con mayor equilibrio en la selección por países, tanto Bogotá 39 (en 2007) como el proyecto de los veinticinco secretos mejor guardados de América Latina (organizado por la Feria de Guadalajara en 2011) contaron con tres autores argentinos. Salvo Andrés Neuman, que participó en Bogotá 39 y en la selección de Granta, no hay nombres que se repitan.

Los autores actuales parecen cada vez más aligerados de la herencia de Borges, que por momentos pareció incomodar a generaciones anteriores (se cuenta que Witold Gombrowicz, al irse de Argentina, exclamó “¡maten a Borges!”, anécdota muchas veces desmentida, pero que marca el peso del escritor). Se observan ahora, más bien, otras influencias en algunos escritores argentinos. Sobre todo, la de Juan José Saer, por un lado, y la de una línea identificada con César Aira, por otro. Los dos tienen una escritura muy reconocible, tanto que permite el habitual uso de los adjetivos “saeriano” y, en menor medida, “airiano”. Sin lugar a dudas, otros escritores influyen, pero esa influencia acaso resulte menos evidente en los textos, más sutil, o bien opere a otros niveles. Por ejemplo, muchos jóvenes se identifican con Abelardo Castillo y se muestran orgullosos de formarse en el taller literario que él coordina, de donde han surgido grupos que arman revistas u otros proyectos. Asimismo, cada vez resulta más común que se manifieste admiración por el estilo medido, casi parco, al mismo tiempo que poético y afectuoso, de Hebe Uhart. También

cabe mencionar los talleres literarios de Guillermo Saccomanno, de Forn, de Liliana Heker o de Alberto Laiseca (Valeria Tentoni le agradece en su libro *El sistema del silencio* llamándolo “mi maestro”) como espacios en los cuales se forman autores y que actúan, de algún modo, como lugares de pertenencia. Por otro lado, se ven influencias más “universales” en los cuentos; sobre todo, Raymond Carver.

Sin embargo, las influencias y los resultados son heterogéneos. Así, por ejemplo, en una autora como Mariana Enriquez —dedicada no sólo al cuento, sino también a la novela, la crónica, el periodismo—, las principales influencias parecen provenir de otros ámbitos, de textos de terror o de vampiros, de autores góticos o románticos, de la literatura del sur de Estados Unidos; sin ocultar en lo más mínimo esas influencias, Enriquez se las apropia para traerlas a paisajes y épocas muchas veces reconocibles para los argentinos y vinculados con la historia política de las últimas décadas (en particular, la última dictadura) desde una perspectiva que resulta novedosa. Esto salta a la vista en el cuento “La Hostería”. Por su parte, se puede decir que “Encomio para el Coya Ortega”, del jujeño Maximiliano Chedrese, abreva en una tradición del cuento argentino identificable con generaciones anteriores, no sólo por la temática (el boxeador caído en desgracia es un tópico que han trabajado muchísimos autores, entre los que sobresale Cortázar con el cuento “Torito”), sino también por el estilo.

Sería interesante destacar, como cierre, que hay autores argentinos jóvenes no sólo capaces de escribir buenos cuentos, sino también de plantear reflexiones sobre

este género. El caso más singular seguramente sea el de Andrés Neuman, que sumó en cada uno de sus libros de cuentos un texto teórico y publicó el primero con apenas veintitrés años. En tanto, Federico Falco dio, unos meses atrás, una apreciación sugerente que parece muy adecuada para su poética: “Trato, cada vez que me siento a escribir, de volver a preguntarme qué es un cuento. La respuesta está en la exploración de los bordes. ¿Hasta dónde se pueden tensar los límites y que el resultado siga siendo un cuento? Un buen cuento es algo que corre el riesgo, todo el tiempo, de dejar de serlo.”

La idea al plantear el recorrido de este prólogo, que también resulta caprichoso y discutible, era contextualizar un poco, dar una mirada sobre el amplio universo en el cual se inserta esta pequeña selección, siempre con el objetivo de que sirva para abrir diversas lecturas.

Desde luego, una antología no se hace sin tomar en cuenta el trabajo de otros y las recomendaciones, detenerse a escuchar, pedir sugerencias, conversar. Más allá de la utilidad de diversos proyectos que difunden a autores argentinos actuales (la Exposición de la Actual Literatura Rioplatense o el Premio Digital Itaú que organiza el Grupo Alejandría, por nombrar apenas dos entre decenas), tengo que agradecer especialmente la ayuda y las recomendaciones de Daniel Gigena, Fabián Sevilla, Soledad Castresana, Raúl Orlando Artola, Reynaldo Castro, Alejandro Larre, Marcelo López.

Agradezco también al ilustrador Santiago Caruso, a Ivana Romero, a Carmina Estrada y, obviamente, a todos los autores, que en más de un caso aportaron sugerencias. Ha sido un placer trabajar con ellos. ♪

SEMBRARON
FUTURO

1902



Un hombre sin suerte

Samanta Schweblin

El día que cumplí ocho años, mi hermana —que no soportaba que dejaran de mirarla un solo segundo— se tomó de un saque una taza entera de lavandina. Abi tenía tres años. Primero sonrió, quizá por el mismo asco, después arrugó la cara en un asustado gesto de dolor. Cuando mamá vio la taza vacía colgando de la mano de Abi, se puso más blanca todavía que ella.

—Abi-mi-dios —eso fue todo lo que dijo mamá—. Abi-mi-dios —y todavía tardó unos segundos en ponerse en movimiento.

La sacudió por los hombros, pero Abi no respondió. Le gritó, pero Abi tampoco respondió. Corrió hasta el teléfono y llamó a papá y, cuando volvió corriendo, Abi todavía seguía de pie, con la taza colgándole de la mano. Mamá le sacó la taza y la tiró en la pileta. Abrió la heladera, sacó la leche y la sirvió en un vaso. Se quedó mirando el vaso, luego a Abi, luego el vaso y finalmente tiró también el vaso a la pileta. Papá, que trabajaba muy cerca de casa, llegó casi de inmediato, pero todavía le dio tiempo a mamá de hacer todo el show del vaso de leche una vez más, antes de que él empezara a tocar la bocina y a gritar.

Cuando me asomé al living, vi que la puerta de entrada, la reja y las puertas del coche ya estaban abiertas. Papá volvió a tocar bocina y mamá pasó como un rayo cargando a Abi contra su pecho. Sonaron más bocinas y mamá, que ya estaba sentada en el auto, empezó a llorar. Papá tuvo que gritarme dos veces para que yo entendiera que era a mí a quien le tocaba cerrar.

Hicimos las diez primeras cuadras en menos tiempo de lo que me llevó cerrar la puerta del coche y ponerme el cinturón. Pero cuando llegamos a la avenida el tráfico estaba prácticamente parado. Papá tocaba bocina y gritaba: ¡Voy al hospital! ¡Voy al hospital! Los coches que nos rodeaban maniobraban un rato y milagrosamente lograban dejarnos pasar, pero entonces, un par de autos más adelante, todo empezaba de nuevo. Papá frenó detrás de otro coche, dejó de tocar bocina y se golpeó la cabeza contra el volante. Nunca lo había visto hacer una cosa así. Hubo un momento de silencio y entonces se incorporó y me miró por el espejo retrovisor. Se dio vuelta y me dijo:

—Sacate la bombacha.

Tenía puesto mi jumper del colegio. Todas mis bombachas eran blancas, pero eso era algo en lo que yo no estaba pensando en ese momento y no podía entender el pedido

Samanta Schweblin (Ciudad de Buenos Aires, 1978). Sus libros de cuentos *El núcleo del disturbio* y *Pájaros en la boca* han sido publicados en veintidós países. La prestigiosa revista *Granta* la presentó en 2010 entre “los mejores narradores jóvenes en español”. Ganó premios como el del Fondo Nacional de las Artes de Argentina (por su libro *El núcleo del disturbio*, Destino Ediciones, 2002), el Casa de las Américas de Cuba (en 2008, por *Pájaros en la boca*, Emecé, 2009) y el Juan Rulfo de Francia (por el cuento que presentamos aquí). También obtuvo las becas Fonca (México), Civitella Ranieri (Italia), Shanghai Writer Association (China) y Berliner Künstlerprogramm (Alemania). Actualmente reside en Berlín. En septiembre publicó la novela *Distancia de rescate* (Random House). El cuento que presentamos está inédito en libro.



de papá. Apoyé las manos sobre el asiento para sostenerme mejor. Miré a mamá y entonces ella gritó:

—¡Sacate la puta bombacha!

Y yo me la saqué. Papá me la quitó de las manos. Bajó la ventanilla, volvió a tocar bocina y sacó afuera mi bombacha. La levantó bien alto mientras gritaba y tocaba bocina, y toda la avenida se dio vuelta para mirarla. La bombacha era chica, pero también era muy blanca. Una cuadra más atrás, una ambulancia encendió las sirenas, nos alcanzó rápidamente y nos escoltó, pero papá siguió sacudiendo la bombacha hasta que llegamos al hospital.

Dejaron el coche junto a las ambulancias y se bajaron de inmediato. Sin esperarnos, mamá corrió con Abi y entró en el hospital. Yo dudaba si debía o no bajarme: estaba sin bombacha y quería ver dónde la había dejado papá, pero no la encontré ni en los asientos delanteros ni en su mano, que cerraba ahora la puerta.

—Vamos, vamos —dijo papá.

Abrió mi puerta y me ayudó a bajar. Cerró el coche. Me dio unas palmadas en el hombro cuando entramos en el hall central. Mamá salió de una habitación del fondo y nos hizo una seña. Me alivió ver que volvía a hablar, daba explicaciones a las enfermeras.

—Quedate acá —me dijo papá, y me señaló unas sillas naranjas al otro lado del pasillo.

Me senté. Papá entró en el consultorio con mamá y yo esperé un buen rato. No sé cuánto, pero fue un buen rato. Junté las rodillas, bien pegadas, y pensé en todo lo que había pasado en tan pocos minutos y en la posibilidad de que alguno de los chicos del colegio hubiera visto el espectáculo de mi bombacha. Cuando me puse derecha el jumper se estiró y mi cola tocó parte del plástico de la silla. A veces la enfermera entraba o salía del consultorio y se escuchaba a mis padres discutir y, una vez que me estiré un poquito, llegué a ver a Abi moverse inquieta en una de las camillas y supe que al menos ese día no iba a morirse. Y todavía esperé un rato más. Entonces un hombre vino y se sentó a mi lado. No sé de dónde salió, no lo había visto antes.

—¿Qué tal? —preguntó.

Pensé en decir muy bien, que es lo que siempre contesta mamá si alguien le pregunta, aunque acabe de decir que la estamos volviendo loca.

—Bien —dije.

—¿Estás esperando a alguien?

Lo pensé. Y me di cuenta de que no estaba esperando a nadie o, al menos, de que no era lo que quería estar haciendo en ese momento. Así que negué y él dijo:

—¿Y por qué estás sentada en la sala de espera?

No sabía que estaba sentada en una sala de espera y me di cuenta de que era una gran contradicción. Él abrió un pequeño bolso que tenía sobre las rodillas. Revolvió un poco, sin apuro. Después sacó de una billetera un papelito rosado.

—Acá está —dijo—, sabía que lo tenía en algún lado. El papelito tenía el número 92.

—Vale por un helado, yo te invito —dijo.

Dije que no. No hay que aceptar cosas de extraños.

—Pero es gratis —dijo él—, me lo gané.

—No.

Miré al frente y nos quedamos en silencio.

—Como quieras —dijo él al final, sin enojarse.

Sacó del bolso una revista y se puso a llenar un crucigrama. La puerta del consultorio volvió a abrirse y escuché a papá decir: “No voy a acceder a semejante estupidez.” Me acuerdo porque ése es el punto final de papá para casi cualquier discusión, pero el hombre no pareció escucharlo.

—Es mi cumpleaños —dije.

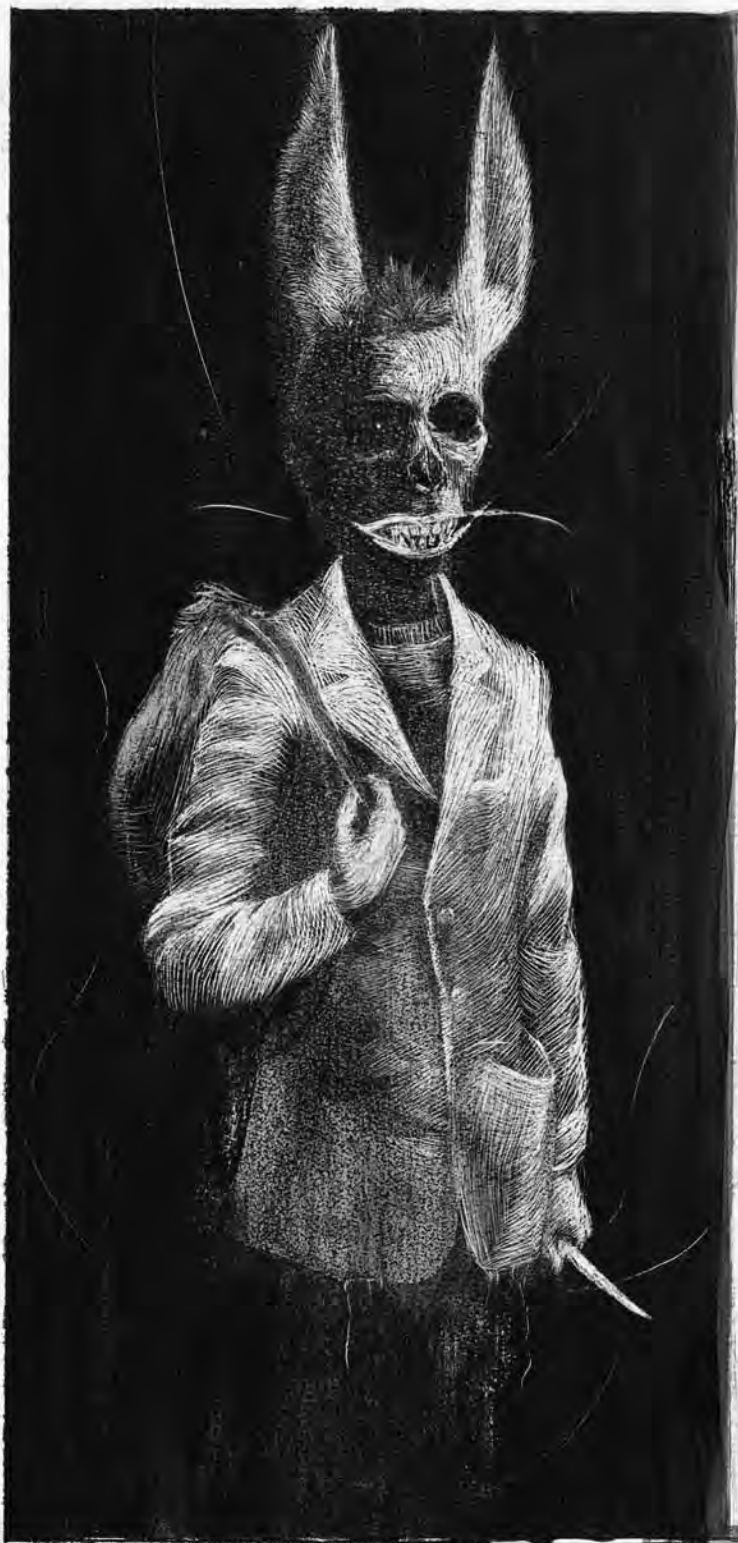
“Es mi cumpleaños”, repetí para mí misma, “¿qué debería hacer?” Él dejó el lápiz marcando un casillero y me miró con sorpresa. Asentí sin mirarlo, consciente de tener otra vez su atención.

—Pero... —dijo y cerró la revista—, es que a veces me cuesta mucho entender a las mujeres. Si es tu cumpleaños, ¿por qué estás en una sala de espera?

Era un hombre observador. Me enderecé otra vez en mi asiento y vi que, aun así, apenas le llegaba a los hombros. Él sonrió y yo me acomodé el pelo. Y entonces dije:

—No tengo bombacha.

No sé por qué lo dije. Es que era mi cumpleaños y yo estaba sin bombacha, y era algo en lo que no podía dejar de pensar. Él todavía estaba mirándome. Quizá se había asustado, u ofendido, y me di cuenta de que, aunque no era mi intención, había algo grosero en lo que acababa de decir.



Privado-Público, esgrafiado y color, 2006



—Pero es tu cumpleaños —dijo él.

Asentí.

—No es justo. Uno no puede andar sin bombacha el día de su cumpleaños.

—Ya sé —dije, y lo dije con mucha seguridad, porque acababa de descubrir la injusticia a la que todo el show de Abi me había llevado.

Él se quedó un momento sin decir nada. Luego miró hacia los ventanales que daban al estacionamiento.

—Yo sé dónde conseguir una bombacha —dijo.

—¿Dónde?

—Problema solucionado —guardó sus cosas y se incorporó.

Dudé en levantarme. Justamente por no tener bombacha, pero también porque no sabía si él estaba diciendo la verdad. Miró hacia la mesa de entrada y saludó con una mano a las asistentes.

—Ya mismo volvemos —dijo, y me señaló—, es su cumpleaños —, y yo pensé: “Por dios y la virgen María, que no diga nada de la bombacha”, pero no lo dijo: abrió la puerta, me guiñó un ojo y yo supe que podía confiar en él.

Salimos al estacionamiento. De pie y apenas pasaba su cintura. El coche de papá seguía junto a las ambulancias, un policía le daba vueltas alrededor, molesto. Me quedé mirándolo y él nos vio alejarnos. El aire me envolvió las piernas y subió acampanando mi jumper, tuve que caminar sosteniéndolo, con las piernas bien juntas.

—Mi dios y la virgen María —dijo él cuando se volvió para ver si lo seguía y me vio luchando con mi uniforme—, es mejor que vayamos rodeando la pared.

—No digas “mi dios y la virgen María” —dije, porque eso era algo de mamá y no me gustó cómo lo había dicho él.

—Okey, darling —dijo.

—Quiero saber a dónde vamos.

—Te estás poniendo muy quisquillosa.

Y no dijimos nada más. Cruzamos la avenida y entramos en un shopping. Era un shopping bastante feo, no creo que mamá lo conociera. Caminamos hasta el fondo, hacia una gran tienda de ropa, una realmente gigante que tampoco creo que mamá conociera. Antes de entrar él



Juventud pasionaria, acuarela, 2010

dijo “no te pierdas” y me dio la mano, que era fría pero muy suave. Saludó a las carceras con el mismo gesto que les había hecho a las asistentes a la salida del hospital, pero no vi que nadie le respondiera. Avanzamos entre los pasillos de ropa. Además de vestidos, pantalones y remeras, había ropa de trabajo. Cascos, jardineros amarillos como los de los basureros, guardapolvos de señoras de limpieza, botas de plástico y hasta algunas herramientas. Me pregunté si él compraría su ropa ahí y si usaría alguna de esas cosas y entonces también me pregunté cómo se llamaría.

—Es acá —dijo.

Estábamos rodeados de mesadas de ropa interior masculina y femenina. Si estiraba la mano, podía tocar un gran contenedor de bombachas gigantes, más grandes que las

que yo podría haber visto alguna vez, y a sólo tres pesos cada una. Con una de esas bombachas podían hacerse tres para alguien de mi tamaño.

—Ésas no —dijo él—, acá —y me llevó un poco más allá, a una sección de bombachas más pequeñas—. Mirá todas las bombachas que hay. ¿Cuál será la elegida, my lady?

Miré un poco. Casi todas eran rosas o blancas. Señalé una blanca, una de las pocas que había sin moño.

—Ésta —dije—. Pero no tengo plata.

Se acercó un poco y me dijo al oído:

—Eso no hace falta.

—¿Sos el dueño de la tienda?

—No. Es tu cumpleaños.

Sonreí.

—Pero hay que buscar mejor. Estar seguros.

—Okey, darling —dije.

—No digas “okey, darling” —dijo él—, que me pongo quisquilloso —y me imité sosteniéndome la pollera en la playa de estacionamiento.

Me hizo reír. Y, cuando terminó de hacerse el gracioso, dejó frente a mí sus dos puños cerrados y así se quedó hasta que entendí y toqué el derecho. Lo abrió y estaba vacío.

—Todavía podés elegir el otro.

Toqué el otro. Tardé en entender que era una bombacha porque nunca había visto una negra. Y era para chicas, porque tenía corazones blancos, tan chiquitos que parecían lunares, y la cara de Kitty al frente, donde suele estar ese moño que ni a mamá ni a mí nos gusta.

—Hay que probarla —dijo.

Apoyé la bombacha en mi pecho. Él me dio otra vez la mano y fuimos hasta los probadores femeninos, que parecían estar vacíos. Nos asomamos. Él dijo que no sabía si podría entrar. Que tendría que hacerlo sola. Me di cuenta de que era lógico porque, a menos que sea alguien muy conocido, no está bien que te vean en bombacha. Pero me daba miedo entrar sola al probador, entrar sola o algo peor: salir y no encontrar a nadie.

—¿Cómo te llamás? —pregunté.

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Él se agachó. Así quedaba casi a mi altura, quizá yo unos centímetros más alta.

—Porque estoy ojeado.

—¿Ojeado? ¿Qué es estar ojeado?

—Una mujer que me odia dijo que la próxima vez que yo diga mi nombre me voy a morir.

Pensé que podía ser otra broma, pero lo dijo todo muy serio.

—Podrías escribirmelo.

—¿Escribirlo?

—Si lo escribieras, no sería decirlo, sería escribirlo. Y, si sé tu nombre, puedo llamarte y no me daría tanto miedo entrar sola al probador.

—Pero no estamos seguros. ¿Y si para esa mujer escribir es también decir...? ¿Si con “decir” ella se refirió a dar a entender, a informar mi nombre del modo que sea?

—¿Y cómo se enteraría?

—La gente no confía en mí y soy el hombre con menos suerte del mundo.

—Eso no es verdad, eso no hay manera de saberlo.

—Yo sé lo que te digo.

Miramos juntos la bombacha, en mis manos. Pensé que mis padres podrían estar terminando.

—Pero es mi cumpleaños —dije.

Y quizá sí lo hice a propósito, pero así lo sentí en ese momento: los ojos se me llenaron de lágrimas. Entonces él me abrazó, fue un movimiento muy rápido, cruzó sus brazos a mis espaldas y me apretó tan fuerte que mi cara quedó un momento hundida en su pecho. Después me soltó, sacó su revista y su lápiz, escribió algo en el margen derecho de la tapa, lo arrancó y lo dobló tres veces antes de dármelo.

—No lo leas —dijo, se incorporó y me empujó suavemente hacia los cambiadores.

Dejé pasar cuatro vestidos vacíos, siguiendo el pasillo, y, antes de juntar valor y meterme en el quinto, guardé el papel en el bolsillo de mi jumper, me volví para verlo y nos sonreímos.

Me probé la bombacha. Era perfecta. Me levanté el jumper para ver bien cómo me quedaba. Era tan, pero tan perfecta... Me quedaba increíblemente bien, papá nunca me la pediría para revolearla detrás de las ambulancias y, si lo hacía, no me daría tanta vergüenza que mis compañeros la vieran. Mirá qué bombacha tiene esta piba, pensarían, qué bombacha tan perfecta. Me di cuenta de que ya no podía sacármela. Y me di cuenta de algo más, y es que la prenda no tenía alarma. Tenía una pequeña marquita en el lugar donde suelen ir las alarmas, pero no tenía ninguna alarma. Me quedé un momento más mirándome al espejo, y después no aguanté más y saqué el papelito, lo abrí y lo leí.

Cuando salí del probador, él no estaba donde nos habíamos despedido, pero sí un poco más allá, junto a los trajes de baño. Me miró y, cuando vio que no tenía la bombacha a la vista, me guiñó un ojo y fui yo la que lo tomó de la mano. Esta vez me sostuvo más fuerte, a mí me pareció bien y caminamos hacia la salida. Confiaba en que él sabía lo que hacía. En que un hombre ojeado y con la peor suerte del mundo sabía cómo hacer esas cosas. Cruzamos la línea de cajas por la entrada principal. Uno de los guardias de seguridad nos miró acomodándose el cinto. Para él, mi hombre sin nombre sería papá, y me sentí orgullosa. Pasamos los sensores de la salida, hacia el shopping, y seguimos avanzando en silencio, todo el pasillo, hasta la avenida. Entonces vi a Abi, sola, en medio del estacionamiento. Y vi a mamá más cerca, de este lado de la avenida, mirando hacia todos lados. Papá también venía hacia nosotros desde el estacionamiento. Seguía a paso rápido al policía que antes miraba su coche y ahora, en cambio, nos señalaba. Pasó todo muy rápido. Cuando papá nos vio, gritó mi nombre y unos segundos después el policía y dos más que no sé de dónde salieron ya



Pudor, esgrafiado y color, 2011

estaban sobre nosotros. Él me soltó, pero dejé unos segundos mi mano suspendida hacia él. Lo rodearon y lo empujaron de mala manera. Le preguntaron qué estaba haciendo, le preguntaron su nombre, pero él no respondió. Mamá me abrazó y me revisó de arriba a abajo. Tenía mi bombacha blanca enganchada en la mano derecha. Entonces, quizá tanteándome, se dio cuenta de que llevaba otra bombacha. Me levantó el jumper en un solo movimiento: fue algo tan brusco y grosero, delante de todos, que yo tuve que dar unos pasos hacia atrás para no caerme. Él me miró, yo lo miré. Cuando mamá vio la bombacha negra, gritó: “Hijo de puta, hijo de puta”, y papá se tiró sobre él y trató de golpearlo. Mientras los guardias los separaban, yo busqué el papel en mi jumper, me lo puse en la boca y, mientras me lo tragaba, repetí en silencio su nombre, varias veces, para no olvidármelo nunca. ●

Cazador de tapires

Mariano Quirós

Fui a Miraflores porque papá me lo pidió. Me mandó el mensaje con un colega —otro maestro rural— que se volvió a Resistencia porque ya no aguantaba el calor, la soledad y el olor de los indios. Eso me dijo el mismísimo maestro, y en ese orden.

—La vida allá es dura —agregó como justificándose, como si fuera un pecado hartarse del medio ambiente.

De papá yo no había tenido noticias en los últimos dos años. Consiguió las horas como docente en Miraflores y partió sin despedirse, ofendido con todos. “Todos” éramos mi madre y yo y la verdad es que ni a ella ni a mí la partida de papá nos movió un pelo. Nos enteramos un mes después y, para entonces, cualquier intento de comunicación hubiese sido en vano, quizá un motivo de pelea o discusión.

Pero ahora papá me mandaba a llamar: no quería pasar solo su cumpleaños.

Antes de llegar a Miraflores, el colectivo hizo paradas en Tres Isletas y en Castelli. Yo conocía muy poco el interior del Chaco, casi nada, y por la ventanilla del colectivo esas dos ciudades me parecieron horribles. La gente que bajó allí era gente muy pobre, gente de cara curtida y de ojos que miraban más allá, algo lejano, una vida un poco más amable. Pensé en Miraflores y me dispuse para lo peor.

Pero no me dispuse lo suficiente: apenas bajé del colectivo, me sentí mal, descompuesto y triste, todo a la vez. La gente que bajó conmigo también se veía mal. Miraflores era una réplica pequeña y precaria —aún más precaria— de Tres Isletas y Castelli.

Busqué a papá en medio de aquel páramo, pero no

vi más que a un hombre macilento que me sonreía, aunque era muy difícil saber si la expresión en su cara era una sonrisa o una burla. El hombre tardó más de lo aconsejable en presentarse:

—Soy Orión —dijo—, su papá me mandó a buscarlo.

Mientras apretaba la mano de Orión, me dije que sólo en un lugar como Miraflores alguien podía llamarse así. Después nos subimos a una camioneta destartada y en un par de minutos estuvimos internados en el monte. O en algo que para mí era como un monte.

Además de los ruidos que hacía la camioneta, Orión hablaba poco, rápido y mal, por lo que no me esforcé en buscarle conversación. Anduvimos un trecho bastante corto, pero aun así el calor y los olores que se levantaban de los asientos hicieron el paseo bastante sufrido. Recordé al maestro colega de papá, su hartazgo.

Cuando llegamos a lo que parecía el final del camino, Orión bajó de la camioneta y dijo algo que entendí como una invitación a seguirlo. Lo seguí, entonces, incómodo por el sudor y por la mochila llena de ropa que cargaba, muy coqueta para semejante espesura, absurda incluso.

La casa de papá no era lo que yo esperaba: flanqueada por dos enormes árboles —quebrachos, algarrobos, no sé qué árboles eran, pero eran enormes—, asomaba como una construcción más derruida que modesta. Desde afuera podías prever las carencias y las incomodidades, el aire sucio en cada rincón. Me impresionó que el piso de la casa fuera de tierra, ni un cemento, ni siquiera tablas de madera, nada trabajado que pisar.

Lo que había eran muchos animales: gallinas, pollos, chivos, perros, chanchos, todos mezclados, como si

Mariano Quirós (Resistencia, provincia de Chaco, 1979). Escritor y comunicador social, autor de las novelas *Robles* (Premio Bional Federal 2008), *Torrente* (premio del Festival Iberoamericano de Nueva Narrativa 2010), *Río Negro* (Premio Laura Palmer No Ha Muerto 2011), *Tanto correr* (Premio Francisco Casavella 2013) y *No llores, hombre duro* (Premio Festival Azabache 2013 y Premio Memorial Silverio Cañada 2014). También publicó, junto a los escritores Pablo Black y Germán Parmetler, el libro de cuentos *Cuatro perras noches* (Cuna Editorial, 2008), ilustrado por el artista plástico Luciano Acosta. La novela *Río Negro* fue publicada en francés por la editorial La Dernière Goutte. “Cazador de tapires” está inédito en libro y ganó en 2012 el concurso Gabriel Aresti, convocado por el Ayuntamiento de Bilbao (España).



fueran de una misma especie. Al único que no se veía por ningún lado era a papá.

—Espérole nomás a su papá —dijo Orión—: fue a cazar un tapir.

Me llevó tiempo figurarme un tapir. Una vez que lo hice, pensé que tal vez Orión había querido hacer un chiste, un chiste raro, pero chiste al fin.

Si por fuera la casa hacía prever lo peor, por dentro lo confirmaba: era una sola habitación con dos catres dispuestos aquí y allá, unos bártulos de cocina y otros tantos enseres tirados a la buena de Dios. Y en el medio de todo, una computadora encendida. Semejante contraste me alegró y me llevó a la estupidez de preguntarle a Orión por la conexión a internet. Por suerte, Orión ni siquiera me oyó.

Dejé mi mochila y salí a dar un par de vueltas por los alrededores de la casa, pero el calor y las irregularidades del terreno —muchos arbustos pinchudos y muchos pozos— hicieron que el paseo durara poco. Al final saqué un libro de mi mochila y me senté a leer sobre un tocón, a una distancia prudencial de los animales domésticos.

Por haberme hecho una idea del campo, como mínimo, ingenua, me había traído sólo libros de poesía. No había modo de apreciar un verso de Juan Gelman o de Pizarnik en ese lugar. Otra vez me sentí estúpido y triste.

Orión se me acercó un rato después y me preguntó si necesitaba alguna cosita. De ser honesto, hubiese respondido que sí, que necesitaba estar en mi casa, en Resistencia, tranquilo en mi habitación. En cambio le dije que estaba muy bien como estaba. Orión se quedó a mi lado sin decir nada. Me miraba nomás.

Papá llegó un par de horas más tarde, justo cuando yo empezaba a pensar que me había equivocado, que yo no era la persona que Orión debía ir a buscar y que el padre que me esperaba era el padre de otro hijo.

La sensación, de hecho, se profundizó con la llegada de papá: el hombre moreno y recio que me abrazaba tenía muy poco que ver con aquel hombre flácido y pálido que yo no veía desde hacía tanto tiempo. Tampoco parecía un hombre preocupado por pasar solo su cumpleaños.

—Viniste, quién iba a decir —dijo.

Pensé que diría algo más, que me haría preguntas, que se preocuparía por saber de mí, pero no supo cómo o simplemente no tuvo ganas de hacerlo. Prefirió, en cambio, hablar con Orión:

—¿Se sabe qué comemos?

Orión, ya lo he dicho, hablaba poco y no le interesó romper su mutismo para hablar de la cena. Y tampoco a papá le importó que su pregunta quedara flotando en el aire sucio de Miraflores.

Lo miré atentamente: recordé aquella vez que un amigo suyo nos llevó de pesca. Yo tenía catorce años y empezaba a manifestar sin prurito mi rechazo por la vida al aire libre. Papá era igual que yo; mejor dicho, yo era igual que él. Su amigo nos ofreció experimentar distintas modalidades de pesca y cada una nos incomodó y nos aburrió hasta el hartazgo. Recuerdo nuestro fastidio al bajar de una lancha, la sensación de que habíamos desperdiciado el fin de semana en una actividad que no nos aportaba nada. Papá hizo un último intento por sacar algo positivo de la pesca —aunque tal vez lo hizo de puro comedido— y se acercó a un grupo de



De pie, acuarela y bolígrafo, 2010

pescadores que desplegaba su destreza desde la orilla. A esos hombres, como a cualquier otro, les caen mal las interrupciones, las preguntas estúpidas de los inexpertos, y no tuvieron empacho en desairar a mi padre. Quiero decir que hicieron caso omiso a sus comentarios amistosos. No les importó siquiera que papá se acercara al racimo de pescados que lograban cada vez que había pique. Eran palometas. Papá levantó una —la sostenía entre un pulgar y un índice, poniendo cara de asco— y espío en la boca abierta del pescado, en esos colmillos tan fieros. Después quiso hacerse el gracioso. Ése era un detalle muy ambiguo en papá: sus gracias solían acabar en meros desastres. Mirándome, como haciéndome partícipe del chiste, metió un dedo en la boca de la palometa, entre los colmillos. Su amigo le diría luego —mientras papá se apretaba con un trapo el dedo ensangrentado— que esos animales, recién muertos, mantienen los reflejos y los nervios en actividad. Pero aquel accidente respondía más a la estupidez que a cualquier posible nervio o reflejo.

Ahora, muchos años después, papá y yo estábamos en Miraflores y él tenía una gallina agarrada del cogote. Era nuestra cena. Armó un fuego con ayuda de Orión; concentradísimo, puso una olla con agua sobre ese fuego y, mientras el agua hervía, fue limpiando la gallina de sus impurezas. Un procedimiento complejo y asqueroso.

Me mantuve a un lado todo el rato, sin saber si me correspondía o no ofrecer alguna ayuda. Cuando me decidí a ofrecerla, papá se limitó a mostrarme la palma de una mano dándome a entender que no hacía falta. Me quedé, entonces, de pie, mirándolo trabajar, reprimiendo mis ganas de sentarme a leer mis libros de poesía.

Una vez que completó la primera parte del trabajo, papá se metió en la casa y fue directo a la computadora. Yo me quedé afuera. Ya era de noche y el clima había cambiado, el calor y la pesadez daban respiro. Sentía, también, que lo correcto hubiese sido que papá se quedara afuera conmigo o que me invitara a entrar, que me hiciera partícipe de algo. No nos veíamos desde hacía mucho y yo recién llegaba de visita.

Me asomé a la puerta de la casa y lo observé. Jugaba al solitario.

—Papá —le dije. Me respondió apenas con un movimiento de cabeza, sin apartar la vista del monitor. Le ponía empeño al solitario, pero lo cierto es que jugaba muy mal. A cada rato empezaba una partida nueva. Pero lo más llamativo era lo absorto que estaba en el juego, tenía la cara como ida. La mezcla de campo y juegos informáticos lo estará dejando idiota, pensé.

—Ya está esto —avisó Orión mucho después, y nos instalamos los tres a comer puchero de gallina. Mientras comíamos le pregunté a papá por su trabajo, por la escuelita donde daba clases (así dije: “escuelita”).

—Qué puta voy a dar clases —fue lo único que dijo. Orión se rió por el comentario (más un espasmo que una risa) y siguió comiendo.

Yo no había comido nada en todo el día, así que poco me importaron los platos y los cubiertos sucios de grasa y tierra y me abarroté. También tomé vino de un vaso igual de sucio. Hacia el final de la comida, entonado y satisfecho, ya sólo quería irme a dormir.

—Ahí te podés tirar —papá señalaba uno de los tres—: hacele nomás lugar a Orión.

Pensé que hablaba en broma, pero pensé mal porque

la primera objeción la puso Orión: que nosotros éramos parientes, dijo, que a nosotros nos correspondía compartir el catre. Se rió después de la misma manera que lo había hecho antes, con un espasmo. Papá, en cambio, habló con una seriedad aplastante:

—No me jodan —dijo—: acá yo soy el único que labura.

La discusión empezaba a despabilarme; sobre todo, porque no quería dormir pegado a nadie, ni a Orión ni a papá. Imaginaba también el olor a humo que tendrían impregnado, la noche de mierda que me iba a tocar.

—Por mí no se preocupen —dije—, uso la mochila como almohada y me tiro en el piso.

—Vos dormís en el catre —insistió papá—. Este indio de mierda no me va decir a mí cómo dormir.

Sólo entonces me di cuenta de que papá estaba borracho y de que Orión, efectivamente, era indio. Me esforcé por descifrar a qué etnia pertenecía —podía ser toba o wichí o mocoví, nunca supe distinguirlos— y por eso me perdí el momento en que papá se le tiraba encima para empezar una pelea.

Fue todo muy rápido; de repente, había comida en el suelo, vasos caídos y papá con Orión agarrado del cuello, en una especie de llave. Los perros de la casa ladraron, asustados. Por la pose de ambos, de papá y Orión, uno podía pensar que papá tenía el asunto a su merced, pero bastó una simple sacudida para que Orión se zafara. Así quedaron frente a frente, como dos pendencieros. Papá hizo un par de movimientos, movió la cabeza para un lado y para el otro; también movió las piernas, todo muy teatral. Orión, en cambio, no movió un pelo, se quedó con los brazos abajo, ya sin risas ni

espasmos; pero, cuando papá intentó un acercamiento —una amenaza con los pies, algo así como un zapateo—, Orión simplemente lo durmió de un puñetazo. La caída de papá, en realidad, fue más espectacular que el puñetazo en sí. Quedó tendido de un modo extraño, boca abajo, con los brazos por debajo del torso y la boca entreabierta, cubierta de tierra y sangre.

Temí que por el parentesco Orión quisiera seguir la pelea conmigo, pero, después de echarle una mirada a papá, no hizo más que sentarse a comer restos de puchero.

Me acerqué al cuerpo de papá: dormía.

—Déjele ahí, a ver si así se le pasa el pedo —me recomendó Orión.

Aunque daba impresión dejarlo así, no tuve el ánimo suficiente para polemizar. Sólo me cercioré de que papá no se ahogara con la sangre que le caía de la nariz y se le metía en la boca. Estaba muy cambiado mi padre.

Orión se metió un último bocado de puchero y lo hizo pasar con un fondo blanco de vino.

—A dormir —dijo al rato—, hay que aprovechar que cada uno tiene catre.

Después se metió en la casa.

Cotejé mis opciones —aprovechar el catre, como mandaba Orión, o quedarme afuera, junto a papá, ayudarlo a reaccionar— y preferí entrar. Miré por última vez a papá y, antes de dejarlo, pensé en la ridiculez de vivir en Miraflores.

Un tapir estaqueado. Mientras me lo mostraba, papá me decía que un tapir no lo caza cualquiera.

—Yo todavía no pude —dijo.

El que teníamos enfrente lo había cazado Orión. Pregunté si los tapires no estaban en riesgo de extinción, pero mi pregunta sonó tan fuera de lugar que me apuré a señalar el buen olor que desprendía ese animal cociéndose al fuego.

—Ahora sí —dijo papá—, pero al principio es una hediondez.

También dijo que la mejor manera de cocinar un tapir es al horno, pero que de puro ostentoso Orión —para llamar aún más mi atención— lo había abierto como un chivo, cosa que las costillas dieran mejor espectáculo.

Yo había pasado, como era de prever, una mala noche. De hecho, casi no había dormido. Me daba miedo Orión, echado en el otro catre, los ruidos que hacía al dormir. Además, el clima dentro de la casa era muy raro: de a ratos me daba calor, sentía que el catre se me pegaba en la piel, y de improviso sentía escalofríos, la necesidad de ovillarme como un feto.

Me desperté a media mañana y vi a papá en la computadora jugando al solitario. Su absorción en el juego era la misma que le había visto la noche anterior, pero, así y todo, se las arregló para percibir que yo ya no dormía.

—Al fin —me dijo—, ahí te tengo el desayuno.

Aunque asado y mate estaban lejos, para mí, de conformar un desayuno, no quise desairar a papá y comí con ganas. Sólo me incomodó no encontrar un sitio donde lavarme los dientes y tampoco me animé a consultarlo con papá, así que me limité a unos buches.

Fue después del desayuno que papá me llevó hasta

el tapir. Lo habían estaqueado a unos metros de la casa entre él y Orión. Había perros alrededor del tapir, como si estuvieran cuidando que la carne no se arrebatará. Papá movió los brazos, ahuyentándolos, pero los perros no le llevaron el apunte. Tampoco papá hizo algún otro movimiento para ahuyentarlos. Después de todo, los perros no molestaban.

Pasamos un rato así, mirando el tapir. Todavía el calor no llegaba a su punto más salvaje, por lo que podíamos contemplar las cosas, el paisaje, con alguna comodidad. Aun así, yo me movía con cuidado, temiendo que al menor descuido el ambiente se levantara sobre nosotros en toda su plenitud.

Entonces papá me habló de los tapires, de sus ganas de cazar alguno. Dijo que eran animales muy raros —cosa que cualquiera comprueba con sólo ver un tapir—, de una carne muy rica, que el cazador experto era Orión y que por eso él, mi padre, vivía tan pegado al indio.

—Además, Orión es mi pareja —agregó papá, y yo no supe a qué tipo de pareja se refería y tampoco quise indagar demasiado, pero un escalofrío me recorrió la espalda.

El asunto es que al día siguiente papá cumplía años —cincuenta años— y quería celebrar el número redondo saliendo de cacería.

Por lo pronto, el resto del día lo pasé en los alrededores de la casa, estudiando el lugar y buscando la manera de sentirme un poco a gusto. Por no preguntar, y cuando ya no lo aguanté más, hice mis necesidades entre los arbustos, limpiándome con papeles viejos que encontré en la casa; más tarde descubriría el pozo-letrina donde



Muertos de hambre, esgrafiado, 2008

cagaban papá y Orión, pero, puesto a comparar, lo de los arbustos seguía siendo una opción razonable.

Ya entrada la siesta, comimos el tapir, los tres ubicados como la noche anterior. Cuando vi a papá servirse un segundo vaso de vino, temí que se repitiera también el desenlace. Pero esta vez papá se veía de buen talante, sin ánimos de dar inicio a una pelea. Dijo, papá, que la carne del tapir se me podía confundir con la del chanchito, más probablemente con la del carpincho, y por eso me pidió que hiciera un esfuerzo, que cerrara los ojos si lo creía necesario, para sentir mejor la diferencia. No creí necesario cerrar los ojos, pero él los cerró y, mientras masticaba los primeros bocados, elevó el mentón al cielo y asintió una vez, dos veces, suave y lentamente.

—Qué cosa rica el tapir —dijo después de tragar.

También a Orión se lo veía más animado; si hasta se encargó de amenizar el almuerzo contando la historia del hombre sin cabeza, un espectro que aterrizó durante un tiempo a la gente de Miraflores. Contó Orión que, por las noches, la gente del pueblo solía ver la silueta de ese monstruo que se paseaba, por supuesto, sin cabeza. Bastó que un oficial de policía descreído se cansara de tanto pánico y saliera una noche en busca del espectro.

No le costó nada encontrarlo: agazapado en medio de un rancherío asomaba el famoso hombre sin cabeza. Usaba piloto nomás, dijo Orión, y el oficial lo amansó a rebencazo limpio, al punto de hacerle crecer la cabeza. Y la cabeza que asomó desde el piloto era la cabeza de un indio, un indio de rasgos mongoloides. Al final, dijo Orión, nadie supo decir si el monstruo era nomás un monstruo o si era un indio idiota que se cubría la cabeza con el piloto.

Por el tono en que Orión contaba la historia, no supe si debía responder con carcajadas o con un semblante serio, como el que había puesto papá. Intenté un punto medio, una sonrisa que expresara admiración, asombro, alguna emoción semejante. Papá cortó en seco mi disyuntiva:

—Siempre cambiás la historia —le dijo a Orión—. Es puro invento tuyo.

El indio dejó un pedazo de tapir a medio comer y se levantó, supongo que ofendido. No lo volvimos a ver



El fruto, esgrafiado y color, 2007

hasta entrada la tarde, cuando papá vino a decirme que ya era hora de salir a cazar tapires.

De entrada, me asustó la indumentaria que la empresa demandaba: unos coletos de cuero duro y oloroso que debíamos ponernos sobre la ropa; parecíamos mitad cocineros, mitad soldados, obreros apocalípticos. Pensé que el instrumental de la partida supondría el manejo de algún tipo de arma de fuego, un rifle, una escopeta, algo con gatillo. Pero papá me tendió un palo, un simple pedazo de tronco, y me dijo que lo sostuviera con fuerza, que los golpes a un tapir tienen que ser secos, golpes convincentes. Agarré el palo sintiéndome un estúpido: nunca jamás se me ocurriría darle golpes a un tapir. Ni siquiera sabría lastimar una planta.

Los perros se nos fueron sumando a medida que nos internábamos en el monte, perros iguales entre sí, flacos y macilentos. Quise contarlos, pero no pude, se movían

demasiado rápido y ladraban y refunfuñaban mucho. Puro escándalo.

Una hora habremos andado así, caminando entre espínillos y arbustos medio secos, casi duros, hasta que de pronto, sin medias tintas, el suelo se volvió húmedo y blando. Orión tradujo el cambio en el paisaje señalando que entrábamos en zona de bañados. Papá quiso callar a los perros, más por intuición que por conocimiento de causa, pero los perros siguieron su andanza quilombera.

—Acá conviene que nos separemos —dijo papá, y acto seguido enfiló hacia mi derecha, caminando casi en puntas de pie y con el palo arriba, como si el tapir que buscaba estuviera ahí, agazapado.

Antes de emprender camino en dirección contraria a la de papá, Orión me dijo que anduviera con cuidado, que los tapires se mueven en manada y por lo general andan metidos entre los chanchos.

—Y, si están con crías, son peores de malos —remató. Después se fue, seguido por los perros. Yo decidí no moverme del lugar donde estaba; después de todo, no me interesaba andar detrás de los tapires.

Otra vez era de noche. De a poco me fui relajando; primero tiré el palo a un costado y me acuclillé, después me quité el colete y lo tendí en el piso, para sentarme luego encima y no ensuciar mi pantalón con la tierra; estiré los brazos hacia atrás, apoyando las manos en la superficie blanda (claro que antes me cercioré de no apoyar las manos sobre alguna porquería). Oí los ruidos del monte chaqueño, ruidos tristes que redoblaban mi deseo de estar en casa; pensé en papá, en el camino que había seguido hasta llegar a ser este hombre desesperado, el camino que lo había llevado hasta Miraflores.

Me dormí en medio de esas cavilaciones, por lo que no me sorprendió soñar con un hombre sin cabeza y cazador de tapires, un hombre que —como en el cuento de Orión— se vestía con un piloto y armado con un palo salía cada noche a la caza del tapir. En el sueño yo me encontraba —me tiente decir que cara a cara o frente a frente, pero en este caso resulta imposible— con ese hombre. No nos decíamos nada y es que, naturalmente, no teníamos nada que decirnos. El lugar del encuentro, como es de suponer, era Miraflores, el monte

chaqueño, dato que se hizo palpable cuando el hombre sin cabeza la emprendió a palazos contra un tapir que, de improviso, se sumaba al sueño. El tapir recibía los golpes con resignación.

Papá me despertó, más que con una patada, con un empujón del pie. También estaba Orión y entre los dos trasladaban lo que, deduje, era el cadáver de un tapir. Sentí la imagen como una continuación de mi sueño, pero el fastidio en la cara de papá era demasiado real. También el tapir era bien real: enorme —calculé sesenta kilos, pero qué cálculo mío puede ser confiable—, de color negro, con la trompita lastimada y con un lado de la cara destrozado por los golpes. También se veía sangre y se sentía un olor inmundado.

Papá y Orión le habían atado las patas a un palo y cada uno apoyaba un extremo del palo sobre un hombro. Papá, adelante, en su hombro derecho; Orión, atrás, en el izquierdo. Y, dándoles vueltas alrededor, los perros, los innumerables perros sucios que los secundaban, ahora histéricos como nunca.

—Vení, cargalo un poco vos —me ordenó papá. Obedecí y a la vez reprimí las ganas de preguntar cuál de los dos había cazado al tapir. Era, debo decir, una carga pesada, y papá no tuvo empacho en hacerme andar todo el camino hasta la casa con ese peso en el hombro. Naturalmente, la vuelta se me hizo mucho más larga que la ida, más larga y más sacrificada. En la oscuridad me limité a seguir la silueta de papá, que de a ratos se me perdía en esa negrura que era el monte.

Quise, una vez más, mandar todo a la mierda, patear a los perros que no se callaban, que refunfuñaban como idiotas a un costado; quise patear también el cadáver asqueroso del tapir. Pero no hice nada; seguí el camino que señalaba la silueta de papá, una silueta vaga, firme y vaga.

Tan oscuro estaba todo que no me percaté cuando llegamos a la casa. Recién me di cuenta cuando Orión soltó su parte de la carga; así, caminé un par de metros de más arrastrando por la tierra el cadáver del tapir.

Después miré hacia atrás y vi a papá y a Orión, el largo abrazo que se daban. Supuse que ya habían pasado las doce de la noche y que papá empezaba a celebrar su cumpleaños. 📍

El fusilado

Andrés Neuman

Cuando Moyano, con las manos atadas y la nariz fría, escuchó el grito de “preparen”, recordó de repente que su abuelo español le había contado que en su país solían decir “carguen”. Y, mientras recordaba a su difunto abuelo, le pareció irreal que las pesadillas se cumplieran. Eso pensó Moyano: que solía invocarse, quizá cobardemente, el supuesto peligro de realizar nuestros deseos, y solía omitirse la posibilidad siniestra de consumir nuestros temores. No lo pensó en forma sintáctica, palabra por palabra, pero sí recibió el fulgor ácido de su conclusión: lo iban a fusilar y nada le resultaba más inverosímil, pese a que, en sus circunstancias, le hubiera debido parecer lo más lógico del mundo. ¿Era lógico escuchar “apunten”? Para cualquier persona, al menos para cualquier persona decente, esa orden nunca llegaría a sonar racional, por más que el pelotón entero estuviese formado con los fusiles perpendiculares al tronco, como ramas de un mismo árbol, y por más que a lo largo de su cautiverio el general lo hubiese amenazado con que le pasaría exactamente lo que le estaba pasando. Moyano se avergonzó de la poca sinceridad de este razonamiento, y de la impostura de apelar a la decencia. ¿Quién a punto de ser acibillado podía preocuparse por semejante cosa?, ¿no era la supervivencia el único valor humano, o quizá menos que humano, que ahora le importaba en realidad?, ¿estaba tratando de mentirse?, ¿de morir con alguna sensación de gloria?, ¿de distinguirse moralmente de sus verdugos como una patética forma de salvación en la que él nunca había creído? No pensaba todo esto Moyano, pero lo intuía, lo entendía, asentía mentalmente como ante un dictado ajeno. El general aulló “¡Fuego!”, él cerró los ojos, los apretó tan fuerte que le dolieron, buscó esconderse de todo, de sí mismo también, por detrás de los párpados, le pareció que era innoble morir así, con los ojos cerrados, que su mirada final merecía ser al menos vengativa, quiso abrirlos, no lo hizo, se quedó inmóvil, pensó en gritar algo, en insultar a alguien, buscó un par de palabras hirientes y oportunas, no le salieron. Qué muerte más torpe, pensó, y de inmediato: ¿Nos habrán engañado?, ¿no morirá así todo el mundo, como puede? Lo siguiente, lo último que escuchó Moyano, fue un estruendo de gatillos, mucho menos molesto, más armónico incluso, de lo que siempre había imaginado.

Eso debió ser lo último, pero escuchó algo más. Para su asombro, para su confusión, las cosas siguieron sonando. Con los ojos todavía cerrados, pegados al pánico, escuchó al general pronunciando en voz bien alta “¡Maricón, llorá, maricón!”, al pelotón

“El fusilado”, en *Hacerse el muerto*, Páginas de Espuma, Madrid, 2011.

Andrés Neuman (Ciudad de Buenos Aires, 1977). Hijo de músicos argentinos, su familia emigró a Granada cuando él tenía catorce años. Ha publicado los libros de cuentos *El que espera* (Anagrama, 2000), *El último minuto* (Espasa, 2001), *Alumbramiento* (Páginas de Espuma, 2006) y *Hacerse el muerto* (Páginas de Espuma, 2011); las novelas *Bariloche* (Anagrama, 1999), *La vida de las ventanas* (Espasa, 2002), *Una vez Argentina* (Anagrama, 2003), *El viajero del siglo* (Premio Alfaguara 2009) y *Hablar solos* (Alfaguara, 2012). También publicó *El equilibrista* (aforismos, Acantilado, 2005), *Cómo viajar sin ver* (apuntes de viaje, Alfaguara, 2010), *Barbarismos* (diccionario personal, Páginas de Espuma, 2014) y nueve libros de poesía, muchos de ellos compilados en el volumen *Década* (Acantilado, 2008). Sus textos se han traducido a diecisiete idiomas. Formó parte de la lista Bogotá 39 y fue elegido por *Granta* entre “los mejores narradores jóvenes en español”. Edita el blog *Microrréplicas*.



Foto: Simon Hurst



TV terror, esgrafado, 2010

retorciéndose de risa, oyó el canto de los pájaros, olió temblando el aire delicioso de la mañana, saboreó la saliva seca entre los labios. “¡Llorá, maricón, llorá!”, le seguía gritando el general cuando Moyano abrió los ojos, mientras el pelotón se dispersaba dándole la espalda, comentando la broma, dejándolo ahí tirado, arrodillado entre el barro, jadeando, todo muerto. ●

Cuarto de derrota*

Valeria Tentoni

La ventana se abría como un tajo en la pared por donde entraba la luz de la mañana, confundiéndose con la del tubo fluorescente. Abajo, algunos autos se repartían el estacionamiento. El cuidador salió de la garita con un mate en la mano. Desde mi puesto se desplegaba un plano en el que cada auto era un rectángulo pequeño. Los árboles, desperdigados en el espacio, se alzaban entre los huecos libres. Una ambulancia llegó al portón. El cuidador saludó al chofer tocándose la boina y el otro entendió que podía pasar. Después volvió al lugar del que había salido y se lo comió esa construcción diminuta. Los tubos fluorescentes entraron en intermitencia por unos segundos y después ya se apagaron del todo.

Mi abuelo tosió. Giré y algo en el contraste entre la reciente oscuridad de la habitación y el blanco de la ventana me nubló la vista. Tardé un poco en encontrar su cuerpo entre las sábanas, reconocerle los ojos semicerrados.

“Agua.” Le alcancé un vaso de plástico que había en la mesa de luz. Acomodé la bombilla improvisada por la enfermera: un tubito de los que sirven para pasar suero, recortado en los bordes. La boca de mi abuelo se entreabrió, apenas tenía fuerza para dar sorbos como tumbos de mareado.

“Ya está. ¿Qué hora es?” Le dije que las seis de la mañana. No eran todavía las seis de la mañana, pero algo del orden de la piedad me empujaba a mentirle sistemáticamente cuando me preguntaba la hora. Siempre aumentaba el segundero, como queriendo ahorrarle tiempo. Como si lo suyo fuese una condena a esa cama, a esa bolsa de líquido ambarino que colgaba sobre su costado izquierdo. A veces las gotitas dejaban de caer y yo tenía por indicación golpear con las uñas un par de veces el tubito para que retomara su trabajo. Ésa parecía ser la única medida de tiempo que le competía. Una verdad en carrera contra la del reloj.

“¿Qué hora es?”, volvió a preguntar. Hacía las mismas preguntas todo el tiempo: qué hora es, cuándo me voy, cómo te llamas, ya vino Mágina. Ninguna de las respuestas era bonita. Ninguna de las verdades provisorias que le acercaba, con el mismo cuidado con el que le acercaba la bombilla, duraba mucho: cualquier cosa que

“Cuarto de derrota”, en *El sistema del silencio*, 17 Grises, Ciudad de Buenos Aires, 2012.

* Diccionario de la Real Academia Española: m. *Náut.* Local del buque donde se guardan y consultan las cartas marinas, derroteros, cuadernos de faros, etcétera, así como el instrumental náutico para hallar la situación en la mar. [N. de la A.]

Valeria Tentoni (Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, 1985). Trabaja como periodista. Fundó y dirigió las revistas *La Quetrófila* y *Pájaro*. Desde 2011 edita la Audioteca de Poesía Contemporánea. Ha publicado los libros de poesía *Batalla sonora* (Manual Ediciones, 2010), *Ajuar* (Ruinas Circulares, 2011) y *Antitierra* (Pez Espiral, 2014), la *plaque* *La martingala* (Semilla, 2011) y el libro de relatos *El sistema del silencio* (17 Grises, 2012).



dijese podía ser rebatida al minuto siguiente. Se olvidaba no bien se enteraba de lo que le decía. Eso era bueno, eso era malo.

Márgara había sido su esposa, su segunda esposa. La primera, mi abuela, había muerto en un momento de mi niñez del que no tengo memoria. Márgara también había muerto, unos meses atrás. Sabía cocinar pañuelitos con dulce de batata como nadie. Yo la miraba estirar la masa, cargarla de azúcar y aplastarla con el palo de amasar, volver a estirarla. Una ciencia particular en la que jamás iba a tener mejor maestra. A veces me dejaba recortar formas de estrella con el sobrante. Las espolvoreaba con azúcar impalpable y las veía crecer en el horno. Márgara dejaba caer los pañuelitos como bombas al aceite hirviendo. Primero, siempre, un estallido: disparos de calor de los que había que cuidarse.

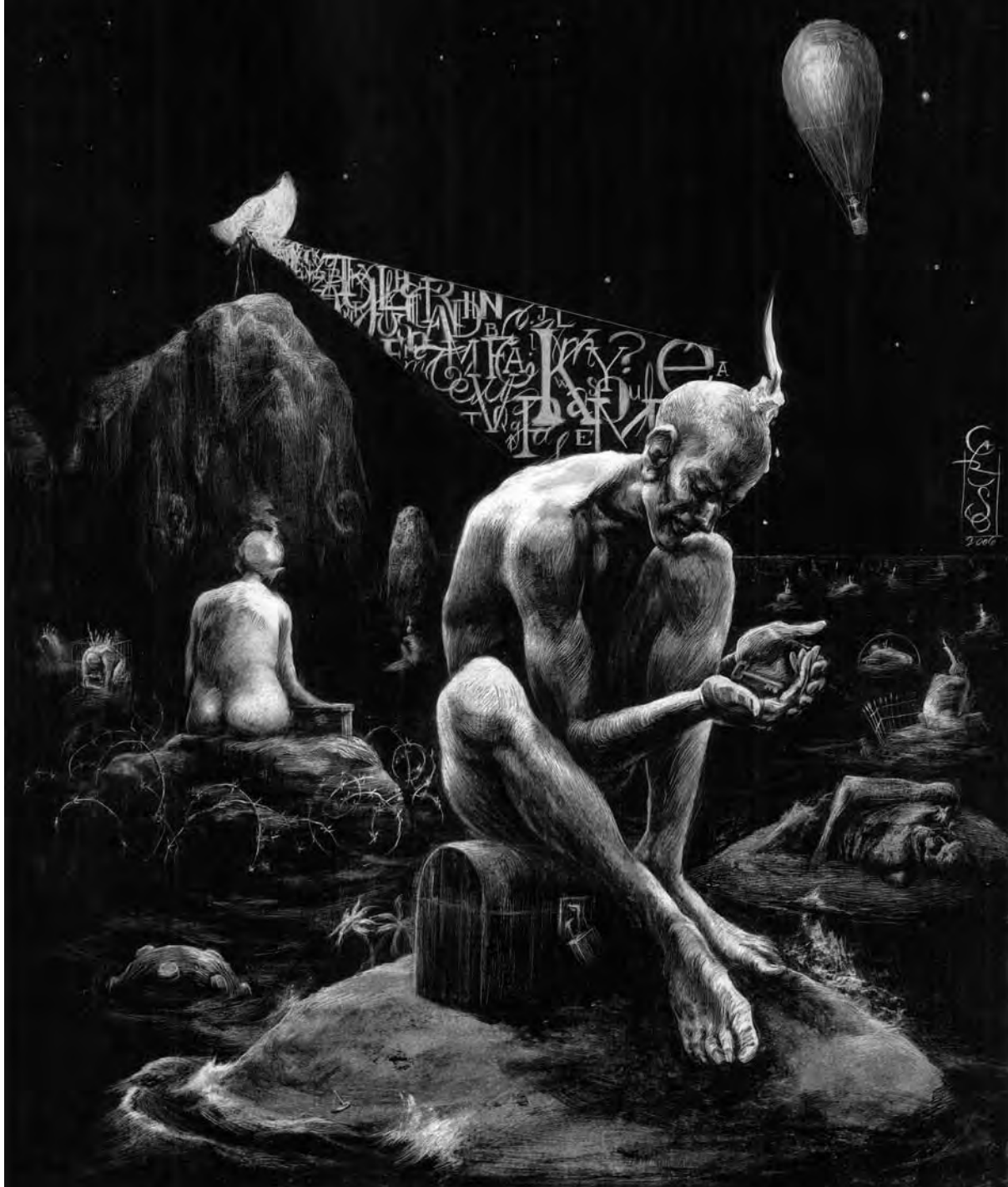
Mi abuelo se volvió a hundir en el sueño, giró apenas su cuerpo y tironeó del sueño. Tuve que acomodarlo despacio para que no se despertara. Así, en posición fetal, parecía que su cuerpo estuviese volviendo al lugar del que había venido.

Acostumbrado como estaba a ver a Márgara de espaldas, toda esa agitación sobre la mesada, conocía de memoria sus piernas. Los gemelos asomaban por debajo de la pollera, redondos y pétreos, casi comestibles. Usaba siempre el mismo par de zapatos marrones de taco bajo.

La enfermera entró en la habitación cargando una cajita con agujas y medicamentos. “A ver, abuelo, que le toca la pastilla”. Había algo tosco y maquinal en esa mujer, su cuerpo tabulado por el blanco del uniforme. Mi abuelo no se despertó hasta que lo zamarreó un poco, y ni siquiera entonces estuvo verdaderamente despierto. Tuvo, sí, la lucidez suficiente para tragar sin ahogarse. “¿Le toca desayuno?”, me preguntó la enfermera. Dije que no, que no estaba comiendo nada últimamente, que le daban vómitos. Hubiese recibido con gusto el desayuno yo mismo. Hacía horas que no comía nada. Hasta el té con leche fantasmal que servían con galletitas de agua me hubiese resultado deseable.

“Bajo a fumar, vuelvo en un rato”. La mujer no hizo ningún gesto que me asegurase que ella se iba a hacer cargo del bulto que se retorció en la cama, haciendo rechinar los resortes. Yo tenía que salir de ahí, tenía que encontrarme con el día.

No había nadie en las escaleras del hospital. A lo lejos se podía escuchar un radio en AM y las risotadas del personal que cambiaba de turno. Dos médicas jóvenes



Poeta lunar, esgrafiado y color, 2006

saludaron con la mano y salieron por una de las puertas. Las tuve detrás, conversando, durante los tres pisos que bajé. Hablaban de una película que ninguna había visto. Llegué a la planta principal y salí a la vereda. No pasaron más de dos o tres autos por la calle del frente del hospital mientras estuve fumando. Una monja entró en el edificio y me dio los buenos días. Tenía la cara carcomida por las arrugas.

Cuando volví, encontré a mi abuelo intentando bajarse de la cama. “Me hago pis.” Traté de convencerlo de hacer pis en el papagayo. “Yo puedo hacer de parado. No soy un chico.” Lavé el aparato de plástico en el lavamanos del baño, asqueado por el olor que desprendía. Quise colocárselo, pero se negó. Mi abuelo parecía desmenuzarse en la cama, ir desapareciendo. Tomó la botella por su asa y se concentró. “No puedo hacer acá. No puedo. Llévame al baño.”

La enfermera me había prohibido hacerlo. Sospecho que menos por una cuestión de imposibilidad médica que por su propia comodidad. Le pedí que volviera a intentar, le dije que no podía ponerse de pie, que se iba a marear. Excusas para bípedos en un mundo de bípedos.

“Llévame, por favor.” Nunca antes me había pedido algo por favor. Entonces tenía que sostener el suero y sostener al viejo y sostenerme a mí mismo sosteniendo y al mareo que me había dado fumar con el estómago vacío y después las escaleras y las médicas con sus balbuceos. Sostener, como cuando fui abanderado en la escuela y sentí que me estaba por desmayar en ese verano infierno de cincuenta grados. Sostener como un acto patrio, como un color primario. La combustión lenta de las palabras en los pizarrones. Cosas que no pueden dejar de hacerse aunque duelan.

Descolgué el suero cuidando de mantenerlo en alto. Pasé la bolsa al otro lado de la cama, le pedí a mi abuelo que me abrazara para erguirse. Trenzó las manos detrás de mi nuca, como un pulpo. “Me hago”, repetía.

“No te hacés, ya estamos. Agarrate fuerte”, le dije. Se incorporó. Pierna por pierna, de a una, a la derecha. Quedó sentado, agitándose, mientras yo sostenía el suero. El brazo empezaba a dolerme. Le calcé con la mano que me quedaba libre las pantuflas, dos pompas azules. Ahora, pie por pie, de a uno, al piso. Sostener. Alta en el cielo, un águila guerrera. Sostener. Logró pararse, con una fuerza que me sorprendió por el coraje. Marchamos unos metros. Lentos, interminables. El baño era un oasis al que no llegaríamos ni con nuestra mayor esperanza. “Me hago.” Unos pasos más, un mundo más, y ya estábamos. “Me hago.” Sostener, hacer del cuerpo un avance, movimiento. “Me hago.”

Se hizo.

Volvimos a la cama como salimos. Tuve que llamar a la enfermera, la misma mole blanca que había venido antes a despertarlo. “Te dije que en el papagayo. No podés

hacer lo que querés, se va a lastimar.” La mujer destapó a mi abuelo con furia, tiro-neando de las frazadas y las sábanas que llevaban un sello de tinta: HIBB. El viejo quedó al descubierto, como si lo hubiesen bajado de un único disparo. Tuve lástima, tuve odio. Frené los dos enviones. “Ahora hay que lavarlo todo, cambiar las sábanas. ¿Te das cuenta? Tengo un montón de habitaciones que atender. Ayúdame, por lo menos, no te quedes ahí parado.” Tenía ganas de salir corriendo. Mi abuelo no abrió la boca, como si aceptase de ella la autoridad, toda la autoridad, inclusive la porción de autoridad que no había tolerado de mí. “Agarralo.”

Así que me tuvo que volver a abrazar. Creo que, antes de ese día, nunca me había abrazado. El contacto de nuestros cuerpos era una sensación novedosa para mí. Conocí por primera vez el olor de su cuerpo: una molienda de duraznos enfermos. Me hizo pensar en el duraznero del patio de su casa, que daba pocos frutos, todos contagiados de cierta peste de la que también era víctima el naranjo.

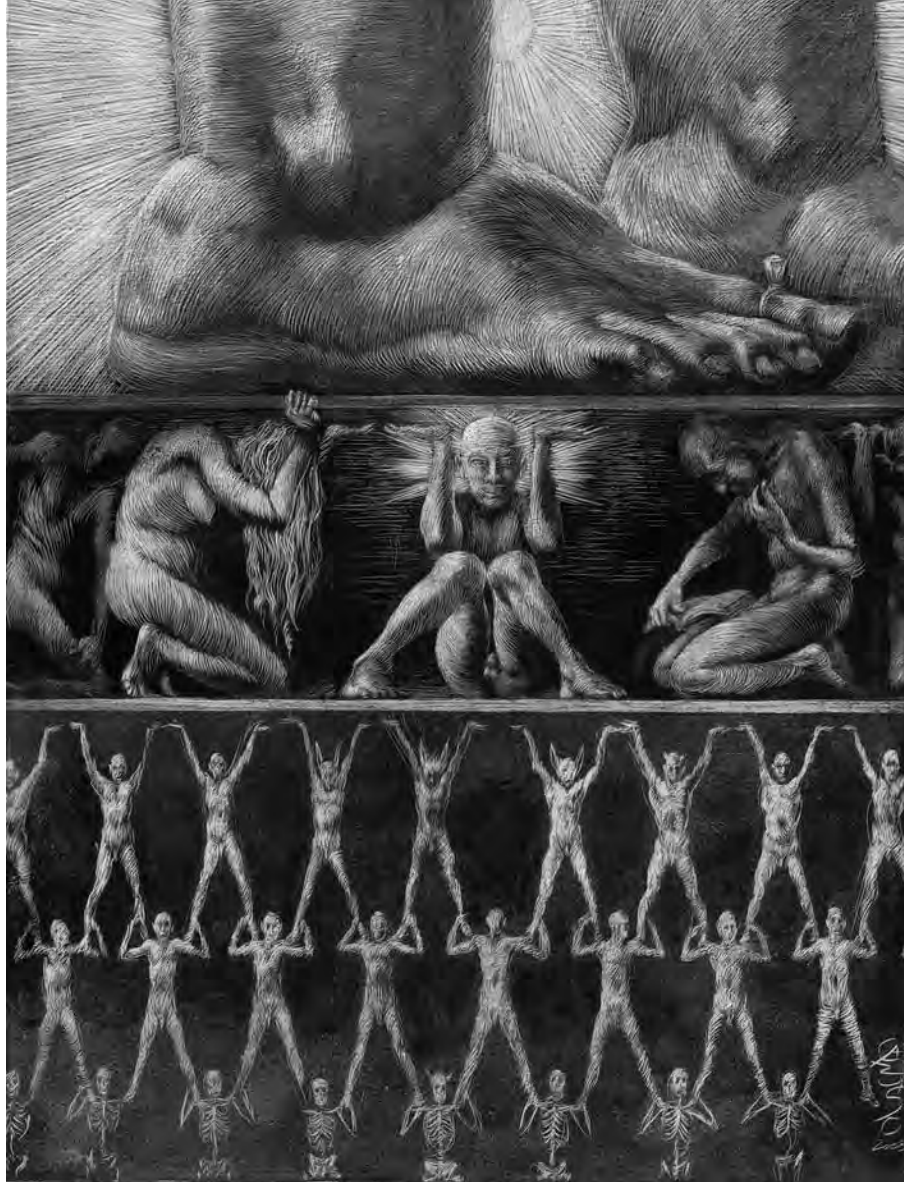
La mujer le sacó el calzoncillo largo, que tenía manchas, plafones de amarillo bajando hasta las rodillas. Yo nunca había visto a mi abuelo desnudo. Quise no mirar y quise mirar. La enfermera trajo del baño una palangana con agua y jabón. Mojó una esponja y la refregó por las piernas de mi abuelo, delgadísimas, como alambres de púa. Después refregó su sexo sin disminuir la ferocidad, la velocidad ni la potencia. Una bruta que por casualidad había caído en su puesto y por inercia se había quedado.

Después puso de pie a mi abuelo. Parecía estar jugando con rastrillos y palas de plástico a armar castillos de arena, amontonando puchitos de tierra a los costados, cuidando que no se cayesen las paredes ni los túneles. Para eso no me pidió ayuda. Mi incompetencia estaba sobradamente demostrada. Lo sentó en una silla que había en la esquina del cuarto, para las visitas. El viejo meneó los ojos hacia la ventana. “¿Qué hora es? ¿Cuándo viene Mágina?” Le dije que en un rato, que era muy temprano todavía.

“Muy temprano para estar haciendo este desparramo, abuelo. Se queda quieto y hace caso, ahora... Listo. Volvamos a la cama”, dijo la enfermera. Clavé mis ojos como dos abejas en los suyos. Le zumbé dentro, le dije: basta.

Mi abuelo volvió a dormirse cuando estuvo tibio. Parecía feliz o algo así entre las sábanas endurecidas por el almidón, recién puestas.

Me senté contra la ventana y abrí el libro que había abandonado la noche anterior.



Aguanta, esgrafiado y color, 2006

“Marchábamos sobre una arena fina, compacta, no ondulada como la de las playas, que conserva la impresión de la marea.” Una arena de baldosas negras, trajinadas. De manchas de lavandina y arrastres. Una marea sobre la que mi abuelo se balanceaba, casi acunándose, en su bote de resortes. La bolsa de suero como el carajo, sobre el mástil mayor, desde donde se veía el horizonte: el esqueleto de un estacionamiento vacío, los autos ballena salpicándose de sol y sombra.

Un mapamundi suficiente para un viaje de vuelta. Mágina como un puerto, un punto fijo en la memoria.

Me sentí mareado de nuevo. El tabaco o el hambre o el movimiento del barco. Entré en el baño y cerré la puerta despacio, para no despertar a mi abuelo. Vomité sobre el inodoro, el cuerpo quebrado en noventa grados. Salpiqué, sin querer, la palangana que la enfermera había abandonado sobre el bidet. ❶



2008
A
S
O
M



El árbol

El Niño C

I

El sol era intenso y los campos verdes hacia los confines. Sobre ellos, un árbol enorme. Delante de la casa. Los perros ladraban y se oían los chanchos gritar desde el chiquero. Ahora un sonido de cadenas y la visión se extiende siguiendo el oído: bajo el árbol, arrodillado y perdido, Juan está encadenado con un bozal al cuello y un par de esposas en las muñecas. Quiere correr, pero no puede. La sed le seca la boca y cree que el diablo lo quiere sumar a su legión de demonios. Cada tanto los oye hablar dentro de la casa, reírse con carcajadas siniestras. El cielo lo encandila y otra vez intenta arrancar la cadena del árbol. Forcejea, mientras el perro atado a la tranquera lo mira sentado y perdido. No puede zafarse, tironea, una y otra vez, y cae al suelo, exhausto. Siente un sabor extraño en la boca, tal vez azufre o incienso o... ¡Qué va! Y todo por haber pasado del Polaco y tomarse unas damajuanas. Siempre lo mismo. El diablo tienta y, después de que uno ha caído, lo castiga. Entonces, el árbol y la cadena y los golpes y este sudor ácido y helado que parece bañarlo, con esa sequía en la lengua.

II

—Te va a agarrar la Juana y te va a dar a vos —le dijo el Polaco.

—A mí no me manda nadie —respondió él y lo miró con los ojos brillosos.

Había gente en el boliche y las moscas revoloteaban sobre los vasos suspendidos en las mesas desportilladas y en el mostrador de madera podrida. El olor de la carne del chivo venía desde afuera y daban ganas, muchas ganas de comer. Llegó Francisco, después de tanto tiempo. Entró por el marco de la puerta que parecía la boca de una caldera. El vapor se veía subir afuera, detrás de su figura, que avanzaba. Cuando Juan lo vio, quiso dejar el vaso con vino, pero desistió. El otro ya lo había visto.

—Para no perder la costumbre —dijo Juan y levantó el vaso, burlándose.

—Yo no me río —respondió Francisco.

—Bueno, si sabés que me gusta. Es lo único en que todavía puedo darme el gusto.

Y se sentó a la mesa con él.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace unas horas. Dejé las cosas en el hotel y me vine para acá...

—Sabés que podés venir a casa cuando quieras...

—Es mejor así.

—No, vos me podrías dar una mano...

—Sos terco, Juan. Siempre lo fuiste.

—¿Y vos no? Nunca me hiciste caso y te quedaste allá, con los viejos, en esa ciudad de mierda, cagados de hambre...

—No nos falta nada. Estoy trabajando en la escuela y con eso alcanza. Además, el viejo necesita estar allá.

—¿Cómo está ahora?

—Como siempre.

—Loco. Es raro esto, ¿no? Cuando vos quisiste volver, él se opuso. Y ahora, encerrado en un psiquiátrico está. A los gritos con eso de volverse a Italia.

El Niño C (Leones, provincia de Córdoba, 1981). Vive en Rosario desde el año 2000. Ha colaborado en el suplemento *Señales* del diario *La Capital*, de Rosario, y en el sitio web *Bazar Americano*. Publicó, bajo diferentes heterónimos, los libros de poesía *Blog* (Tropofonia, 2012), *Lu Ciana: Plaga xombi sodo-mita* (Janvs Editores, 2013) y *Un pequeño mundo enfermo* (La Bola Editora, 2014); las novelas *Morocos* (Letra Cosmos, 2013) y *Wachi-book* (Baltasara Editora, 2014), el libro de cuentos *Machos de campo* (Letra Cosmos, 2012) y el libro de ensayos *Relatos de mercado en el Cono Sur* (Fiesta E-diciones, 2013). Es coeditor de Fiesta E-diciones, becario del Conicet y profesor adjunto de Literatura Francesa en la Universidad Nacional de Rosario. “El árbol” pertenece al libro inédito *La Juanita*.



Foto: Fabián de Napoli

—Por eso vine. Los viejos, me parece, deberían volver. Eso le haría bien a papá.

—¡Ah, claro! Ahora quieren volver. Después de que los echaron. Plata no tengo.

—Cierto; me había olvidado. Cuando se trata de los viejos, nunca tenés plata. Uno se olvida de tantas cosas... A veces, hasta de uno mismo...

—Sería bueno que vos y ellos se olvidaran de una buena vez de la bendita Italia.

—Todos los días lo hacemos. Si recordáramos a cada rato, nos... Por eso el viejo está así. Con un único recuerdo; una sola idea.

—De acá no me muevo. Tan mal no nos fue...

—No se trata de eso, Juan. El viejo extraña hablar el piamontés, mirar los globos volando en el aire cerca de las montañas...

—¡Basta! Puras boludeces. Sos vos el que quiere volver. El viejo está loco. No sabe lo que quiere.

La negativa cortó el olor del chivo, que ahora se metía enganchado con la cuchilla sobre una tabla que trajeron dos hombres. Lo pusieron sobre el mostrador y comenzaron a cortarlo. Se hace agua la boca y la disección se efectúa, perfecta, con movimientos nerviosos y precisos de brazos, detrás de los otros dos chivos, a punto de despedazarse y clavarse los cuernos de sus diferencias.

III

Por suerte hay sol, y este calor. Habrá buena cosecha durante el año. Los campos están verdes al costado del camino y la renoleta avanza. Es el retorno; Francisco

estará durmiendo la siesta ya, piensa Juan. Y también que él no les va a dar ni un peso a los viejos, que, si quisieron irse a Rosario, por hacerse los artistas que se las aguanten. No hay retorno para ellos. Italia los expulsó con una mano atrás y otra adelante y todavía se les ocurre volver.

El vapor enturbia el parabrisas, pero se ven nítidamente el horizonte, los costados con la siembra y arriba el celeste cóncavo que brilla, intenso. Adelante, un punto que empieza a agrandarse, cambia de la abstracción geométrica a la figura humana y, luego, al Pascual, sentado sobre dos bolsas llenas. Le hace señas, como pidiendo que lo lleve, y Juan pisa la palanca de los frenos. El polvo del guadal se levanta y tapa la visión hasta dejar la renoleta como un rectángulito en el camino. Borrosa.

Enseguida, el Pascual abre la puerta y le pide que lo ayude a cargar los choclos que le sacó al Antonio para el puchero, que su hijo le había llevado el caballo y que se tuvo que venir en bicicleta; pero, cuando quiso cargar las dos bolsas, se cayó y quedó tirado de panza en el camino, que estaba esperando que pasara alguien para que lo ayudara.

—Que no te vea en mi campo porque te cago a tiros.

—Pero no... le saco a éste porque me debe un alambre y no me lo pagó más.

—Ladrón que le roba a ladrón...

—Eso dicen. Dale, ayudame.

Y Juan baja de la renoleta. Hace más calor que antes; sobre todo, porque ya no hay viento que entre con el auto frenado. Toman las bolsas de las puntas y las meten en el baúl. Dicen algo que no se oye porque surge una

bocanada de aire, ruidosa, y, ahora, suben. Pascual le mira los ojos y huele el aliento de boliche.

—Está fresco el aire, ¿no?

—Cargado, no fresco —responde Juan.

—Y, bueno... si no, la vida no se aguanta —entonces saca la petaca de whisky y le da un trago.

—No te olvides de los amigos, che.

Y tomaron. El sudor caía por los costados de la cara, recorría las orejas y bajaba dando unas vueltas por el cuello y después se deslizaba por la garganta, hasta el abdomen, donde moría absorbido por la camisa. Afuera, las cortinas de maíz cerraban el camino y, cada tanto, algún paraíso aparecía, extendiendo sus ramas en el cielo.

—¿Y Juana?

—Con los chicos. Cada vez más loca. Ahora se le ha dado por que duerma la siesta con las gallinas y todo para contrariarme.

—¿Cómo, así?

—¡Bah!, cosas de ella, que dice que no se me aguanta el aliento.

—¿Y vos no hacés nada? Mirá que, cuando empiezan así, se terminan yendo.

—Que se vaya; pero que no la encuentre...

—Callate; no te hagás; bien que la otra te agarra después y te tiene cortito...

—Cortitas las aspas; lo que es a mí, no me tiene nadie.

—¿Ni el diablo?

Juan pisa los frenos, de golpe.

—Bajate.

—Pero...

—Bajate —y lo empuja afuera del auto.



Radiografía de un hombre rico, esgrafiado y color, 2009



—¡Ni vos ni el diablo! —le grita mientras acelera.

Silencio. El hombre queda atrás, con las bolsas al costado del cuerpo. Desaparece del camino tras la nube de polvo. Juan bebe de la petaca y piensa en el árbol de la casa. El mediodía rompe con surcos de calor el camino. El auto se pierde en ellos. Ya no lo puedo imaginar.

IV

Hay una puerta cerrada. Es blanca, con manchas de humedad en la parte inferior, y permite la entrada en una casa de fachada modesta, perdida en la llanura con árboles. Las chicharras aturden. Adentro, una mesa. Cuatro platos, cubiertos y vasos. Una mujer camina alrededor, sirve huevos fritos y ensalada. Un bife a cada plato. Las manos comienzan a levantar los cubiertos, a cortar la carne que se llevan a la boca. Ahora vemos el rostro de Juan. Está hambriento y confuso. La mirada perdida. Los chicos lo miran. Dieciséis años cada uno, más o menos. Juan y Antonio, se llaman. Juana se sienta y empieza a comer. Los mira, también confusa, y agrega:

—Vino Francisco...

—Sí, ya sé. Lo vi en el boliche.

—Siempre lo mismo, ¿no? Cuando necesitan plata, vienen.

—Por lo menos, vienen.

—Para eso, que se queden. Yo no sé para qué estudió tanto. Se quiso quedar allá y ahora están muertos de hambre. Imagino que no les vas a dar plata.

—¿Y por qué no?

Contestó enojado. Los chicos se miraron. Dejaron de comer y se quedaron expectantes, como si estuviera a punto de comenzar una obra de teatro. Las cigarras aturden más, ahora con potencia.

—Hacé lo que quieras.

—Por supuesto, ¿quién creés que soy?

—Se nota que estuviste tomando otra vez.

—Algo tengo que disfrutar en esta vida.

—Eso sí. Pero ni se te ocurra acostarte en la cama con ese olor. Te vas afuera.

Ahora los chicos se toman de la mesa, a punto de levantarse. Nadie come. Las moscas revolotean y se posan en la ensalada y en los cubiertos. Las chicharras gritan en los árboles.

—A mí nadie me manda —y se pone de pie.

Juana hace lo mismo. Él se saca el cinturón y la insulta. Le recuerda que él la sacó de la calle, mugrienta; y ahora te venís a creer con derecho a decirme qué carajo hacer. Los chicos no mueven los párpados. Aprietan la mesa. El cinturón se desprende del pantalón y se levanta en el aire, hasta llegar al delantal de Juana y chocar y hundirse en su ropa. Las chicharras confunden. Los chicos se paran y le gritan viejo borracho, otra vez lo mismo, estamos cansados. El cinturón vuelve a chocar con la mujer. Las chicharras ensordecen. Antonio sujeta a Juan de los brazos y el otro Juan, su hijo, le pega un golpe cerrado en el abdomen. Lo arrastran por la habitación. Juana llora y dice que nunca se puede comer tranquila en esta casa. Los chicos cruzan la puerta con el otro desmayado por el golpe. Las chicharras rompen tímpanos. Ellos cruzan el patio. Cuando Juan recobra la conciencia, ve el árbol con las cadenas. Se acuerda del Pascual y entiende que contra el diablo no se puede, menos con sus demonios. Los odia y quiere escaparse, pero ya no podrá y, como siempre, deberá quedarse atado hasta que le tiemble la sangre sin el vino que lo mantiene vivo. Sí, vivo en medio de una legión de diablos que lo quiere unir a sus filas, sin reconocer que él es el dios que todo lo rige. ¡Herejes! Las chicharras se imponen al vapor. Las cadenas se mueven. El bozal al cuello y las esposas en las muñecas. Antonio le dice que ahora se queda ahí, atado como un perro. Como el perro, agrega Juancito, y la Juana llora

desconsolada en la puerta. Las pupilas rojas. Te quedas ahí, quietito, le dice el demonio petizo en una lengua que él ya no entiende, pero que sabe que es italiano, el italiano de su viejo, por la sofocación, el golpe, el sol fortísimo, las chicharras que, ahora, se callan. El perro lo mira. La puerta se cierra. El árbol hace sombra y las cigarras vuelven a cantar mientras Juan no puede más y se duerme, seguro de que hasta el otro día, hasta que ya no tenga ni ese sabor ácido ni esa sequía en los labios... o no, hasta que la sequía sea tan insoportable que lo despierte. Las gallinas picotean alrededor. ♣



Codiccia II, esgrafiado y color, 2006

Encomio para el Coya Ortega

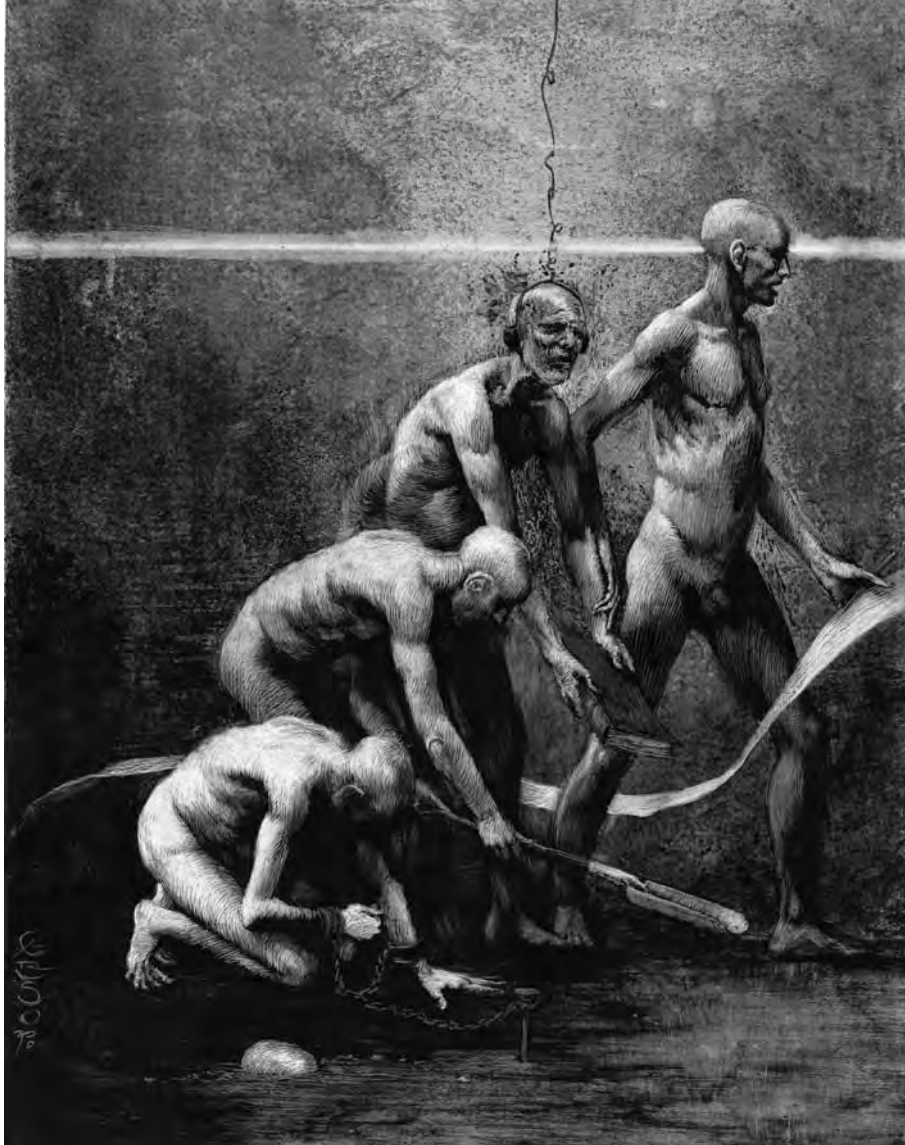
Maximiliano Chedrese

Perdoname, Ortega, que me tome la libertad de tutearte. No es porque ya no me inspirés respeto, sino porque te considero un amigo; además, ahora corren otros tiempos, ya no se requiere tanta formalidad en el trato. La confianza es tomada a bien, Ortega, no me juzgués un irrespetuoso, sino un hombre que te guarda afecto y una inmensa admiración.

Vine de visita porque tengo algo para contarte, algo que ya no te debe importar, pasaron más de diez años desde ese combate, el último. Se te ve tan viejo sentado en la mecedora con la manta sobre las piernas; quién lo hubiera pensado. *Las piernas te traicionaron y tambaleaste, el yanqui aprovechó y se te vino encima con esa izquierda veloz y te ametralló cuatro o cinco veces la ceja ensangrentada, retrocedió un paso para tomar impulso y desde allá atrás, miles de kilómetros atrás, volvió con un derechazo violentísimo y te pegó de lleno en la sien. No se me borrará nunca esa imagen: tirado boca arriba y con los brazos extendidos, como si te hubieran muerto del golpe, Ortega. Sabés una cosa, tuve la sensación de que ahí nomás te levantabas y le llovías a golpes los riñones. Esa pelea la ibas ganando por puntos y te viniste a caer en el último round, a segundos del campanazo.* Te conocí cuando joven, recuerdo que peleabas en precarias condiciones —ni guantes usabas—, en combates organizados más por amor al deporte que por profesionalidad. Ahora, quién lo diría, vas y venís monótono en la mecedora, la única del asilo, se ve que todavía gozás de ciertos privilegios. Siempre te las arreglabas para lograr favores de cualquiera. Eras un ejemplo de persona, no había en Jujuy quien te faltara el respeto porque te lo habías ganado desde chico, desde que te trompeabas día a día para ganar un espacio en la esquina de Belgrano y Necochea y lustrabas mocasines de ricos para recibir una moneda. *Y se venía el último round, Ortega; descansabas en la esquina mientras el entrenador te apalabraba y con la toalla te contenía el sangrado que descendía desde la ceja. En tus ojos ya había algo de derrota. Los que en ese momento creí los ojos de una fiera, ahora que los años han pasado, comprendo que eran ojos de impotencia, impotencia de saber, de presentir que éste era el último round en varios sentidos. Yo gritaba eufórico tu nombre, para darte ánimos, te tenía tanta fe... Qué me iba a imaginar lo que sucedería en minutos. Jamás te había visto perder, excepto por un empate que dio mucho que hablar; “estaba arreglado”, dijo mi padre esa vez.*

Ya no hablás, ya no insultás a nadie como lo hacías desde lo alto del ring, cuando

“Encomio para el Coya Ortega”, en *Y todo lo demás también*, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, 2006.



Derechos y humanos, esgrafiado y color, 2010

alguien del público te abucheaba o te arrojaban cosas. Pero eso era antes, al principio. Después llenabas los estadios. La gente desde el norte viajaba días enteros en mula o en camiones repletos para acercarse a San Salvador porque ese sábado peleaba el Coya Ortega y a nadie le importaba contra quién, porque no tenías rival, caían como muñecos. Era una época gloriosa, de reconocimiento, de mujeres y noches interminables bailando en patios de tierra y siempre había una botella de ginebra pasando de boca en boca. Justamente, en una de esas noches de festejo, se te acercó un señor alto y trajeado. Te comentó sobre el interés que tenían en Buenos Aires de que viajaras, que allá estaban los boxeadores de verdad y que él se iba a encargar de hacerte una carrera exitosa. Y te fuiste nomás, Ortega; un día armaste el bolso y te despediste de los amigos y de Margarita, que andaba preñada de tres meses. De ahí en adelante, el box en Jujuy sólo vivía en los diarios. Al día siguiente de cada pelea que disputabas en el sur, nos juntábamos todos en el barcito del gimnasio para leer las noticias, para leer que

Maximiliano Chedrese (Ciudad de Córdoba, 1978). Escritor y editor. Desde 1984 reside en San Salvador de Jujuy y se considera “jujeño por opción”. Publicó los libros de cuentos *Descuentos* (Cuadernos del Duende, 2004), *Y todo lo demás también* (Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, 2006) y *Dios, sus ensayos* (Tres Tercios, 2014), que reúne textos de los dos primeros con algunos inéditos. Fue codirector de la editorial Intravenosa. Actualmente lleva adelante la editorial Tres Tercios, que fundó en 2005 junto a dos amigos. Ha colaborado en diversas revistas y webs de Argentina con cuentos y artículos.



Foto: Matías Teniel

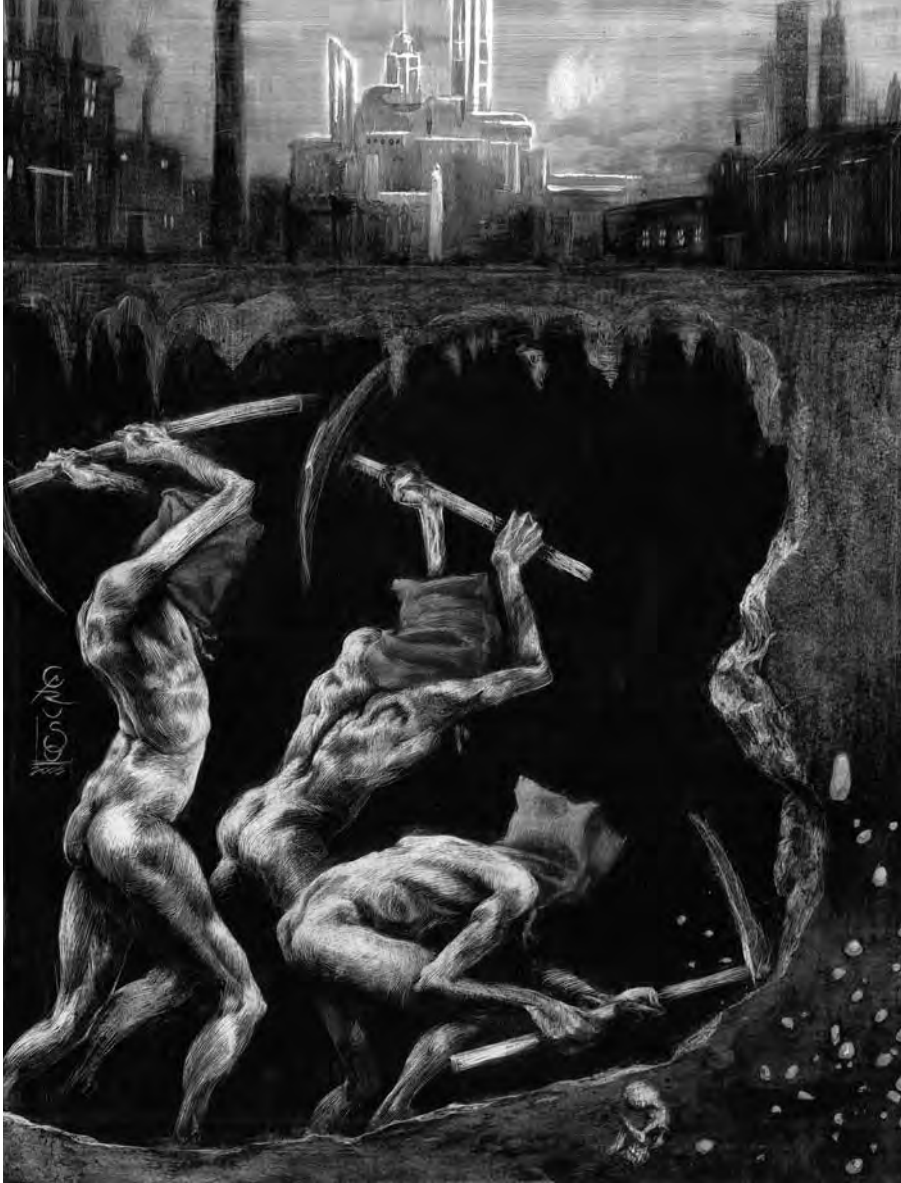
el Coya Ortega ganaba pelea tras pelea y que tenías un futuro brillante. “El Puño Nor-teño”, se leía en letras grandes. Qué linda época aquélla. Ahora se te ve tan viejo, Or-tega, que dan ganas de atenderte un poco, de cuidarte, por respeto a tu memoria, a lo que supiste guardar en la memoria de este pueblo desconocedor del éxito.

Estás con la vista al frente, con las pupilas dilatadas sin mirar nada en especial, como si abarcaras todo el panorama en un único haz. No me mirás a mí, que vine a visitarte. ¿Alguien más te viene a visitar? Nadie, Ortega, ya no sos la esperanza del pugilismo jujeño, ya no hay quien se interese en vos porque no hay dinero en tus bolsillos. ¿Te acordás de cuando invitabas ronda tras ronda? Todos te festejaban y se divertían y vos encontrabas ahí el afecto que te había negado la infancia; eran otros años, Ortega, los años dorados del box, según comentan los entendedores. Yo nunca fui de teorizar el deporte, simplemente te seguía en cada combate y disfrutaba como ninguno de tu cross de derecha y del esquivo oportuno que desorientaba al rival: de repente ya no estabas frente a él, sino a un costado rematándole el hígado con fiereza. *Porque, al mediar el quinto round, el yanqui cambió el paso, se agachó levemente y sacó un gancho que te iba a partir la mandíbula. Digo que te “iba”, Ortega, porque nadie se explica cómo, pero el gancho ascendió hasta perderse en el aire porque vos ya no estabas ahí; para cuando el yanqui retomó la guardia, medio que bajó los brazos mientras te buscaba desorientado y reapareciste como por arte de magia encajándole una trompada de lleno en el rostro. Fue cuando cayó el yanqui y, al mismo tiempo, se levantó todo el público. Se me llenaron de lágrimas los ojos, Ortega, y te gritaba ¡vamos, campeón! mientras el árbitro decía cinco, seis y el público explotaba en un solo grito de aliento para el argentino, para vos, Ortega. Pero el yanqui, primero poniéndose de rodillas y luego de pie, con ayuda de las cuerdas, se irguió y te clavó la mirada. Metiste la cabeza entre los brazos y te le fuiste encima, pero algo había cambiado, se notaba en el aire, en la quietud expectante de la gente: ése había sido tu mejor golpe y el yanqui lo había soportado. Los restantes rounds fueron parejos, pero se te notaba algo cansado, te faltaba fuerza y el corte en la ceja en el séptimo round te puso en desventaja.*

Claro que ni debés saber quién soy. Yo no he hecho nada como para que me reservés un rinconcito en tu memoria. Sin embargo, pocos como yo te han seguido la carrera de principio a fin, desde José Armeta, en un cuadrilátero improvisado en pleno Parque San Martín, hasta la pelea con el yanqui Rony Machine Wave, en el Luna Park.

Qué paliza ese día, Ortega. ¡Cómo pegaba el yanqui! Desde entonces venís cargando la cicatriz en la ceja. Después, las minas ya no te buscaban como antes, cuando engominado entrabas en el baile haciendo espacio para que pasara tu espalda vestida de cuero. Yo era pibe, Ortega, y vos eras mi ídolo. Y ahora verte así, quién lo hubiera imaginado. Eras único, campeón. Porque para mí siempre serás el campeón de los medianos, a pesar de que tu carrera no tuvo la trascendencia justa en los medios. En esa época, las cámaras correteaban a Monzón por todos lados. ¿Te acordás de que estuviste a punto de pelear con él? Había un revuelo bárbaro ese verano, estaba en boca de todos, la pelea del año, se rumoreaba, y la expectativa de nosotros, tus seguidores, era incontenible. Pero lo arruinaste con el comentario ese de que vos tenías “prohibido, por reglamento, pelear con estrellas de cine”. Al final, el duelo quedó en la nada y de a poco la gente se fue olvidando, se fue olvidando de la pelea y de vos, Ortega, que ya estabas en el limbo de tu carrera y esa pelea hubiera sido el salto a la historia. Porque habrías ganado, Ortega, me entendés, y habrías pasado a la historia como el pugilista argentino de todos los tiempos. Mirate cómo estás ahora, meciéndote, con la mirada perdida vaya a saber en qué recuerdo, en qué round andarás girando alrededor de tu oponente hasta marearlo.

Yo todavía era un pibe cuando me subí al colectivo; no conocía Buenos Aires, pero decían que era grande. Viajé para verte pelear con el yanqui en el Luna Park, para apoyarte y gritar “¡vamos, Ortega, vamos, campeón!”. Ya sé que no te acordás, no te acordás de nada y menos de la paliza que recibiste esa noche ante miles de personas que, traidoras, empezaron a vitorear al yanqui, qué vergüenza que es nuestro pueblo, Ortega. Me demoraron en la puerta, un policía me pidió los documentos y me dijo que no podía pasar porque era menor de edad. Te imaginás lo que fue para mí ese momento, había viajado treinta horas en un colectivo destartalado y sin un peso en el bolsillo más que para pagar la entrada, sólo para verte triunfar a vos, para que te sintieras acompañado por uno de tu ciudad y no por los mercaderes que usaban tu nombre sólo para correr apuestas. Yo era pibe y era capaz de dar la vida por vos. El estadio estaba repleto y la pelea ya había comenzado cuando el policía que me había impedido pasar me llamó y me preguntó por qué lloraba. Le expliqué el viaje, el cariño que te tenía y mis ganas de presenciar el momento en que te colocaran el cinturón. Recuerdo que me sacó la gorra y me despeinó cariñosamente. Me dijo: “Pasá, pibe; cualquier cosa, decí que tenés dieciocho.” *Cuando logré entrar, un señor me informó que ya iban por el segundo round. También me dijo que saltabas como un conejo de un lado para el otro y que el yanqui estaba enfurecido. Me acomodé cerca de la escalera de ingreso lo mejor que pude, porque estaba repleto de gente y hasta faltaba el aire. Miraba la pelea y miraba también los cientos de focos que apuntaban al cuadrilátero. No podía salir del asombro y, además, tenía miedo de que me descubrieran y me echaran. De a poco fui concentrándome en la pelea y empecé a reconocer esos amagues, iguales que en los improvisados rings de lona en Jujuy. Tenías cancha, Ortega, eras boxeador nato y el lugar donde tuvieras que pelear te daba lo mismo, no te intimidaba nada. Quién no te admiraba. Quién se iba animar a decir algo feo de vos. Eras intachable, Ortega. Hasta el yanqui, que ni te conocía, te peleaba con respeto, de igual a*



La ciudad dorada, esgrafiado y color, 2006

igual. Tiraba guantazos y retrocedía, no se te lanzaba; al contrario, mantenía distancia mientras vos te acercabas a puro amague y cambio de paso y de repente le encajabas una trompada y el público se ponía de pie eufórico. Era un combate parejo, estaba para cualquiera. Pero yo sabía que el ganador ibas a ser vos, Ortega.

Y, si hoy me acerqué de visita, es para contarte lo que pasó esa noche sobre el cuadrilátero, cómo te apagaron la estrella que te acompañó round tras round desde joven. Mirate, Ortega, te dejaron quieto, no te volviste a mover más, ni a hablar, ni a ir a los bares a juntarte con los amigotes a tomar ginebra y comentar sobre mujeres. Te voy a contar por qué estás ahora estático mirando los árboles y las nubes y todo lo que tenés enfrente, que para vos ya no significa nada. Ortega, campeón, te voy a contar cómo fue aquella pelea, yo sé que me podés escuchar y, además, necesito sacarme esto de adentro. 📍

Un abrazo es un fantasma

Camila Fabbri

Afuera hay lluvia. Ellos la ven desde la ventana. Quisieran mojarse, pero hay pereza en los cuerpos. Salir a la calle no es una posibilidad, aunque exista el deseo. En la televisión también llueve. Varios canales de noticias muestran cómo. Ellos ven la lluvia en la televisión, en la ventana. Están empapados de ideas. Es la vista la que da la idea de una tormenta, no es la tormenta misma. Ella no está bien. Él está desnudo, aunque entre ellos no haya pasado nada. Se abrazan, se preservan, y en la hornalla hierve un agua.

Piensa en la infinidad de posibilidades de abarcarle el cuerpo. Quizá hasta podría meterse adentro dormido. Ella quiere poseerlo y esto es curioso; está convencida de que, en general, el mecanismo es el inverso: el hombre como fiera se come a la mujercita que tiene más cerca. Genera el encuentro, para lamerle después las comisuras y los huecos. El hueco que genera la unión entre el brazo y el torso. Sobre todo esa parte, es visto bueno llegar a esa parte. No todos lo logran. Está presente el logro en la lamida a una mujer. Eso que sucede es un hecho superior, el acto sexual se concreta. Es bueno lamer. Es bueno andar, después, libre de ideas.

Ese chico es tan buen mozo que hay que robarle los gestos. Oficiarle de espectadora.

Hubo una vez un hombre que tuvo un mayor acercamiento: la tuvo en brazos. Ella ahí dejó todo su peso, toda su confianza. Todavía no sabía hablar. Babeaba como si fuese loca y su tamaño equivalía a una zapatilla. Pero el primer hombre la sostenía y la llevaba por acá, por allá. La metía debajo de la lluvia para ver cómo reaccionaba; una miniatura recién mojada por la naturaleza. Y era bueno eso. Tenía un buen resultado, que las cosas que lo exceden al hombre estuvieran cayéndole encima a uno que recién llegaba. Al recién humanito en la tierra. Hubo una vez un hombre que la vio indefensa y la paseó por el living de un departamento inmenso. La vio sentir calor y frío. Entonces la envolvió en algo espeso, pero no la dejó en suelo estable. Cerca del suelo. No permitió la gravedad el primer hombre porque la beba no yacía en el suelo; es decir, no iba hacia abajo. Se quedaba estrecha, quieta casi cuerpo muerto, sobre sus brazos. El primer hombre no podía deshacerse de alguien que todavía no conocía la palabra.

Así anduvieron meses. Ninguno de los dos se conocía, no había necesidad de conocerse. Se miraban. Por los ojos todo. El diálogo estaba dado por las sustancias, los objetos. La reacción del cuerpo mínimo a los estímulos de cosas duras, estrechas. Un mueble cerca de la cabeza, rozándola, haciéndole una caricia de moretones típicos.

Camila Fabbri (Ciudad de Buenos Aires, 1989). Realizó talleres de narrativa con Romina Paula y de dramaturgia con Lautaro Vilo y Mauricio Kartun. Estudió actuación durante cinco años en el instituto de entrenamiento actoral de Julio Chávez. Escribió y dirigió las obras teatrales *Brick* (ganadora del Concurso de Dramaturgia 2010 organizado por Espacio TBK), *Mi primer Hiroshima* (seleccionada para la Bial de Arte Joven Buenos Aires 2013) y *Añejo*. Su novela *Trinidad* fue finalista en el Primer Concurso de Novela Dakota Editora. En la actualidad publica reseñas de teatro y literatura en medios como la revista *Los inrockuptibles* y estudia Dramaturgia en la Escuela Metropolitana de Arte Dramático de Buenos Aires. El cuento que presentamos está inédito en libro.



Foto: María Copberg

O incluso más, agua tibia en los pies suciecitos de la vida. Con mugre del andar, del aire nomás, del roce de los días y los climas. Eso también estaba. Eso también era elemento del vínculo entre ellos dos. Pero resulta que un día, sí, hubo un día: siempre lo hay. Hubo un primer día en que llegó el sonido concreto. El que transmite. Hubo pánico en la primera palabra de la diminuta. Entonces, el primer hombre, por efecto, dejó el cuerpo tibio sobre algo quieto, sin vida, y se dedicó a otras cosas. El primer hombre empezó a tener otras ocupaciones y adoptó como forma de olvido la posibilidad de convertirse en un padre. Es que la palabra se hace grande y es tarde cuando uno ya está convertido en fantasma.

En general, los bebés cuando están en soledad tienden a poner caras extrañas. Como si vieran cosas que allí no están. O cosas que los otros, los vivos, no podemos ver con ojos de carne. Hay quienes hablan del don de percepción de los bebés, tan abiertos por la reciente abertura de una madrecita que perciben en vida —quizá— a los muertos inexpertos. Medio sonsos los muertos, que se quedan. No se dan cuenta de que no yéndose del todo son fantasmas y de que ese oficio no tiene nada de ventajoso. Porque no son ni lo uno ni lo otro. No están ni están siendo. Si todo esto fuera cierto, podría decirse que los bebés cargan con un encanto que no es solamente decorativo. Hay que confiar en las miniaturas. Hay que empezar a estudiarlas. Hay que empezar a dejar de rendirles culto bobo.

A esta beba, que crecía para ponerse dura, aseguran haberla espiado en silencio. Aseguran que este cuerpo pequeñito vio un fantasma. La visión del cuerpo ausente le provocaba un brillo especial en los ojos. Algo del color verde. Por eso, casi siempre la vestían dentro de esa gama de colores. Soleros, vestidos y gorritos haciendo juego. Para seguir adulándola. La vista verde, aunque no eran sus ojos, sino que la muerte, le duró para siempre. Siempre fue también después, cuando se puso grande. Adulta. Se volvió dura, después, la beba que nació de la madre. Pocas cosas podía ver, más allá de un fantasma venido a menos.

Volvieron a acostarse en la cama y él desnudo. La piel oscura, un indio contemporáneo que la viene mirando desde hace tiempo. Ella está vestida y no pide explicaciones. Ese día también llueve, es que es clima de lluvias justo esa época. El departamento está cálido, igualmente, porque es tormenta de verano. Es de tarde y lo único que oyen son los ruidos de los autos. Él respira fuerte. Es joven y fuerte. Entre ellos no pasó nada.



Los amantes, esgrafiado, 2009

Hay un ventilador también, pero las cosas que están adentro no se oyen. Solamente lo de afuera. Los autos. Es que eso pudo más. Él tiene un gato enorme, gordo. Los pelos del gato están desplegados sobre la ropa de ella. Es lo único que se despliega esa tarde. El gato está ensañado con ella. Quiere estarle encima. La huele. Baja hacia la parte baja de ella y la huele. Le hunde el hocico rosado entre las piernas. Ella sonríe. Él lo saca.

Todavía no adulta, chica pero no tanto, mira puntos fijos en la pared para dejar de ver. Pero sigue viendo. Persiste el cuerpo ausente, medio muerto y verde, en los ojos de una nena que se puso bonita. Se parece un poco a la madre, eso la embellece. Si no se pareciera, tendría mala pata. Casi todos dicen eso. A los siete años, la niña bonita se pasa la mayoría de las tardes mirando la pared. A la madre le gusta espiarla. Cuando puede charlar algo con su hija, la mira a los ojos. Y así también la madre, si pudiera, se pasaría las tardes. Ahí dentro puede verlo a él. Dentro de los ojos de su única hija está hundido el primer hombre.

La niña joven no puede bañarse sola. Anuncia que tiene miedo. Que la están mirando, ¿es necesario que vuelva a anunciar que, ahí afuera, se contonea el fantasma? Es que así, con este anuncio, no es solamente un ausente el que la espía mientras desnuda se baña, sino que logra que su madre no la deje sola. El baño no le pertenece. Casi nada le. La compañía es toda entera. Una mujer adulta baña —acompaña— a su hija. Es bastante común que el eco que hacen los azulejos en el baño venga bien porque ayuda a que rebote acústico el llanto de la nena. Casi siempre se le mezclan los líquidos a la nena. El llanto y la ducha. Es que nunca se dio cuenta de que éstas son dos cosas que no se hacen juntas. Si se baña, se limpia. Si llora, se pone salada.

Quizá sea la última vez que se encuentren. Ella está vestida. Él no. Él se quitó la ropa para hacer de cuenta, pero no, la verdad es que otra vez no quiso abarcarla. No tuvo ganas. No sabe bien por qué. No es que ella no le guste, no es eso, porque ella le gusta tanto que se le duerme la cara. Es más bien algo que no puede explicar. El gato está acostado sobre las piernas vestidas de ella, otra vez. Otra vez llueve. Parece chiste ya, esto del balcón mojado. Pasan un tiempo así, en silencio. Al techo hay que mirarlo, porque están acostados en la cama y no hablan, así que miran. Él estira los brazos, se tuerce, se acerca lo más que puede a ella. Lo único que vive, para él, es el abrazo. Así se duermen, por última vez. Es ahí entonces que ella también llora. Aunque esté acompañada, pena, hay un deseo que no le está puesto. El pelo le vuela en la almohada. El chico, tan joven como ella, quiere enamorarse. Pero no sirve.

Él sigue siendo un indio, él es terriblemente bello. Terriblemente. Es que terrible le gana a bello. Eso que la está abrazando es aterrador.

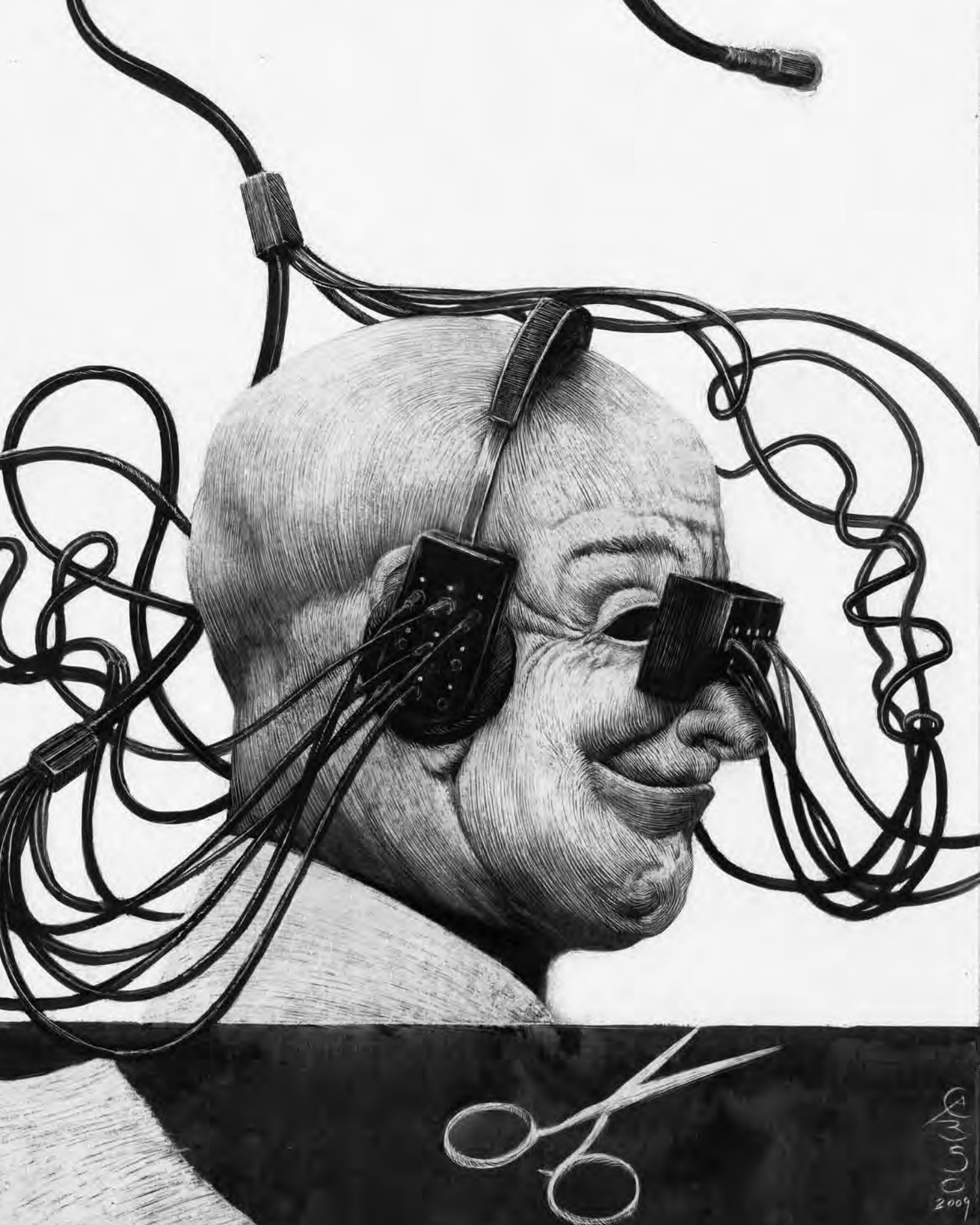
Cuando ella abraza, no siente nada. Lo único que persiste es lo que ve. En la noche, dentro del departamento, una luz verde se refleja en una de las paredes. El gato se sobresalta, se estampa, casi que no duerme. Son los ojos de ella que permanecen abiertos.

Cuando era chica, ya no beba, la madre se empeñaba en provocarle sentimientos. Vérselos. Abrazaba a su hija todas las noches llenándole los oídos de palabras calmas. Conmoveras. Que la hicieran reflexionar acerca de estar solas, crecer juntas, convivir con aires de mujeres nuevas. Sobre lo bueno que era mantener la casa limpia ellas solas, juntas. Que las paredes siguieran en pie. Que todo afuera estuviese chiflado y que nada de eso dependiera de ellas. La mujer adulta se inmutaba con su monólogo, la nena no. Terminaba su relato y abría un libro. Adentro, algunos cuentos. El favorito de la jovencita hablaba de un indio firme como un mueble, que se trepaba a los árboles para encontrar algo. Eso era todo. Se lamentaba la mujer, ni siquiera alcanzaba con eso. La madre abrazaba a su hija y, ahí, nada.

Una vez dormida, a la joven los ojos se le cerraban y la vista verde desaparecía. Lo que se volvía sueños nada tenía que ver con el cuerpo ausente, sino todo lo contrario, lo soñado se volvía preciso y ahí dentro una nena joven apaleaba pasiones.

El primer hombre, de ahí en más, se sentía satisfecho; porque tenía una hija para ser visto.

Un abrazo es un fantasma porque solamente a él le pertenece. Todos los demás no serán nada. **P**



2009

Elefantes

Federico Falco

Llegó el circo y armó su carpa en los terrenos del ferrocarril, a un costado de la estación. Tardaron tres días enteros en armarla. Enseguida trazaron un gran círculo sobre la tierra y alisaron el piso, ésa sería la pista. Después acomodaron las casillas y los carrmatos y las jaulas con los leones y los tigres alrededor de ese círculo. Bastante alejadas. El segundo día clavaron estacas durante toda la mañana; el pueblo se llenó de ruido a martillazos. Durante la tarde levantaron los mástiles. Muchos hombres asieron una sogá gruesa y tiraron, gritando acompasados. Los dirigía un viejo en camiseta. El poste central se alzó hasta ser una vela.

El último día cubrieron los mástiles con las lonas y la carpa tomó forma.

Mientras tanto, las mujeres escualidas que en la función volarían por los aires leían revistas junto a sus casas rodantes y tendían ropa sobre las ramas de los árboles. Desde lejos podía verse al hombre de goma acostado sobre el techo de su casilla, tomando sol vestido sólo con un slip diminuto, y al mago puliendo una inmensa caja de cristal.

La gente del pueblo encerró los perros y los gatos, porque se decía que los del circo eran capaces de robarlos para alimentar a sus animales. Las madres tampoco dejaban a sus hijos acercarse al baldío por miedo a que los raptaran o se los llevaran al partir, convertidos en saltimbanquis o en malabaristas. Igual, muchos se escapaban de la escuela para ver cómo les daban de comer a los leones y se quedaban mirando desde la calle las cosas del circo. Había monos que se rascaban las pulgas. Había perros saltarines que corrían desesperados tras un señor que les tiraba galletas. Había dos caballos blancos, uno con una cola larga hasta el piso. Y había un elefante. Gris. Perfecto. Alto. Un poco triste.

La primera función fue un lleno total. La gente del pueblo hablaba de las maravillas que habían visto: el hombre bala, la pirámide humana, la mujer que galopaba sobre los caballos y lanzaba fuego por la boca, el domador y los leones, un tigrecito al que le habían puesto un sombrero y actuaba con los payasos. Los que no habían asistido esperaban ansiosos el siguiente fin de semana. Los que sí fueron, caminaban inflados de orgullo.

“Elefantes”, en *La hora de los monos*, Emecé, Ciudad de Buenos Aires, 2010; Salto de Página, Madrid, 2014.

Federico Falco (General Cabrera, provincia de Córdoba, 1977). Publicó los libros de cuentos *222 patitos* (La Creciente, 2004), *00* (Alción Editora, 2004) y *La hora de los monos* (Emecé, 2010). También el libro de poemas *Made in China* (Recovecos, 2008) y la *nouvelle Cielos de Córdoba* (Nudista, 2011). En 2010 fue seleccionado por la revista *Granta* para integrar su número dedicado a los “mejores narradores jóvenes en español”. Durante 2012 participó del International Writing Program de la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Recientemente se editó en Argentina un volumen con sus dos primeros libros más algunos textos inéditos, titulado *222 patitos y otros cuentos* (Eterna Cadencia, 2014).



Foto: Thomas Langdon

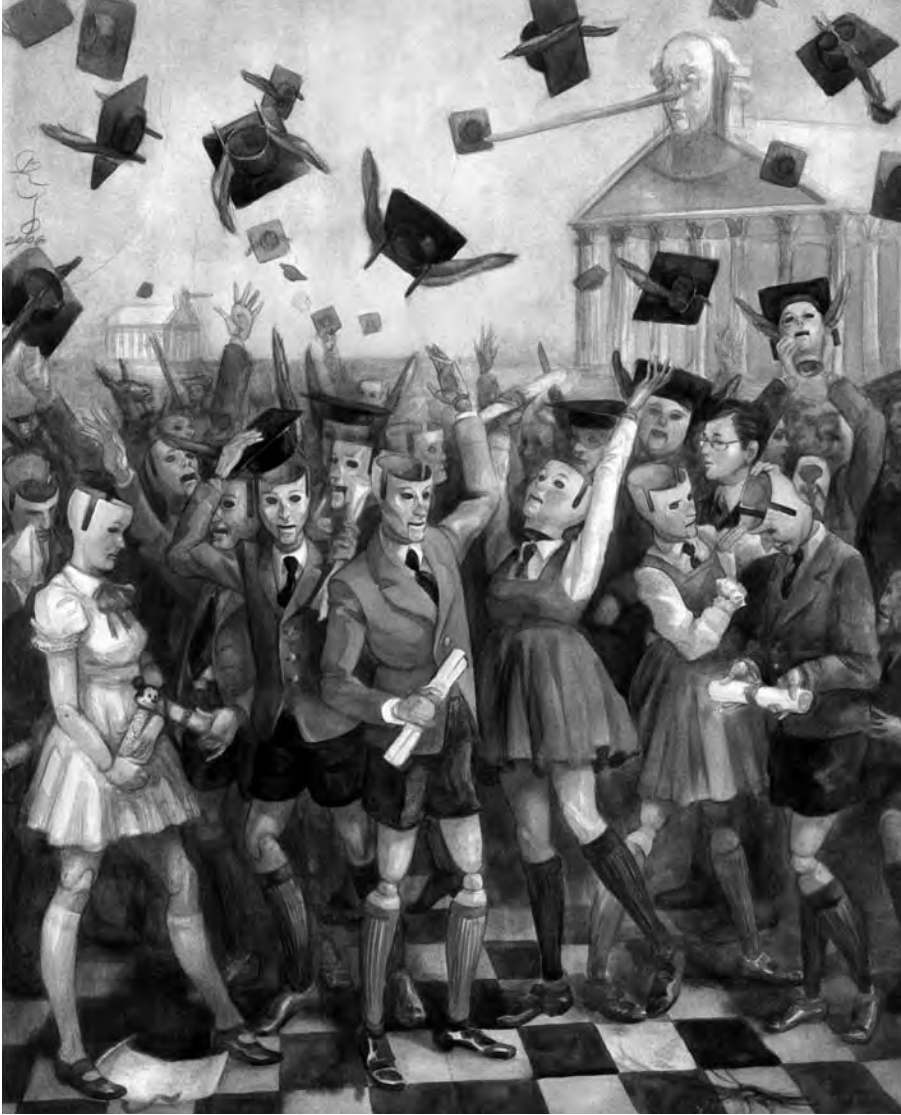
El dueño del circo tenía un hijo y lo mandó a la escuela para que tomara clases mientras el circo estuviera en el pueblo. Iba a sexto grado. Sus compañeros lo rodearon esperando que contara miles de aventuras porque pensaban que la vida en el circo debía ser extraordinaria, pero el chico se negó a hablar de eso. Era un chico huraño y de ojos duros, impiadosos. Odiaba que lo vieran como a un fenómeno. No salía a los recreos y se quedaba en su banco, mirando por la ventana hacia afuera, a la calle. A la salida lo venían a buscar en un rastrojero cargado con dos parlantes que anunciaban las próximas funciones. A medida que la voz grabada del payaso se acercaba gritando la publicidad, el chico del circo se ponía más y más colorado. Después, sólo quedaba formar y arriar la bandera. Una tarde, una de las compañeras del chico del circo entró corriendo en el aula antes de que sonara la campana y le dio un rápido beso en los labios. Después la chica intentó escapar, pero el chico del circo la sostuvo por el pelo y la obligó a darle otro beso. Abrió grande la boca, como si se la fuera a tragar, y empujó con la lengua hasta que los labios de la chica cedieron. El chico del circo metió entonces la lengua adentro y dejó allí depositado, en la concavidad rosa, un chicle de menta ya desabrido y sin color. Cuando el resto del curso entró en el aula, la chica lloraba sentada en su banco, con las dos piernas muy juntas y el delantal estirado sobre las rodillas. El chico del circo seguía mirando por la ventana.

Al poco tiempo corrió un rumor entre los cursos más bajos. Decían que el chico del circo había arrastrado a una de sus compañeritas hacia el hueco que se formaba debajo de las enredaderas del patio y la había obligado a desnudarse. Aseguraban que habían hecho caca juntos.

La directora desestimó los cuchicheos, pero igual llamó al chico del circo a su oficina y mantuvieron una extensa entrevista en la que lo interrogó acerca de cómo se sentía en su nueva escuela y si creía que se estaba integrando bien al resto del grupo. El chico del circo habló poco y nada.

Un día, sin previo aviso, y después de dos exitosos fines de semana, el circo se fue y el chico no volvió a la escuela. El baldío en que se había asentado la carpa amaneció liso y vacío. Sólo quedaba, en una esquina, el elefante parado, alto y triste, con su grillete en la pierna y una cadena que lo ataba a su estaca.

La policía hizo averiguaciones. Dijeron que los del circo no tenían los papeles del animal en regla y que por eso lo habían dejado. Vino el veterinario y revisó al elefante.



Maleducados, acuarela, 2006

Este animal está muy enfermo, dijo. Está a un pie de la muerte, dijo.

Todos se pusieron muy tristes.

¿No se puede hacer nada?, ¿no hay modo de salvarlo?, preguntaron.

El veterinario respondió que no, que sólo era cuestión de esperar.

¿Y qué vamos a hacer con un elefante muerto?, preguntaron.

No tengo ni idea, dijo el veterinario.

Los chicos, mientras tanto, rodeaban al elefante y corrían entre sus piernas. El desafío era pasar bajo la panza del animal sin que éste lo advirtiera. Más tarde se colgaron de su cola y también uno, el más sabandija de todos, se le subió al lomo. Después de un rato de saludar desde allí, bajó sin pena ni gloria. El elefante, parado en medio de los terrenos del ferrocarril, apenas si movía las orejas para espantar las moscas. No comía. La trompa le caía derecha y arrastraba por el suelo. Tenía los ojos lagañosos y entrecerrados.

Dos días más tarde, se murió.

Nadie sabía qué hacer con el elefante muerto. Cortaron el candado que ataba el grillete a la pata y el elefante quedó libre. Con una pala excavadora y la ayuda de muchos hombres lo subieron al camión de la municipalidad y lo llevaron al basural. Allí lo dejaron.

Algunos chicos todavía fueron un tiempo más a jugar sobre el elefante. Un día dejaron de ir. Había olor.

Cuando ya era una montaña reseca e informe, el intendente recordó al elefante muerto y comenzó a hacer gestiones. Logró venderle el esqueleto a un Museo de Ciencias Naturales de Formosa. Fue un buen ingreso para las arcas municipales. Vinieron tres técnicos y se pasaron dos días blanqueando huesos y embalándolos en cajas de cartón. Al terminar la tarea cargaron todo en una furgoneta destartalada y partieron. El museo tenía un gran hall de ingreso, un poco oscuro pero majestuoso, y el elefante sería toda una atracción puesto allí, en el centro.

Tardaron un año y medio en armarlo. Día tras días engarzaban huesos en un firme y secreto soporte de hierro. Consultaban, para hacerlo, una vieja enciclopedia de zoología y observaban en detalle cada parte, cada articulación, cada pequeñez. Lentamente, el elefante tomaba forma. Ya estaba casi completo cuando advirtieron que faltaba una diminuta vértebra de la cola. Según el libro debía haber diecinueve y en la caja de las vértebras había sólo dieciocho.

Durante un tiempo la buscaron en las otras cajas, hasta que se dieron por vencidos. Se dijeron a sí mismos que seguramente el huesito habría quedado olvidado en el pueblo, perdido entre cáscaras de papas, bolsas de nylon y botellas rotas.

Pero no era así. Lo tenía, en realidad, la chica aquella que había besado al hijo del dueño del circo. Caminó entre sombras una noche de verano para robar la vértebra, en medio del basural crujiente y tembloroso, sin que nadie lo advirtiera.

La escondió en un cajón secreto, en el fondo de su cómoda, junto al diario íntimo y al lado del chicle reseco y desvaído, envuelta con una cinta rosa.

Era su souvenir. ●

Ruidos molestos

Cristian Godoy

Me acuerdo de que vi a la chiquita por primera vez y pensé que se había terminado la paz en nuestras vidas, que nunca más íbamos a poder dormir una siesta. Pero estaba equivocado: la nena de al lado es una santa. Se llama Micaela. Ni se la siente en todo el día. Los nuevos vecinos se mudaron hará cosa de un mes. Son una pareja joven, con una nena de tres años. Alquilan. La mujer no trabaja, aunque, si me escuchara Emilia, que no me deja pasar una, al instante me corregiría que sí trabaja, pero en el hogar. El hombre se viste de oficina, jamás una arruga en la camisa y jamás suelta el maletín que lleva y trae de acá para allá. Emilia me pregunta si están casados, como si yo anduviera de charla con los vecinos o la portera.

Me cuenta que, al volver de los mandados, coincidió con la madre y la hija en el ascensor. Hasta ese momento, la mujer no sabía que era la vecina de al lado y le preguntó el número de piso. Emilia intentó acariciar a la criatura, pero la nena corrió la cabeza para esquivarla. El flequillo le tapaba los ojos. Los chicos a veces reaccionan así o se impresionan al verle las arrugas de las manos. Aunque Micaela parece más tímida de lo normal. Enseguida la madre la retó por maleducada y quiso obligarla a saludar. Emilia intercedió y dijo que pobrecita, seguro estaría cansada de que los grandes le pellizcaran esos cachetes preciosos que tiene.

Ahora la veo venir apurada de la cocina, secándose las manos con el repasador. Al principio pienso que tocaron el timbre y no lo sentí, pero Emilia no se desata el delantal ni se dirige a la puerta. Me hace el gesto de que baje el televisor, a pesar de que sabe que no escucho un pito. Como no le hago caso, agarra ella misma

el control remoto. Luego hace otro gesto para que me calle y preste atención (a veces me da la espina de que se divierte a costa de mi sordera). Empuja la mesita del teléfono, se acomoda el pelo detrás de las orejas y se apoya contra la pared que compartimos con el departamento vecino. Lo hace muy despacio, como si el peso de su cuerpo pudiera tirar esa pared abajo. Me acerco a pedirle explicaciones, pero ella me responde con un hilo de voz y no termina las frases. Finalmente me doy por vencido y apoyo también una oreja.

Sólo si contengo la respiración y cierro los ojos para concentrarme mejor, apenas por un momento alcanzo a oír los gritos de la pareja y el llanto de la nena. Después es como si alguien me hundiera la cabeza en el agua. Mi señora se muerde los labios, baja la mirada y niega con un gesto. Antes de que acote nada, le señalo que no podemos entrometernos en la vida de los vecinos. Ella se olvida de cuando Fito tenía la misma edad que Micaela. El pibe a veces se ponía revoltoso o la agarraba en un mal día y la sacaba de quicio y Emilia, más de una vez, terminaba cruzándole un sopapo. Aunque ya sé lo que me va a contestar: que antes era otra época y a los chicos se los criaba diferente. Empieza a sentirse olor feo. Emilia corre hasta la cocina y carajea porque se le quemó el arroz. Le digo que no se preocupe, que igual se me había ido el hambre.

Pasan los días y no vuelve a repetirse la escena. Sin embargo, yo sigo escuchando los gritos en mi cabeza. Son como los granitos de arroz que se pegotean en el fondo de la cacerola. Miro menos tele porque me cuesta concentrarme y a veces, mientras mi señora está ocupada en otra cosa, me descubro apoyando nuevamente

Cristian Godoy (Ciudad de Buenos Aires, 1983). Publicó los libros de cuentos *Galletitas importadas* (Pánico el Pánico, 2011) y *Santa Rita* (Exposición de la Actual Narrativa Rioplatense, 2014). Algunos de sus cuentos también se publicaron en revistas literarias como *Lamujerdemivida* y en antologías como *Trece* (Grupo Alejandría, 2011), *Cuentos raros* (Ediciones Outsider, 2012) y *Vivan los putos* (Eloísa Cartonera, 2013). Su primera novela, *Campeón*, aún inédita, obtuvo en 2011 el primer lugar en el Premio Municipalidad de San Salvador de Jujuy. “Ruidos molestos” está inédito en libro.



Foto: Marién Alhamonte Pizarro

la oreja contra la pared. Tengo el recuerdo de los caracoles que levantaba en la playa y de cómo me los ponía en la oreja para tratar de oír las olas. Pensar que al principio me amargaba que la nena pudiera armar demasiado bochinche y ahora lo que no me deja dormir siesta es este silencio constante, interrumpido únicamente por el ruido que hace Emilia con la bombilla cada vez que toma mate sola en la cocina.

Hacía mil años que mi señora no cocinaba bizcochuelo y espero que no le haya perdido la mano. Hay que sujetar la puerta del horno con un alambrecito porque, si no, se abre sola. La de veces que propuse ir a la casa de electrodomésticos y comprar uno nuevo. Pero Emilia me discute que los hornos de ahora no calientan igual que los de antes. Ella qué sabe... Siempre le insisto en que se puede lastimar con la puerta rota, que ya probé de arreglarla y no hubo caso. Podríamos aprovechar y comprar uno moderno con sistema autolimpiante, o como cuernos se llame, que mi señora no tiene edad para estar agachándose. Pero es así de caprichosa desde que la conozco y no cambia más. A esta altura de la vida, la dejo que haga lo que quiera y se embrome. Yo seré sor-do, pero ella no escucha.

Intento probar un pedacito ahora que la masa está humeante, que pela, pero Emilia me pega en los dedos con la espátula. El bizcochuelo es para compartir, me reta. Le pregunto si viene Fito de visita, lo cual me parecería extraño siendo un día de semana a la tarde. Emilia me aclara que no, pero que tiene ganas de invitar a la nena a tomar la merienda. ¿Por qué siempre cocina para los demás? Se alisa el batón, se acomoda el pelo (no necesita verse en el espejo), sale un segundo al palier

y me pide que, mientras tanto, controle el horno. Sin embargo, resulta que los vecinos no están. No sé quién se va a comer todo ese bizcochuelo. Nos va a salir por las orejas.

La siguiente vez que se cruzan en el ascensor, la madre de Micaela finge no ver a mi señora y le cierra la puerta en la cara. Emilia dice que en el apuro la mujer empujó demasiado fuerte a la nena y la hizo tropezar, que la cabina se hundió unos centímetros a causa de los pisotones. Y que la criatura tenía un moretón en el brazo; al menos, eso leo yo en sus labios, porque para decirme esto último Emilia baja notablemente la voz. Entonces le recuerdo que los chicos son unas bestias endemoniadas que corren, saltan y trepan llevándose todo por delante, que nunca se cansan, que entre amiguitos se pegan patadas y manotazos. Mi señora me retruca que Micaela recién tiene tres años y nunca viene ningún amiguito a visitarla. A mí me revienta que mi mujer se agarre siempre de la última palabra que dije para usarla en mi contra.

Me pide que haga algo por la nena. Se pone a lloriquear.

Toco el timbre sin saber aún qué voy a decir. Emilia me espía a través de la mirilla: no dejé que me acompañara porque no me gusta armar conventillo. Me atiende el hombre, que hace un rato volvió del trabajo (esperé hasta esta hora a propósito). Todavía tiene puesta la corbata y se le nota el cansancio. Un tema así de delicado no es para hablar en el pasillo, pero tampoco puedo mandarme de prepo en su casa. Invento que el motor de su heladera se escucha desde nuestra habitación y nos está volviendo locos, que el ruidito empezó la noche anterior,

que él no tiene la culpa de que en este edificio las paredes sean de cartón.

El hombre abre la puerta del todo y me invita a pasar. Como no se molesta en cerrarla, entiendo que planea sacarme rápido de encima. Mientras lo acompaño a la cocina, se disculpa por el desorden. Se le ocurre que tal vez su mujer, limpiando, no se dio cuenta y corrió el aparato. Pero al final resulta que hay cinco o más centímetros de separación entre la heladera y la pared. El tipo acaba de asomarse por detrás de la mesada y me sugiere que haga lo mismo, así me quedo tranquilo. Le aclaro que no hace falta, que le creo y además estoy jodido de la espalda. Me siento un viejo papelonero. Quiero irme cuanto antes.

No bien me doy vuelta, me llevo un susto bárbaro porque Micaela apareció de la nada. Se mantiene quieta en el umbral, donde las luces no están prendidas. Hasta que el padre también la descubre y le ordena que se vaya y no estorbe. Yo hago lo mismo, como si la orden estuviera dirigida a mí. Me despido sin haber logrado mi propósito, ni siquiera pude fijarme si la nena tenía el supuesto moretón. Emilia me abre la puerta antes de que yo meta la llave. A mi vecino en general se le traba la cerradura de abajo y tarda en cerrar; como vio que Emilia me estaba esperando detrás de la puerta, nos mira a ambos con cara de desconfianza.

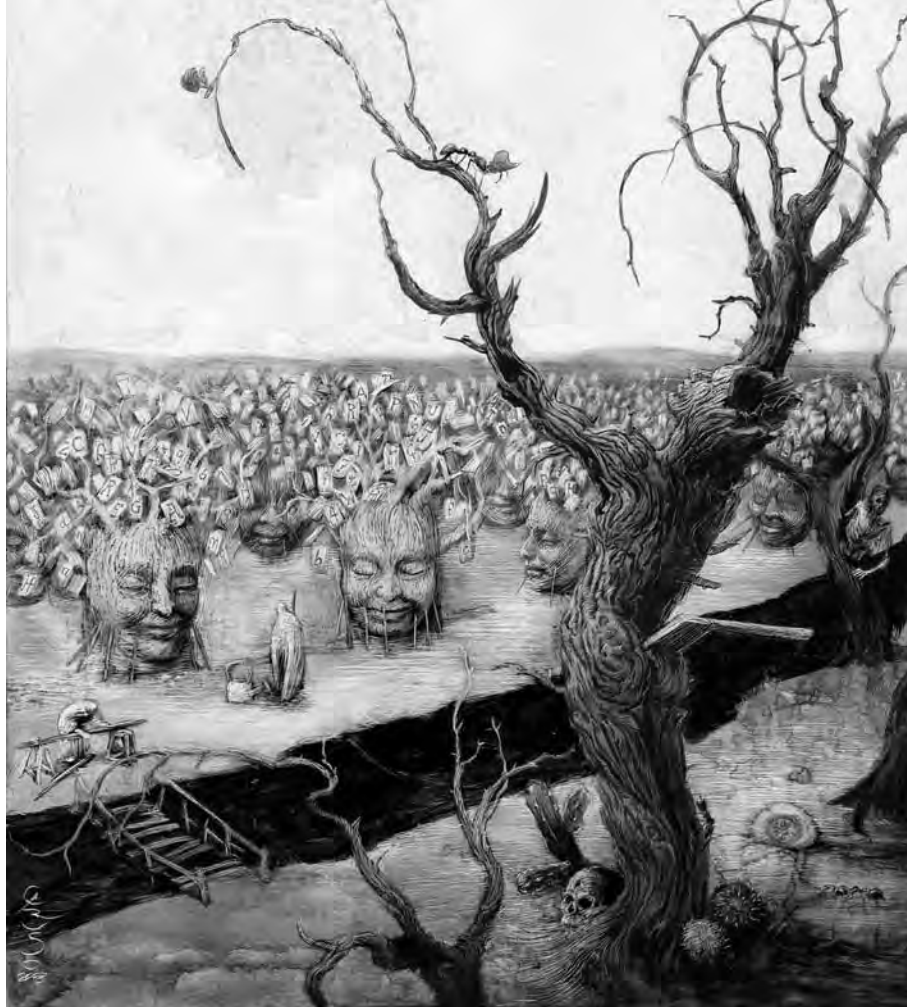
No sé para qué nos acostamos tan temprano si después nos cuesta tanto dormir. Será por aburrimiento o por el cansancio de los huesos, las ganas de mantener los ojos cerrados y no ver más al otro, que los anteojos no sigan lastimando la nariz, que la dentadura tampoco jorobe. Las pastillas que le recetó el doctor a Emilia para cu-



La voz del amo, esgrafiado y color, 2010

rar el insomnio no nos hacen efecto a ninguno de los dos. Todas las noches probamos tomar un vasito de vino tinto y comer liviano. Algunos dicen que hay que tomar leche caliente quince minutos antes de irse a la cama, que eso relaja y ayuda. Otros aconsejan salir a caminar, aunque de noche en esta ciudad no se puede poner un pie afuera porque te roban o te hacen algo mucho peor. En la habitación tenemos una segunda tele, pero, como es viejita, la ficha del cable no encaja. Y la radio me tiene podrido que ni te cuento.

Al rato, me calzo las pantuflas y me levanto para ir al baño. Al pasar por el comedor, creo escuchar retos y gritos otra vez. No es que me haya curado de los oídos, sino que los vecinos gritan más fuerte que las veces anteriores. Justo cuando me acerco a la pared, retumba. Acaban de pegarle un puñetazo, imagino que del otro lado cae un poco de polvillo de la pintura, me parece además que arrastran las patas de una silla. Por más que lo intento, no consigo distinguir la vocecita ni



Fuera del sistema, esgrafiado y color, 2008

el llanto de Micaela entre semejante barullo y eso me preocupa más que cualquier otra cosa. Emilia pregunta desde la habitación qué sucede, por qué me tardo. Le digo que no pasa nada, que se quede en la cama y trate de dormir, que nos olvidamos de sacar la basura.

En el pasillo no hay un alma. Me pregunto cómo puede ser que el resto de los vecinos no se den por enterados. Aunque mantenga el dedo apretado y reviente el timbre, nadie piensa abrir esa puerta. ¡Abran, che!, digo como para que me escuchen solamente los padres de la nena. Pero no sé si me escucharon y se están haciendo los sotas o si es mi culpa por no gritar ni pegarle patadas a la puerta. Me quedo un rato más esperando, mientras la cabeza no para de susurrarme cosas y ellos no paran de pelearse. Tengo que aceptar que ya estoy demasiado grande para estos trotes. Emilia, como siempre, se caga en lo que le dije y sale a ver qué pasa. Antes de que mueva otro pie, la atajo y la obligo a meterse de vuelta en el departamento. Yo entro con ella y cierro la puerta, al lado siguen los gritos. Emilia piensa llamar a la comisaría. Mientras sostiene el tubo, noto que le transpira la frente y le tiemblan las manos. Cuando le digo que nos van a citar a declarar, parece entrarle la duda y no se decide a marcar el número. **P**

La Hostería

Mariana Enriquez

El humo del cigarrillo le daba náuseas, siempre le pasaba lo mismo cuando su madre fumaba en el auto. Pero no se atrevía a pedirle que lo apagara, porque ella estaba de muy mal humor. Resoplaba y el humo le salía por la nariz y se le metía en los ojos. En el asiento de atrás escuchaba música su hermana Lali con los auriculares incrustados en los oídos. Nadie hablaba. Florencia miró por la ventanilla las mansiones de Los Sauces y esperó con ganas el túnel y el dique y los cerros colorados. Nunca se cansaba del paisaje a pesar de que lo veía varias veces por año, cada vez que iban a la casa de Sanagasta.

Este viaje era distinto. No era por gusto. Su papá casi las había obligado a irse de La Rioja. Toda la noche anterior Florencia había escuchado la pelea y a la mañana la decisión estaba ya tomada: hasta las elecciones, mientras su papá estuviera en campaña para concejal de la capital, ellas se iban a Sanagasta. El problema era Lali. Salía todos los fines de semana y se emborrachaba y tenía muchos novios.

Lali, quince años, el pelo largo hasta debajo de la cintura, lacio y oscuro; era hermosa, aunque tenía que usar menos maquillaje, abandonar las uñas largas y coloradas y aprender a caminar con tacos; Florencia la veía con sus botas nuevas y le daba risa verla chueca y lenta, con tanto cuidado; le parecía ridícula la sombra azul que usaba en los párpados y los aros de perlas tan horribles. Pero entendía que a los hombres les gustara y que su papá no la quisiera dando vueltas por La Rioja durante la campaña. Florencia había tenido que defender a su hermana varias veces después de clases, a las piñas. Tu hermana la puta, la trola, la petera, la chupapija, ya le

hicieron el culo o qué. Siempre eran chicas las que insultaban a Lali. Una vez había vuelto a casa con un labio partido después de una pelea en la esquina de la escuela y, mientras se lavaba en el baño y pensaba la mentira que iba a decirles a sus padres —que le habían dado un pelotazo en la cara en el entrenamiento de vóley—, se sintió una estúpida. Su hermana nunca le agradecía que la defendiera. Nunca le hablaba, en realidad. No le importaba lo que dijeran de ella, no le importaba que Florencia se peleara por ella, no le importaba Florencia. Se la pasaba en su habitación probándose ropa y escuchando música estúpida, pavadas románticas, *vas a verme llegar, vas a oír mi canción, vas a entrar sin pedirme la llave, la distancia y el tiempo no saben la falta que le haces a mi corazón*, todo el día la misma canción, daban ganas de matarla. A Florencia le caía mal su hermana, pero no podía evitar enojarse cuando la trataban de puta. No le gustaba que trataran a nadie de puta: se hubiera peleado por cualquiera.

A ella nunca iban a tratarla de puta, eso lo tenía clarísimo. Abrió la ventanilla para ver mejor el dique y la Pollera de la Gitana, esa parte del cerro que parecía la marca de una catarata de sangre ya seca. El aire apenas húmedo le llenó la boca. A ella iban a decirle tortillera, mostra, enferma, quién sabe qué cosas.

Mamá, poné música, querés, que se me gastaron las pilas, dijo Lali.

No jodas, hija, que se me parte la cabeza y tengo que manejar.

Qué aburrida que sos.

Callate, Lali, porque te reviento.

Cómo estaba la cosa, pensó Florencia. A su mamá no



Freemen and slaves, esgrafiado y color, 2011

le gustaba Sanagasta. Como muchos riojanos, se iba al pueblo en el verano, cuando el calor de la capital alcanzaba los cincuenta grados y a la siesta no se podía dormir y daban ganas de morir. Pero siempre hablaba de Uspallata o del mar, estaba harta de ese pueblo sin restaurantes, con gente cerrada y antipática y el mercado artesanal, que nunca variaba la oferta, ¡ni siquiera cambiaban las cosas de lugar! Estaba harta de la procesión de la Virgen Niña, de las grutas por todas partes, de que en el pueblo hubiera tres iglesias y ningún bar para tomarse un café. Si alguien le decía que se podía tomar un café en la Hostería, se sulfuraba también. Estaba harta de la Hostería. De la amabilidad de Elena, la dueña,

que a ella le resultaba una mujer falsa y creída. Harta de que la única diversión fuera cenar pollo al horno en la Hostería, jugar a la ruleta y las maquinitas en el casino de la Hostería, conocer a algún turista europeo en la Hostería. Por suerte, solía decir, ellos tenían pileta de natación en su propia casa; si no, hubieran tenido que usar la de la Hostería y ahí ella se volvía loca. Ni una parrilla había en el pueblo, rezongaba. Ni una parrilla.

Llegaron a Sanagasta al mismo tiempo que la primera combi de la tarde, cerca de las seis y media. El sol, ya bajo, les cambiaba el color a los cerros y el verde de los árboles del valle era de musgo aterciopelado. Lali

Mariana Enriquez (Ciudad de Buenos Aires, 1973). Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata. Trabaja como subeditora del suplemento *Radar* del diario *Página/12*. Publicó las novelas *Bajar es lo peor* (Espasa Calpe, 1995; Galerna, 2013) y *Cómo desaparecer completamente* (Emecé, 2004), la colección de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (Emecé, 2009), la *nouvelle Chicós que vuelven* (Eduvim, 2010), el libro de crónicas *Alguien camina sobre tu tumba* (Galerna, 2013) y el perfil biográfico *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2014). Parte de su obra se tradujo al alemán y al italiano. El cuento que presentamos se publicó en la antología *Mi madre es un pez* (Libros del Silencio, Barcelona, 2011).



Foto: Nora Lezano

lloraba. Ella detestaba Sanagasta y estaba tan enojada, tan convencida de que cuando terminara la secundaria se escaparía a Córdoba, donde vivía uno de sus novios... Florencia había escuchado el plan de huida cuando se lo contaba por teléfono a una amiga.

La casa estaba bastante fresca y su mamá, siempre friolenta, encendió la estufa. Florencia salió al parque: la casa de fin de semana de su familia era bastante pequeña porque su papá había preferido una construcción chica y un terreno muy grande para tener pileta, árboles, mucho espacio para que los perros corrieran, una glorieta y hasta flores, le encantaban las flores, mucho más que a su mamá, que prefería los cactus. Florencia se sentó en el sillón hamaca y empezó a identificar los colores: naranja y fucsia de las flores, turquesa de la pileta, verde tuna, rosado de la casa. Le mandó un mensaje a su mejor amiga, Rocío, que vivía en Sanagasta: Ya llegué, pasó a buscarme.

Tenían mucho de qué hablar: Rocío le había adelantado por mail que también había bardo en su casa. Es decir, que había problemas con su papá, porque la familia de Rocío era mínima: su mamá estaba muerta y no tenía hermanos. Rocío mensajeó que se encontraran en el quiosco, que ya estaba abierto, y Florencia salió corriendo sin avisar, con algo de plata en el bolsillo para tomar una Coca. De todo lo que le gustaba de Sanagasta, una de sus cosas favoritas era poder irse sin avisar y que sus padres no se enojaron ni se asustaran.

Había olor a quemado en el aire, probablemente una fogata de hojas caídas. Era el momento más lindo del día. Rocío la esperaba sentada en una de las sillas de plástico del quiosco —que servía sandwichs y empanadas

a la noche— con shorts de jean desflecados, una remera blanca, el pelo suelto y la mochila debajo de la mesa. Florencia la besó, se sentó y no pudo evitar mirarle las piernas, el vello dorado que con la luz del atardecer parecía brillantina desparramada. Pidieron una Coca de dos litros y Florencia quiso saber todo.

Hacía años que el padre de Rocío trabajaba en la Hostería como guía turístico: llevaba a los huéspedes al parque arqueológico, al dique, a la Cueva de la Salamanca. Era el empleado favorito: usaba la 4x4 de la dueña cuando se le rompía la camioneta, comía gratis en el restaurante cuando quería, usaba el pool y el metegol sin pagar. En el pueblo decían que era el amante de Elena. Rocío lo negaba, su papá no iba a meterse con la dueña de la Hostería, esa estirada, decía. Florencia había hecho todos los recorridos turísticos con Rocío y su papá. Él era un guía increíble, cuidadoso y simpático: tan entretenido que uno no se cansaba aunque estuviera trepando cerros bajo un sol tremendo.

No te puedo creer que la Elena echó a tu papá, ¿qué pasó?

Rocío se limpió la Coca-Cola que le había quedado sobre el labio, un bigote marrón.

Las cosas andaban medio mal, le contó, porque Elena tenía problemas de plata y estaba histérica, pero se fue todo a la mierda cuando su papá les contó a unos turistas de Buenos Aires que la Hostería había sido una escuela de policía hacía treinta años, antes de ser hotel.

Pero tu papá siempre dice eso en los paseos, cuando cuenta la historia del pueblo, dijo Rocío.

Y sí, pero Elena no sabía. A estos turistas el dato les re interesó, quisieron saber más y le preguntaron a Elena

directamente. Ella se enteró ahí de que mi papá contaba de la escuela de policía y se pelearon y lo echó.

¿Por qué se enojó tanto?

No quiere que los turistas piensen mal, dice mi papá, porque fue escuela de policía en la dictadura, ¿te acordás de que lo estudiamos en el colegio?

¿Qué, mataron gente ahí?

Mi papá dice que no, que Elena se persigue, que ahí fue escuela de policía nomás.

Después, Rocío dijo que era una excusa de Elena lo de la escuela de policía en la dictadura, que no le importaba nada esa historia, si había comprado la Hostería hacía diez años apenas. Que estaba de culo con su papá y lo quería echar, que se agarró de eso nomás. Andaba mal de plata, tenía que echar gente. Elena le había quitado a su papá la llave de la Hostería, le había pedido plata para arreglar algunas cosas de la camioneta que él no había roto, que estaban deterioradas por uso nada más, y le había prohibido que hiciera los tours por su cuenta con amenaza de juicio. Y todo sin pagarle el último mes de trabajo.

Pero él los puede hacer igual los paseos, qué tiene que ver.

No los va a hacer más, no quiere tener problemas. Aparte, dice que está harto de los sanagasteños, se quiere ir de acá.

Rocío se terminó su vaso de Coca y llamó al perro del quiosco, que se acercó enseguida y pareció decepcionado cuando recibió caricias en vez de comida.

Yo no me quiero ir, me gusta acá, quiero hacer la secundaria en La Rioja, con vos y con las chicas.

Florencia se agachó a acariciar las orejas del perro, que se le había acercado para probar suerte; así podía esconder un poco la cara, no quería que Rocío la viera a punto de llorar. Si se iba de Sanagasta, se escapaba con ella, no le importaba nada. Pero entonces escuchó la mejor noticia posible, la mejor noticia que había escuchado en su vida.

Le dije, le pedí que nos quedáramos y mi papá me dijo que de Sanagasta nos íbamos pero nomás para La Rioja, él ya habló para un trabajo ahí con la secretaria, ¿no es buenísimo?

Florencia apretó los labios y después dijo que era

genial. Se terminó su vaso de Coca-Cola para tragarse la emoción. Vamos para la plaza de las rosas, dijo Rocío, que se abrieron los pimpollos, no sabés lo lindas que están las flores.

El perro las acompañó y también un resto de Coca-Cola en la botella. Ya era casi de noche. Todas las calles del centro de Sanagasta estaban asfaltadas e iluminadas. A través de las ventanas de algunas casas se podía ver a la gente reunida, sobre todo mujeres, rezando el rosario. A Florencia le daban un poco de miedo esas reuniones cuando había velas encendidas y el resplandor titilante iluminaba las caras y los ojos cerrados. Parecía un funeral. En su familia nadie rezaba. En eso eran muy raros.

Rocío se sentó en uno de los bancos y dijo: Por fin, Flor, ahora te puedo contar, allá en el quiosco no daba, a ver si nos escuchaban. Me tenés que ayudar en una cosa.

En qué.

No, primero decime que me vas a ayudar, prométeme.

Bueno.

Ahora te puedo mostrar, entonces.

Rocío abrió la mochila que había cargado todo el camino hasta la plaza y le mostró el contenido, que, bajo la luz del farol, hizo saltar a Florencia: le pareció que esa carne era un animal muerto, un pedazo de cuerpo humano, algo macabro. Pero no: eran chorizos. Para aliviarse y para que Rocío no se riera de su momento de pánico, dijo: ¿Qué querés, que te ayude a hacer un asado?

No, boluda, es para hacerla cagar a la Elena.

Entonces Rocío explicó su plan y en sus ojos se notaba que odiaba a Elena. Sabía, se le notaba, que era novia de su papá. Sabía que habían discutido por el tema de la escuela de policía, pero el verdadero problema era otro. Aunque no lo admitía. Solamente era obvio por cómo hablaba de ella, porque le temblaba la voz de alegría cuando se la imaginaba humillada. Era obvio que quería castigar a Elena y defender a su mamá. Florencia hizo fuerza con la mente, le habían dicho una vez que, si deseaba algo de verdad, podía lograr que sucediera y ella quería que Rocío confiara en ella, que se confesara. Si lo hacía, serían inseparables. Pero Rocío no lo hizo y a Florencia sólo le quedó aceptar reunirse

con ella, después de cenar, en la parte de atrás de la Hostería, con una linterna.

Se podía entrar en el parque por la zona donde estaba la pileta, esa parte estaba siempre abierta. En Sanagasta nadie cerraba las puertas que daban a la calle, además. La Hostería estaba fuera de temporada, así que el edificio que quedaba en medio del parque sí estaba cerrado. Solamente se usaba el edificio de adelante, de oficinas, que daba a la calle; la separación era el casino, ubicado en el medio, también cerrado salvo que alguien lo alquilara para un evento especial. La forma de la Hostería era extraña y, en efecto, se parecía muchísimo a un cuartel.

Florencia y Rocío entraron descalzas para no hacer ruido. Tenían llaves del edificio central porque el papá de Rocío se había quedado con un juego de la puerta de atrás y una copia de la llave maestra de las habitaciones. Seguramente pensaba devolverlas y en el furor de la pelea se había olvidado, pensaba Rocío. Pero, en cuanto las vio, tuvo la idea: entrar en la Hostería por la noche, cuando la encargada dormía en una habitación del edificio de adelante, en las oficinas, bien lejos. Entrar en varias habitaciones, hacer un agujero en los colchones —que eran de gomaespuma: para tajarlos ni siquiera necesitaba un buen cuchillo—, meterles adentro un chorizo y volver a hacer la cama. En un par de meses, el olor a carne en descomposición iba a resultar insoponible y, con suerte, tardarían mucho en encontrar el origen de la peste. A Florencia la sorprendió la maldad del plan y Rocío le dijo que había visto el método en una película.

No bien abrieron la puerta, apareció el Negro, uno de los perros de la Hostería, el más guardián. Pero el Negro conocía a Rocío y le lamió la mano. Para tranquilizarlo todavía más, ella le dio uno de los chorizos y el Negro se fue a comerlo cerca de un cactus. Entraron sin problemas. El pasillo estaba muy oscuro y, cuando Florencia encendió la linterna, sintió un miedo bestial. Estaba segura de que iba a iluminar una cara blanca que correría hacia ellas o que la luz dejaría ver los pies



Golpe a golpe, esgrafiado y color, 2010

de un hombre escondiéndose en un rincón. Pero no había nada. Nada más que las puertas de las habitaciones, algunas sillas, el cartel que indicaba los baños, la salita de internet con la computadora apagada y algunas fotos enmarcadas de las Chayas de años anteriores —la Hostería siempre se llenaba en la Chaya y se organizaban festivales chayeros en el parque.

Rocío le hizo señas para que se apurara. Estaba muy linda en la oscuridad, pensó Florencia, con el pelo atado en una cola de caballo y un pulóver oscuro, porque de noche en Sanagasta siempre hacía frío. En el silencio

del edificio vacío podía escuchar su respiración agitada. Estoy re nerviosa, le susurró Rocío al oído y se llevó la mano de Florencia que no cargaba la linterna al pecho. Sentí cómo me late el corazón. Florencia dejó que Rocío apretara su mano contra esa tibieza y sintió una sensación extraña, ganas de hacer pis, un hormigueo en la panza. Rocío le soltó la mano y se metió en una de las habitaciones, pero la sensación se quedó ahí y Florencia

tuvo que agarrar la linterna con las dos manos porque la luz temblaba.

Tajear el colchón con el cuchillo de cocina que traían resultó fácil, tal como Rocío había vaticinado. Tampoco costó introducir un chorizo en el agujero. De costado, la abertura del cuchillo se notaba, pero, cuando entre las dos pusieron las sábanas otra vez, el truco resultaba perfecto. Nadie podría darse cuenta de que el colchón ocultaba carne; por lo menos, no enseguida. Lo hicieron en dos habitaciones más y Florencia, que empezaba a tener miedo, dijo por qué no nos vamos, ya está. No, tengo seis chorizos más, dale, dijo Rocío, y Florencia tuvo que seguirla.

Se metieron en una habitación que daba a la calle, tenían que tener mucho cuidado de que no se viera desde afuera la luz de la linterna porque la persiana que daba al exterior no estaba bien cerrada, si hasta entraba un poco de la iluminación de los faroles. A esa hora no andaba nadie por Sanagasta, pero nunca se sabía. ¿Si alguien se pensaba que había ladrones en la Hostería y les disparaban? Todo podía ser. Lograron hacer el tajo, meter el chorizo y armar la cama sin problemas.

Ay, estoy cansada, dijo Rocío, tirémonos un rato. Sos loca vos.

No pasa nada, dale, descansemos.

Pero, cuando iban a acostarse sobre la cama matrimonial recién hecha, desde afuera llegó un ruido que las obligó a agacharse, asustadas. Fue repentino e imposible: el ruido del motor de un auto o de una camioneta, a un volumen tan alto que no podía ser real, tenía que ser una grabación. Y después otro motor más y entonces alguien empezó a golpear con algo metálico las persianas y las dos se abrazaron en la oscuridad gritando porque a los motores y los golpes en la ventana se les agregaron corridas de muchos pies alrededor de la hostería y gritos de hombres; y los hombres que corrían ahora golpeaban todas las ventanas y las persianas e iluminaban con los faroles del camión o camioneta o auto la habitación donde ellas estaban, por entre las rendijas de la persiana podían ver los faroles, el coche estaba subido al jardín y los pies seguían corriendo y las manos golpeando y algo metálico también golpeaba y se escuchaban gritos de hombre, muchos gritos de hombre,



Volviendo de la muerte, esgrafiado y color, 2006

alguno decía “vamos, vamos”, se escuchó un vidrio roto y más gritos. Florencia sintió cómo se hacía pis y no pudo contenerse, no pudo y tampoco podía seguir gritando porque el miedo no la dejaba respirar.

Los faroles del auto se apagaron y la puerta de la habitación se abrió de par en par.

Las chicas intentaron levantarse, pero temblaban demasiado. Florencia creyó que se iba a desmayar. Escondió la cara en el hombro de Rocío y la abrazó hasta lastimarla. Habían entrado dos personas. Una encendió la luz y las chicas reconocieron apenas a Elena, la dueña de la Hostería, y a la empleada que cuidaba la Hostería a la noche.

Qué hacen acá, dijo Elena cuando las reconoció, y la empleada bajó la pistola que tenía en la mano. Enojada, Elena las levantó de los hombros, pero se dio cuenta de que las chicas estaban demasiado asustadas: las había escuchado gritar como si las estuvieran matando. Sus propios gritos las delataron. Las chicas no le tenían miedo a ella: algo más había pasado, pero Elena no se explicaba qué y, cuando quiso interrogarlas, ellas lloraban o le preguntaban si eso había sido la alarma de la Hostería, qué había sido ese ruido y los tipos que golpeaban. Qué alarma, dijo Elena varias veces, de qué tipos hablan, pero las chicas no parecían entender. Una de las dos, la hija del abogado candidato a concejal, se había hecho pis encima. La hija de Mario tenía una mochila llena de chorizos. Qué era todo eso, por Dios. Por qué habían gritado así y durante tanto tiempo: Telma, la empleada, decía que las había escuchado llorando y aullando unos cinco minutos.

Fue la hija de Mario la que habló primero y con más tranquilidad: les dijo que habían escuchado autos, habían visto faroles, les habló otra vez de corridas y golpes en las ventanas. Elena se enojó. La pendeja le mentía, le inventaba esa historia de fantasmas para arruinarle la Hostería como había querido arruinársela Mario; la traicionaba como Mario, seguramente por orden de Mario. No quiso escuchar más. Llamó por teléfono a la mujer del abogado y a Mario, les contó que había encontrado a las chicas en la Hostería y les pidió que las vinieran a buscar. Esta vez no llamo a la policía, les dijo, pero, si hay una próxima, van a pasar la noche en la comisaría.

Rocío y Florencia se separaron de su abrazo a los tirones cuando vinieron a buscarlas. Mañana te llamo, se dijeron; fue todo cierto, nos puso una alarma, no, no era una alarma, se decían cosas al oído y no escuchaban el enojo de sus padres, que exigían explicaciones, explicaciones que no iban a recibir esa noche. La mamá de Florencia le cambió los pantalones meados a su hija en silencio, con cara de preocupada. Mañana me contás todo, dijo, y le costaba seguir fingiendo enojo: se la notaba un poco asustada. Ah, y no la ves más a tu amiga, eh. Hasta que tu padre diga que volvemos a La Rioja, te quedás en casa todo el tiempo. Castigada y sin protestar. Pendejas de mierda, a mí quién me mandó esta desgracia, se puede saber.

Florencia se subió la frazada hasta casi taparse la cara y decidió que nunca más iba a apagar el velador. No le preocupaba la amenaza de no ver a Rocío: tenía el celular con mucho crédito y sabía que, eventualmente, su mamá iba a aflojar. Ahora le preocupaba mucho más dormir. Tenía miedo de los hombres que corrían, del auto, de los faros. ¿Quiénes eran, adónde se habían ido? ¿Y si venían a buscarla otra vez, otro día? ¿Y si la seguían hasta La Rioja? La puerta de su habitación estaba entreabierta y empezó a transpirar cuando vio que alguien se movía en el pasillo, pero era solamente su hermana.

Qué pasó.

Nada, dejame.

Te *measte*. Algo pasó.

Dejame.

Lali frunció la boca y después le sonrió.

Ya vas a contar, no te va a quedar otra, una semana encerrada conmigo en esta casa de mierda. Olvidate de tu amiguita.

Andate a la mierda.

Andate a la mierda vos. Y te conviene contarme porque si no...

Si no qué.

Si no, le cuento a mamá que sos tortita. Todo el mundo se da cuenta menos ella, boluda. Te agarraron a los chupones con tu amiga, ¿no?

Lali se rió, señaló a Florencia con el dedo y cerró la puerta. ●

Historias familiares

Daniel Gigena



María M. Lobo

Un pequeño militante del PO

Buenos Aires, Pirani Ediciones, 2014

A partir de 2009, varios escritores argentinos (Hebe Uhart, Samanta Schweblin, Eduardo Muslip, Federico Falco y Maximiliano Tomas, ente otros) participaron de un taller de narrativa en el Centro Cultural Virla, en la provincia de Tucumán. Una de las organizadoras de los encuentros, María Lobo (nacida en 1977) publicó este año su primer libro en una editorial independiente de la ciudad de Buenos Aires. En *Un pequeño militante del PO* —título de uno de los cuentos del volumen— se perfila cierta excentricidad temática provista por la distancia con respecto a la centralidad de Buenos Aires y por el desarrollo de nuevas sensibilidades en la literatura argentina, vestida a veces —algo inevitable— con viejas formas.

Los seis cuentos de Lobo, presentados por Muslip como una constelación en la que cada personaje brilla como una estrella con luz propia, mantienen una calidad uniforme regulada por la distancia de los diferentes narradores con relación a los hechos y por el encadenamiento hábil de la información. Los dos primeros cuentos, situados en sendos escenarios de la clase alta tucumana, en mansiones con jardines, bosques y piscinas, con personajes que manejan empresas exportadoras y que administran negocios e incidentes domésticos en vuelos transoceánicos, son los mejores del conjunto. “Salvajes”, que cuenta la relación de una chica con sus padres, separados por un motivo velado (velado para los personajes: la homosexualidad *crossdresser* de Marcos, el padre), salta de la infancia de Celina a su juventud, cuando ella estudia Bellas Artes y trabaja en comunidades aborígenes. “En los años que compartieron Celina y Marcos, él jamás perdió las esperanzas de que su hija abandonara la militancia popular y se ocupara de la administración de sus propiedades: el campo, las vacas y los caballos.”


Personajes femeninos y masculinos, algunos de ellos narradores en uno u otro relato, parecen intercambiables. La voz cauta y displicente que Lobo les presta a unas y otros alimenta el mismo caudal; la concordancia de sus observaciones, una respuesta semirreflexiva o la acción confusa que sigue a las palabras propias y ajenas es lo que provee el espesor de unas conciencias híbridas, astutas, deliberadamente maniqueas.

Este recurso le permite a los lectores, inclusive, imaginar cómo hubiera sido contada la misma historia si el foco narrativo hubiera recaído en otro personaje.

El contrapunto entre las historias personales y el contexto social adquiere en estas ficciones de Lobo casi siempre un sesgo decepcionante, como si los dos factores se parasitaran uno al otro. El cuento que da título al volumen (que hace referencia al Partido Obrero argentino, de orientación trotskista) es un buen ejemplo de esa estrategia para amortiguar y al mismo tiempo afirmar la decepción ante el estado de las cosas. En referencia a un pájaro que vuela apartado del resto (pero también a un ex novio de Amalia, la protagonista del relato), el “pequeño militante del PO” aparece así en palabras de la abuela Grey, quien establece las perennes coordenadas del imperio familiar: “¿Ves que no va a llegar a la altura y lo intenta igual? ¿No es un amor?”

Bajo la forma de pequeños milagros verbales, como la amalgama de los pájaros y la ideología en la frase de la tierna autócrata, se construye (en palabras de la autora) “una sensibilidad frágil”. Tanto las elipsis temporales, poco frecuentes para el formato elegido (en el primer cuento hay una que abarca más de diez años), como distintos niveles de sobreentendidos (entre los personajes, entre la voz narrativa y los personajes, entre esa voz y los lectores) aligeran la escritura de Lobo y le permiten condensar significados diversos, no sólo contrapuestos, sino también —y preferentemente— paradójicos.

En “Baby”, la acción se reparte entre Madrid y un pequeño pueblo de Argentina. Narrada en pasado, futuro y futuro perfecto (“Con el paso de los años, Patricia habrá ido al sur”), un triángulo sentimental se superpone e incluso pierde interés dramático con la serie de exilios forzados y voluntarios de los personajes. Los otros cuentos de Lobo transcurren en territorio tucumano. Cuentan casi siempre historias familiares, con parejas heterosexuales en primerísimo plano, sin hijos, acaso sin ganas de tenerlos, con proyectos moldeados por el hábito, la imitación de los demás y algunas curiosas leyes no dichas.

“Si a Laura se le ponía una idea en la cabeza, eso estaba escrito”, se lee en “La histeria de los pájaros”, donde un padre médico, viudo, cree que aún la Facultad de Medicina está poblada de “topos” (es decir, de informantes al servicio de los militares, como en la época de la dictadura, cuando él estudiaba). Los militares, con apoyo de sectores civiles, derribaron el gobierno democrático un año antes del nacimiento de María Lobo: ese trauma social, en plena vigencia todavía en la literatura argentina, adopta en este cuento final un leve acento desquiciado que parece cuestionar, si no el agotamiento, la sobreexplotación de ese universo narrativo. 

Daniel Gigena (Ciudad de Buenos Aires, 1965). Estudió en el Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González. Desde 1997 coordina el área de traducciones y correcciones del Grupo Editorial Planeta Argentina. Con Mercedes Gtairaldes coordinó la *Antología esencial de Silvina Ocampo* para el sello Emecé. Trabajó también en Siglo XXI Editores. Integra el equipo del suplemento *ADN Cultura* del diario *La Nación*. También colabora en el suplemento *Las 12 de Página/12* y, ocasionalmente, en *Radar Libros*, del mismo diario, en la revista *Ñ* y en publicaciones digitales como *Damiselas en Apuros*. En octubre, las editoriales Alto Pogo, El 8vo. Loco y Milena Caserola publicaron su libro *Estados* en el marco del proyecto Exposición de la Actual Narrativa Rioplatense.



Foto: Ingrid Müller

Los colores de un iceberg

Ivana Romero



Pablo Natale

Un oso polar

Córdoba, Ediciones Recovecos, 2008

“Hay historias de dos mundos: uno es el real, el otro es el mundo posible”, dice Nikita, el niño salido de la cabeza febril de una de las mellizas Olsen, nacidas en Noruega con cuarenta horas de diferencia. Sin embargo, nada indicaba que la madre estuviese embarazada de la que resultó Taleena Judith (alumbrada en la camioneta celeste del padre) cuando la mujer salía del hospital llevando en brazos a la pequeña Anne Marié. O sea, aclara el narrador de “Frío helado sobre la osa mayor”, las Olsen son y no son mellizas. Y el niño Nikita habla porque una de ellas escribe tantas historias sobre él que lo hace real. De todos modos, no se sabe quién es más fantasmático. El autor no se ocupa de aclarar este punto. De las hermanas Olsen adjunta una foto equívoca (una chica rubia, hermosa, que mira a cámara tapándose un ojo con la mano) con la leyenda “Anne Marié o Taleena Judith, a los veintiún años o a los veintiún años y un día”. De Nikita Olsen, asegura el autor, no hay fotos.

El libro *Un oso polar*, de Pablo Natale, fue publicado por la editorial Recovecos en 2008. Incluye cinco cuentos: “Un oso polar”, “Acerca del verde claro”, “Dibujos (Diario de viaje)”, “Pielas rojas!” y “Frío helado sobre la osa mayor”. El texto que da nombre al libro recibió el Premio Estímulo a los Jóvenes Creadores en el rubro Cuento en 2007, y se publicó en forma autónoma por la editorial española Alpha Decay el año pasado.

Natale nació en Rosario en la década de los ochenta. Ha contado en alguna entrevista que a los siete años se mudó con su familia a Carlos Paz, en la provincia de Córdoba, una localidad que por entonces se afianzaba como centro turístico en una zona serrana muy distinta a la llanura sobre la que se asienta Rosario. Después volvió a mudarse, a la ciudad de Córdoba, donde vive ahora. Natale es autor de la novela *Los Centeno* (Nudista, 2013) y de los poemarios *Vida en común* (Nudista, 2011) y *Viaje al comienzo de la noche* (Vox, 2014). También publicó *Cuatro cosmo cuentos* (Sofía Cartonera, 2012), *Berenice y las ocho historias del pálido fantasma* (Cuenta Conmigo, 2012), y dos libros “para seres menores”, como le gusta definirlos desde que su hermana —que entonces tenía ocho años y ahora es adolescente— le pidió relatos para ella. Sus

textos se pueden rastrear en el blog <www.pacmanvuelve.blogspot.com>, que mantiene desde 2006, cuando estaba terminando de estudiar Letras. También forma parte de una banda de música: Bosques de Groenlandia.

Los cuentos de *Un oso polar* son autónomos, aunque en cada uno hay una línea que guía hacia los otros. Por ejemplo, en “Dibujos (Diario de viaje)”, la alusión a que en la televisión informan sobre “el tercer viaje turístico a la luna”, en el que participa un hombre “con ascendencia piel-roja”. Y así, “Piel roja!” (con signo de admiración final porque la otredad siempre causa sorpresa o desconcierto), se llama el cuento siguiente, en el que una familia de pieles roja se muda al barrio mientras algunos vecinos opinan que “son unos salvajes”. De esta manera, el conjunto de los relatos traza una organicidad propia conformada por el canto coral de personajes que se desplazan por el mundo. Cada uno de ellos —los hay rebeldes, vacilantes, decididos, *outsiders*— canta a su modo, pero ninguno se queda quieto en estos textos. Más que el punto de llegada, a Natale le interesa registrar el desplazamiento, esa huella suspendida en el aire a través de diálogos, cartas, recuerdos. En el libro, además, hay dibujos y fotos, como en auténticos álbumes de recuerdos o diarios de viaje.

Todos los cuentos están divididos en pequeños capítulos y hay un interés especial por el nombre de cada personaje (uno se llama Lautaro Hans Melzenberg, otro —un gato— se llama Infierno Vacío). No se trata de un capricho estético, sino de trazar los rasgos más importantes (¿qué es un nombre si no un mensaje cifrado?) y lograr que el lector se concentre en ellos. Esto determina que cada relato tenga además una cualidad poética, si se entiende lo poético como el revés de la palabra, como la búsqueda de un silencio elocuente.

En ese sentido, los cuentos de *Un oso polar* son las puntas de un iceberg. O, mejor aún, los colores que va teniendo el iceberg a medida que el sol recorre el camino de un día. Y es que se trata de textos donde las horas pasan, errantes, como los protagonistas, que cambian según cómo la luz se refracta en ellos. El volumen se abre con un epígrafe de Wallace Stevens: “La lengua es un ojo”. Y, se sabe, el ojo que mira es capaz de trascender el mundo real y sumergirse en otros mundos, hechos con letras, pero profundamente visuales.

Gilles Deleuze ha dicho que la literatura consiste en inventar un pueblo que falta. Natale transita esa senda. Cuando uno lee *Un oso polar*, siente el eco de una tradición siempre extranjera, que reúne a quienes buscan cruzar la línea mágica y llegar al territorio de la invención constante. ●

Ivana Romero (Firmat, provincia de Santa Fe, 1976). Es licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario y magister en Periodismo por la Universidad de San Andrés. Actualmente vive en Buenos Aires y trabaja en la sección cultural del diario *Tiempo Argentino*. Textos suyos fueron incluidos en antologías como *De la sombra a la luz: 12 narradores jóvenes* (Editorial Municipal de Rosario, 2006) y *Nada que ver* (Caballo Negro/Recovecos, 2012). Publicó el libro de poemas *Caja de costura* (Eloísa Cartenera, 2014) y la crónica autobiográfica *Las hamacas de Firmat* (Editorial Municipal de Rosario, 2014). Administra desde 2009 el blog *El corazón de las cosas*.



Foto: Soledad Quiroga





Universidad Nacional Autónoma de México

